
EL IMPACTANTE FINAL DE LA SERIE BESTSELLER DEL MOMENTO
CREÍA QUE HABÍA ESCAPADO, PERO AHORA SU HIJA QUIERE VENGARSE...
LA HIJA DEL MÉDICO
#1 AMAZON EN BESTSELLER
DANIEL HURST
JENTAS

LA HIJA DEL MÉDICO

Daniel Hurst
La hija del médico
Título original: The Doctor’s Child
Copyright © Daniel Hurst, 2024. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Ana Fernández, © Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1392-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in Great Britain in 2024 by Storyfire Ltd trading as Bookouture

PRÓLOGO

De una aventura pueden salir muchas cosas.

Un corazón roto. Un escándalo. Un divorcio. El perdón.

Un hijo.

Yo fui una de las consecuencias del romance entre el doctor Drew Devlin y su amante, Alice Richardson, un romance que se hizo tan famoso que dio lugar a sus propios documentales sobre crímenes reales y a innumerables artículos periodísticos. Yo fui el resultado involuntario de que dos personas estuvieran juntas, dos personas que nunca deberían haberse conocido, dos personas cuya relación causó la pérdida de varias vidas. Un hijo suele ser motivo de alegría, pero, en mi caso, estoy conectada a una historia oscura y estaré vinculada para siempre a una de las mujeres más tristemente célebres de Inglaterra, una mujer a la que la policía sigue buscando.

La mujer del médico.

Ser la niña que nació de aquella fatídica aventura significa que he crecido escuchando todos los rumores y noticias que rodeaban a la mujer de mi padre —Fern Devlin—, así como a mi difunto padre —Drew—, a mi madre —Alice—, a un detective y a todos los demás cuyas vidas se entrelazaron en las investigaciones y casos judiciales resultantes. El impacto en una niña inocente como yo, que no pidió nada de eso, ha sido enorme. ¿Cuánto me marcará ahora que soy adulta? Solo el tiempo lo dirá, pero, como todo lo relacionado con Fern Devlin, la infame mujer del médico que sigue huida, las consecuencias prometen ser dos cosas.

Explosivas.

Impredecibles.

Por otra parte, había algo con lo que se podía contar cuando Fern Devlin estaba involucrada, y era que la muerte la seguía allá donde fuera. Me advirtieron de lo que ocurriría si intentaba encontrarla, y esas advertencias venían de gente que sabía lo peligrosa y mortal que podía ser la mujer del médico.

Pero, como muchos jóvenes, ignoré las advertencias de mis mayores y creí que sabía lo que hacía.

La venganza es un motivador poderoso.

Por desgracia, me he dado cuenta demasiado tarde de que esto me supera. Tan solo quiero volver a casa, pero, después de los últimos y terribles acontecimientos, eso sería difícil, ya que ahora estoy metida en tantos problemas como Alice y Fern.

Pensaba que era mejor que las dos mujeres que me precedieron, pero me he dado cuenta de que no es así.

He cometido errores. No soy perfecta. Mi futuro está ahora tan nublado como mi pasado.

Soy yo.

Evelyn.

La hija del médico.

1

FERN

En la actualidad

¿Puede un niño heredar tanto lo malo como lo bueno de su madre? Tengo que suponer que sí, aunque no me agrada pensarlo. Tal vez mi hija tenga algunas de mis características físicas más atractivas, como el color del pelo, la altura y un metabolismo rápido que da lugar a una apariencia esbelta, pero ¿qué tiene por dentro? ¿Tiene mi oscuridad, mi inclinación por los actos perversos, la parte de mi alma que no solo es capaz de idear crímenes, sino también de llevarlos a cabo?

Supongo que lo que en realidad quiero saber es lo siguiente: ¿podría mi hija quitarle la vida a otra persona como hice yo?

En dieciocho años de maternidad, aún no he tenido ningún motivo para creer esto, y espero no tenerlo nunca.

Rezo para seguir siendo la única asesina de la familia.

La luz del sol que se filtra por la ventana de mi habitación en este château de la campiña francesa me ayuda a alejar mis pensamientos intrusivos. La vitamina D es bienvenida, pero no inesperada. El tiempo suele ser bueno en esta parte del mundo, una de las muchas cosas que me gustan de vivir aquí. También aprecio el paisaje, sobre todo las ondulantes colinas verdes que veo si miro por la ventana. Son las colinas que rodean este pueblo al que llamo hogar, las que están pobladas de viñedos donde se produce vino, que se embotella y se vende a entendidos de todo el planeta. También me encanta el crisol de personas que viven en este pueblo; hay algunos franceses, pero muchos otros son extranjeros, de países como España, Portugal o Suiza, que vinieron una vez de vacaciones y disfrutaron tanto que regresaron para comprar una propiedad. Mi razón para venir a este pueblo fue muy diferente, pero me he integrado con tanta facilidad como ellos y yo también espero vivir el resto de mis días en este

tranquilo refugio rural.

Adoro la casa en la que vivo, una propiedad de piedra de dos plantas que data del siglo XVI y que fue el hogar de un aristócrata francés y su alegre grupo de criadas, al menos si los libros de historia están en lo cierto. Al principio me mostré escéptica y pensé que no era más que una invención de nuestro agente inmobiliario para que la casa pareciera aún más atractiva, pero resultó ser cierto. Esta casa fue habitada por la realeza francesa, aunque ahora es el hogar de una familia de tres personas que tienen trabajos muy normales y pasan su tiempo libre haciendo cosas muy normales.

La casa es grande, pero no tanto como para sentirme sola mientras la recorro cuando no hay nadie más aquí. Todos los suelos son de piedra, lo que da a este lugar un aire rústico y también ayuda a mantenerlo más fresco durante las olas de calor que son frecuentes entre mayo y agosto. Al principio echaba de menos la sensación de la moqueta en los pies descalzos, pero ahora me tranquiliza el frescor de la piedra cada vez que voy sin zapatos. La cocina es mi habitación favorita; la larga mesa de madera que hay en ella ha sido escenario de muchas comidas familiares felices en los últimos años, aunque el estudio le sigue de cerca: la habitación con dos grandes estanterías llenas de todo tipo de historias apasionantes, en las que me gusta perderme durante los meses más fríos del año. En el exterior, el jardín es grande: un extenso manto de césped rodeado de altos árboles que ofrecen sombra del sol veraniego y privacidad frente a las casas de mis vecinos. Me encanta pasar los meses centrales del año en el jardín, cuidando las flores y dejando que mi piel adquiera un brillo saludable que conservo hasta los meses más duros, cuando los árboles pierden sus hojas y el suelo está tan fresco como la piedra de su interior. Pero lo que más me gusta de este lugar —y que nunca superaré porque es, sin duda, lo más importante de todo lo anterior— es que he podido vivir aquí durante casi dieciocho años sin que nadie sepa quién soy en realidad.

Mi marido, mi hija y las aproximadamente doscientas personas de este pueblo me conocen como Teresa Brown, una expatriada que dejó Inglaterra y se trasladó a un pequeño pueblo francés, integrándose a la perfección en la vida de su nuevo país.

Ninguno de ellos conoce mi verdadero yo.

Ninguno de ellos sabe que soy Fern Devlin, la viuda del médico y la mujer a la que todos los policías del Reino Unido siguen buscando.

Estoy sentada en el tocador frente al espejo y, mientras la luz del sol sigue entrando a raudales en la habitación, me siento reconfortada tanto por el calor añadido como por el hecho de que, a pesar de mi avanzada edad, sigo teniendo muy buen aspecto. Cada vez estoy más cerca de los sesenta, y las arrugas —que han aumentado en número y fuerza en los últimos años— dan fe de ello, pero, inesperadamente, me siento bien al respecto. No fui consciente de ello hasta que llegué a los cincuenta, pero enseguida me di cuenta de que hay una calma que llega con el envejecimiento, una calma que la locura de la juventud no aprecia. Ahora casi me avergüenzo cuando pienso en otros grandes acontecimientos de mi vida, como cuando cumplí veintiuno o treinta años, y cómo en aquel entonces me sentía como si ya fuera mayor y mi mejor época hubiera quedado atrás. Por aquel entonces, los cumpleaños eran algo que casi había que temer en lugar de celebrar, como si envejecer fuera un obstáculo en lugar de una ayuda. Pero ahora veo que hay una belleza que viene con la edad, así como una sabiduría, y cuanto mayor me hago, más tranquila y segura de mí misma me siento. Puede que nunca me haya faltado confianza en mi vida, pero desde luego aprecio esa calma, sobre todo porque sigo huyendo de la ley y seguiré haciéndolo hasta el día que muera.

Mientras peino mi cabello oscuro, que me tiño una vez al mes para disimular las canas, pienso en un acontecimiento en particular, uno que destaca más que cualquier otro por lo que ocurrió aquella noche y lo que vino después. Mi cuadragésimo cumpleaños es uno que nunca olvidaré, pero, sobre todo, por las razones equivocadas. Fue el cumpleaños en el que mi novio de entonces me organizó una fiesta sorpresa, pero la verdadera sorpresa fue cuando, al final de aquella noche, descubrí que me había estado mintiendo y que no era el hombre que decía ser. En lugar de ser Roger, un tipo al que había conocido en un bar y con el que buscaba construir una vida tras la muerte del doctor Drew, mi difunto marido —al que ayudé a enterrar prematuramente—, resultó que mi novio era en realidad Greg, un

viejo amigo de Drew. Y el tipo que intentaba sacar a la luz mi secreto. Aquella noche maté a Greg, conmemorando mis cuarenta años con un cadáver, lo cual era muy acertado, pues ya había organizado el asesinato de mi infiel marido Drew. Pero las consecuencias de aquella noche son las que me han llevado a estar aquí, a muchos kilómetros de distancia de toda mi familia y amigos, en la Francia rural, viviendo una existencia tranquila, porque es la única que me atrevo a vivir ahora.

Esa noche también fue la noche en que concebí a mi pequeña.

Mi hija, Cecilia, nació fruto de mi relación con Greg, y si su llegada parece que fue hace mucho tiempo, el hecho de que ahora tenga casi dieciocho años no hace más que recordármelo. No puedo creer que la pequeña bebé que di a luz en Cornualles —y con la que hui al extranjero— vaya a ser oficialmente adulta dentro de poco.

Tampoco puedo creer que haya tenido que ocultarle tantos secretos a mi propia hija.

A lo largo de los años, a medida que Cecilia crecía, solo supe dos cosas con certeza. Una, que la amaría y cuidaría mientras viviera. Y dos, que ella nunca podría saber quién era yo en realidad, quién era su padre y la verdadera razón por la que vivíamos en Francia. Lo he conseguido, aunque no ha sido fácil. Mentir nunca lo es. Por lo que mi hija sabe, dejamos Inglaterra y nos mudamos aquí para huir de su peligroso padre, mi exnovio maltratador, que era conocido por beber mucho y, aún más, por pegar a las mujeres. Esa historia ficticia es la que ha facilitado que Cecilia no sienta ningún amor por su padre ausente ni le den ganas de ir a buscarlo, pero, sobre todo, también es la que le impide que lo haga. Eso es porque le he dicho que mi ex es tan peligroso que, si alguna vez nos encontrara, lo más probable es que me hiciera daño a mí y quizá incluso a su propia hija por haberlo dejado, así que no podemos arriesgarnos a que sepa dónde estamos.

Eso significa que nunca podremos volver a Inglaterra.

Por supuesto, la verdadera razón por la que no podemos regresar es porque me detendrían, pero necesitaba una forma de asegurarme de que mi hija nunca quisiera visitar el país en el que nació. Así que mi ex ficticio fue mi solución. Es una mentira terrible, pero es mucho

mejor que la verdad. Imagínate que Cecilia supiera que en realidad yo maté a su padre después de que él desenmascarara mis propias mentiras. Y no solo eso, sino que también descubriera que estoy implicada en otras dos muertes además de la de su padre: la de Drew, mi primer marido, y la de Rory, mi cómplice en el asesinato de Drew en Arberness. Mi hija me odiaría, y con razón, y dudo que volviera a verla. Por eso no puede conocerme de verdad. No puedo arriesgarme a perder el amor de mi bebé.

Pero no solo soy egoísta. Como cualquier buena madre, también tengo en cuenta los intereses de mi hija. Soy consciente de que ocultarle la verdad es la mejor manera de proteger su salud mental y evitar que se ahogue en un mar de vergüenza. Si conociera el caos del que desciende en realidad, ¿qué tipo de vida tendría? Desde luego, no sería una normal ni una sana y próspera en la que alcanzara su potencial y encontrase la verdadera felicidad junto a las personas que la rodean. El pasado afectaría a todo, desde su vida personal hasta la profesional, y eso sin contar con los periodistas que intentarían acercarse a ella para contar «su historia» en los medios nacionales. Nada de ello sería culpa suya, pero eso no sería mucho consuelo mientras intentaba abrirse camino por la vida con un padre fallecido y una madre en la cárcel por su asesinato.

Cecilia no puede conocer mi verdadera identidad.

Y tampoco el nuevo médico de mi vida.

Termino de peinarme justo a tiempo para ver entrar por detrás de mí al hombre con el que comparto dormitorio, con su elegante traje y el pelo perfectamente peinado, a tiempo para salir de casa esta mañana.

—Bonjour ma belle —me dice mi sexi francés mientras se inclina para besarme la coronilla, y yo sonrío como siempre que Pierre me saluda por la mañana llamándome guapa.

—Bonjour mon bel homme —le respondo, como de costumbre, para decirle a mi marido lo guapo que me parece, antes de que salga de casa para empezar otro día de trabajo. Pero no lo digo solo para ser amable con él. También lo digo porque, incluso después de todos estos años viviendo aquí, me sigue divirtiendo el hecho de poder hablar un idioma distinto de mi lengua materna.

Mientras Pierre coge su maletín y sale de la habitación, le llamo para desearle un buen día, aunque sé que lo será porque siempre lo es. Como mi primer marido, Pierre es médico, pero, a diferencia de él, es un hombre honesto y decente. Eso significa que irá a su consulta, tratará a los pacientes con cariño y dedicación, y luego volverá a casa conmigo y me tratará de la misma manera. No como Drew, con su aventura, sus mentiras y su capacidad para utilizar su profesión para sentirse superior a los demás. Antes me preocupaba dónde estaba Drew y qué tramaba cuando no estaba conmigo, pero con Pierre no tengo ese problema. Confío en él.

Empecé a salir con Pierre cuando mi hija tenía cinco años, y nuestro amor ha seguido creciendo con el tiempo por muchas razones. Quiero a Pierre no solo porque me quiere a mí, sino también porque quiere a Cecilia. Puede que no sea su hija, pero me ha ayudado a criarla como si lo fuera, dándole una presencia masculina fuerte y fiable en su vida, cuando mis acciones en el pasado podrían haber significado que nunca tuviera una figura paterna a la que admirar mientras crecía. Es un buen hombre, mejor de lo que merezco, aunque, por supuesto, al igual que mi hija, nunca debe saber quién soy en realidad.

Mi tapadera de un ex maltratador esperando a que vuelva a Inglaterra es la razón por la que he conseguido que Pierre deje de sugerirme que volvamos a casa, al lugar donde crecí, y por la que me cree cuando le digo que, si no salimos de este pueblo en toda nuestra vida, seré feliz. Aunque hay un problema. Pierre y yo no tenemos planes de irnos, pero alguien de nuestra familia sí. Cecilia quiere mudarse a París cuando cumpla dieciocho años, en busca de aventuras en una gran ciudad, junto a su mejor amiga, Antoinette, a quien conoce desde su primer día de colegio en este pueblo.

No puedo detener a mi hija. Es casi adulta y libre de tomar sus propias decisiones. Pero tengo miedo. Su salida al mundo significa que ya no puedo controlar tanto la narración, si es que puedo. Es libre de explorar, de forjarse su propio camino y, posiblemente, de encontrar su propia verdad. Es un día que he estado temiendo desde que nació. Podía mantener mi secreto a salvo cuando Cecilia era pequeña, pero, ahora que es mayor, ¿qué le impide descubrirlo por

sí misma, sobre todo con la información de Internet al alcance de la mano? En algún momento me planteé convertir esta casa en un lugar sin wifi, pero cualquiera que tenga un hijo adolescente sabrá que eso no es realista.

A medida que crece, quizá solo sea cuestión de tiempo que descubra la verdad sobre su infancia. Es un problema enorme, aunque sé que no soy la única que ve cómo su niña se convierte en adulta. Alice también pasará por lo mismo. La mujer con la que Drew me fue infiel también tuvo un bebé, y es el bebé al que salvé la vida antes de huir a Francia. Si no lo hubiera hecho, ahora estaría en la cárcel, aunque en aquel momento solo intentaba salvar una vida inocente en lugar de hacer que todo girara en torno a mí.

La hija de Alice, Evelyn, debe tener ya dieciocho años, pues es un poco más mayor que Cecilia.

Me pregunto cómo estará afrontando la amante del doctor el hecho de que su propia hija se convierta en adulta.

Si es que lo está afrontando.

La última vez que la vi, acababa de salvar la vida de la pequeña Evelyn en un acantilado de Cornualles y, eternamente agradecida, Alice me permitió escapar de nuevo, a pesar de haber pasado mucho tiempo intentando atraparme antes de eso. Es extraño pensar que la mujer a la que tengo que agradecer la vida que llevo ahora es la misma a la que una vez odié con todas mis fuerzas e inculpé de asesinato. La vida tiene una forma curiosa de resolver las cosas… aunque, a veces, me despierto en mitad de la noche y me pregunto si Alice habrá cambiado de opinión.

¿De verdad me perdonó por lo que hice y ahora vive en paz?

¿O piensa en mí tan a menudo como yo pienso en ella? Si es así, ¿qué pasa por su cabeza?

2

ALICE

Es un día típicamente húmedo y ventoso en Arberness, el pueblo del extremo norte de Inglaterra donde la playa tiene vistas del extremo sur de Escocia y donde a los turistas les gusta hacer una parada para sacar unas cuantas fotos y probar la comida de los pubs locales antes de seguir su camino. Pero yo no me he ido de Arberness y, después de tanto tiempo viviendo aquí, no creo que lo haga nunca.

Este pueblo es más que mi hogar: es el lugar donde he pasado algunos de los mejores y peores días de mi vida. A otras personas podría pesarles esa historia y huirían de los recuerdos a otro lugar en busca de paz, pero yo me he quedado. Decidí que este no solo era el mejor lugar para mí, sino también para mi hija, Evelyn, y por eso la he criado aquí durante los últimos dieciocho años. A pesar de algunos momentos difíciles, creo que he hecho un buen trabajo. Pero, como era de esperar, ahora que es adulta, Evelyn ha decidido que quiere ver mundo.

—¿Qué tal? —le pregunto a mi hija después de bajar las escaleras y encontrarla donde suele estar estos días, que es sentada a la mesa del comedor, rodeada de guías de viaje de todo tipo de destinos interesantes de Europa.

—Bien —es la cortante respuesta de Evelyn. Tiene la cabeza gacha y el bolígrafo de su mano derecha se mueve en el trozo de papel que tiene delante, lo que me indica que está tomando notas basadas en lo que acaba de leer en una de las guías.

No esperaba un monólogo por parte de mi hija, pero habría estado bien algo un poco más sustancioso que una respuesta de una sola palabra. Así son las cosas entre nosotras la mayor parte del tiempo. Ha sido así desde que se convirtió en adolescente, si soy sincera, aunque no puedo culpar a sus hormonas de que no me hable tanto como cuando era más pequeña. A lo que sí puedo culpar es al hecho de que creció y llegó a la edad en la que podía enterarse de mi

pasado leyendo todo tipo de artículos sensacionalistas en Internet, así como aquellos en los que se referían a ella con una contundente frase.

Mientras que yo siempre seré conocida como «la amante del médico», Evelyn siempre será «la hija del médico».

—¿Sobre qué estás leyendo ahora? —Lo intento de nuevo con la esperanza de que se entable una conversación conmigo.

—Sobre algún lugar lejos de aquí —responde Evelyn, de nuevo sin levantar la vista mientras habla.

—No seas así.

—¿Así cómo?

—Sabes a lo que me refiero. Como si estuvieras deseando dejarme atrás.

—Es que lo estoy deseando.

—Evelyn…

—Cállate. Estoy tratando de trabajar.

—¡No me voy a callar! ¡Cómo te atreves a hablarme así en mi propia casa!

—Grrrr… —gruñe Evelyn, y empieza a recoger algunos de sus libros, lo que sugiere que va a seguir trabajando en su habitación. Pero no quiero que lo haga porque, por mucho que pueda causar conflictos, prefiero tenerla abajo conmigo que arriba, donde no puedo verla.

—No pasa nada. Quédate ahí. No volveré a interrumpirte —le digo antes de que se levante y se vaya, pasando por alto la forma en que me ha hablado. Pero cualquier cosa con tal de mantener la paz.

Dejo a Evelyn con sus planes de viaje y voy a la cocina a prepararme una taza de té. Mientras espero, miro por la ventana el campo azotado por la lluvia y el viento que hay detrás de mi casa, y siento un poco de lástima por la oveja que veo fuera, soportando toda la furia de los elementos. No sé dónde está el resto de su rebaño, pero está sola y me da pena. Y, mientras hierve la tetera, sé que muy pronto yo también voy a estar como esa oveja: sola y sin compañía que alegre mis largos, lentos y repetitivos días. Porque Evelyn planea irse de mochilera a Europa, de ahí todas las guías de viaje que hay por mi casa, y una vez que se haya ido, aquí no vivirá

nadie más que yo.

Mientras saco las bolsitas de té del armario, me siento culpable y más que un poco egoísta por no querer que mi hija se vaya de casa. Debería estar contenta e ilusionada por ella y por las aventuras que la esperan más allá de los límites de este pequeño pueblo, y a veces lo estoy, pero también estoy muy triste. Estoy triste no solo porque mi hija extienda sus alas y vuele del nido, sino porque no nos llevamos muy bien. No puedo evitar la sensación de que, una vez que Evelyn se haya ido, nunca más volverá por aquí.

No es raro que los hijos abandonen el hogar familiar al llegar a la edad adulta. Puede que consigan un trabajo y una casa propia, que vayan a la universidad o que viajen. Con el paso de las décadas, los jóvenes tienen cada vez más opciones que las generaciones anteriores no tenían. Y eso es bueno, no solo para ellos, sino también para sus padres, que lo único que quieren es que sus hijos prosperen y persigan sus sueños. Eso significa que, mientras Evelyn esté fuera haciendo precisamente eso, a mí solo me quedarán los recuerdos de los últimos dieciocho años y la esperanza de tener la oportunidad de crear nuevos recuerdos con ella en el futuro. Pero eso no está garantizado, porque todas las respuestas de una sola palabra que me da, así como los portazos y los bufidos cada vez que intento acercarme a ella, son la prueba de que mi hija no me soporta y está deseando marcharse de aquí.

Y, si soy sincera, no es culpa suya.

Probablemente yo también me odiaría si fuera ella.

Mientras me entretengo en la cocina tomando un sorbo de té, sin atreverme a entrar en la otra habitación, donde Evelyn podría volver a ser despectiva conmigo o, peor aún, ignorarme por completo, pienso en el camino que hemos recorrido las dos para llegar a este punto. Todo empezó cuando tuve aquella estúpida aventura y caí rendida ante los encantos del doctor Devlin. En el proceso, sufrí la ira de su vengativa e ingeniosa mujer, Fern. Drew murió, aunque no antes de dejarme embarazada, y poco después me inculparon de su asesinato. Entonces empezó la verdadera locura. Una locura que culminó con el nacimiento de mi hija, antes de acabar localizando a Fern en un pueblo de Cornualles con la ayuda de mi exnovio, el

detective Tomlin. Si no hubiera sido porque Evelyn fue raptada y llevada a un acantilado por la perturbada vecina de Fern, ahora ella estaría entre rejas. La atrapé y estaba lista para que por fin se enfrentara a la justicia. Pero ese día Fern salvó la vida de mi hija, y le estaba tan agradecida que tuve que dejarla marchar.

No sé dónde está Fern ahora ni qué fue de ella y del bebé que tuvo.

Solo sé que Evelyn me odia por dejar escapar a la mujer que mató a su padre.

¿Cómo sabe mi hija lo que ocurrió en aquel acantilado de Cornualles hace dieciocho años? Yo se lo conté. En aquel momento pensé que estaba haciendo lo correcto al ser lo más abierta y sincera posible con mi hija, aunque, en retrospectiva, fue muy ingenuo por mi parte. Pero tan solo quería contarle a Evelyn la historia completa de lo que había ocurrido con Fern y Drew, no parte de ella o, peor aún, la versión sobre la que escribían los periodistas en aquel momento, porque ellos no conocían todos los hechos, solo yo los conocía.

Evelyn tenía cuatro años cuando empezó a preguntar por su papá, sin duda porque había visto que a otros niños de su guardería los recogían hombres, además de sus madres. Entonces le decía que su papá estaba en el cielo con los ángeles y, aunque estaba triste, lo dejaba allí. Fue en el colegio cuando empezaron las burlas, y unos cuantos niños desagradables de su clase se metieron con ella porque sabían que era diferente. Era la única que no tenía padre, aunque por suerte, a esa edad, los matones no sabían muy bien por qué.

Fue durante el instituto cuando eso cambió.

Siempre temí el día en que Evelyn —y sus compañeros— descubriera que su padre era el infame médico que murió en la playa y cuya muerte salió en las noticias nacionales. Intenté anticiparme sacando yo el tema con Evelyn. Cuando tenía diez años, la senté y le dije que su padre había sido asesinado, pero que no había sufrido y que había ocurrido hacía mucho tiempo. Evelyn se sintió triste y muy confusa. Intenté responder a sus preguntas lo mejor que pude, aunque hubo una que, sin duda, fue la más difícil de responder.

—¿La persona que le hizo daño fue a la cárcel?

Quise decir que sí, porque esa debería haber sido mi respuesta y habría sido la única que podría haberle dado a Evelyn algo de consuelo, pero no pude. Tenía que decirle la verdad: que la persona que planeó el asesinato se salió con la suya. Tenía que decírselo porque, tarde o temprano, se enteraría leyendo artículos en Internet cuando fuera mayor. Le dije a Evelyn que Fern seguía libre —que era la verdad— y que esa era la razón por la que todos los departamentos de policía del Reino Unido tenían su foto en los registros. Como era de esperar, mi hija no reaccionó bien. Pero, en lugar de dejar que se pasara toda la vida consumida por el odio y la sed de venganza hacia la mujer que se había escapado, intenté aliviar parte de su ira diciéndole que Fern le había salvado la vida.

Esperaba que esa revelación hiciera que Evelyn sintiera un poco menos de odio y, a su vez, le facilitara un poco más la vida a medida que crecía. Y, durante un tiempo, funcionó. Pero el acoso que sufrió Evelyn en el instituto fue brutal. Cuando tuvo edad suficiente para leer noticias en Internet y obtener información de otras fuentes aparte de su madre, no podía creer que yo hubiera dejado escapar a Fern.

—¡Ella mató a papá!

—¡Ella te inculpó de su asesinato!

—¡Era malvada!

He perdido la cuenta de las veces que escuché a Evelyn decir esas frases cuando era adolescente, y así siguió hasta los quince años. Para entonces, se había vuelto mucho más reservada, una sombra de lo que había sido de niña. No solo por el acoso que sufrió, sino porque había tomado una decisión.

Había decidido que me odiaba y que yo tenía la culpa de la vida que le había tocado vivir.

Lo único que deseo es tener una relación normal con mi hija. Me encantaría entrar ahora en el comedor, sentarme a su lado y preguntarle sobre los viajes que está planeando. Quiero relacionarme con ella como es debido, mantener una larga conversación, ver la emoción en sus ojos cuando cuente sus planes, y también ver el amor en su mirada al compartirlos conmigo, su

madre. Pero eso no ocurrirá. Si me sentara al lado de Evelyn ahora, se levantaría y se marcharía a su habitación. Y, si la siguiera hasta allí, se iría de casa. Al menos, si me alejo de ella, puedo fingir que tenemos una relación normal entre madre e hija.

Evelyn siente que no se ha hecho justicia con su padre, lo cual es comprensible, pero lo que más le duele es lo que siente por mí. Gracias a los periodistas que inventaron sus historias sobre mí, la amante que provocó que la mujer del médico iniciara su espiral de crímenes, Evelyn me tiene por una especie de devoradora de hombres que se lio con el marido de otra mujer y desencadenó todos estos acontecimientos. A lo largo de los años, me ha llamado cosas horribles, aunque lo más probable es que solo repitiera lo que había oído decir de mí en el colegio. Ha sido duro. La tensión ha disminuido últimamente, aunque solo porque Evelyn está a punto de irse de casa, lo cual dista mucho de ser una solución a nuestros problemas. Pero ¿qué puedo hacer?

La verdad es que no quiero que Evelyn se vaya por un tiempo indefinido, sobre todo cuando la relación entre nosotras está tan rota, aunque al menos si me da su itinerario de viaje sabré dónde está.

Eso es mejor que no saberlo, como ya ha ocurrido otras veces.

A pesar de todo lo que he pasado, el día que Evelyn desapareció sigue siendo el peor de mi vida…

3

ALICE

Diez años antes

Dicen que ser padre es el trabajo más duro del mundo, y puedo dar fe de ello, pero también he descubierto otra cosa que también puede ser dura.

Ser tu propia jefa.

Cuando decidí montar mi propio negocio, pensé que sería pan comido. Marcarme mi horario. Trabajar a mi ritmo. Tomarme un día más de vacaciones de vez en cuando. Sin embargo, ahora trabajo más que nunca. Pero no tenía otra opción si quería seguir manteniéndome como madre soltera.

Tras mi ruptura con Tomlin —el detective que me ayudó a sobrellevar los primeros y estresantes meses de la vida de Evelyn prestándome apoyo no solo moral, sino también económico—, tuve que sobrevivir con el subsidio familiar. Nunca vi nada del dinero de Drew, porque no había ningún testamento que dijera que yo o cualquier hijo que pudiera tener en el futuro tendríamos derecho a él en caso de fallecimiento. No me avergonzaba depender de las ayudas, sobre todo porque era una cuestión de supervivencia, y aproveché unas preciosas horas gratuitas de guardería que el Gobierno ofrecía a los padres primerizos hasta que Evelyn tuvo edad suficiente para ir al colegio público del pueblo. Sin embargo, a pesar de esos pequeños respiros, pasé largos años encerrada en casa con mi hija, sin poder disfrutar de un verdadero descanso ni salir a ganar el dinero que habría marcado una diferencia en nuestras vidas. Cuando Evelyn cumplió cinco años, empecé a trabajar en la carnicería local, un trabajo pesado, por no decir otra cosa, pero que me proporcionaba un sueldo estable. Sin embargo, una mujer como yo no puede volver a casa cubierta de sangre de animal. Decidí dedicarme a algo más acorde con mi personalidad, y así fue como se

me ocurrió la idea de hacer mis propias tarjetas de felicitación. Me gustaba la idea de ser creativa y hacer cosas que la gente pudiera regalarse en ocasiones como cumpleaños y aniversarios, así que vi algunos vídeos en Internet y me puse manos a la obra. Desde entonces me dedico a ello y, poco a poco, he ido creando una cartera de clientes en Internet que me permite seguir haciéndolo todo el tiempo que quiera.

Es mucho mejor que trabajar en la carnicería, eso seguro.

La única vez que me mancho de sangre es por un corte accidental con el papel.

La casa está tranquila, lo que me permite trabajar con facilidad en mi próxima tarjeta, y así seguirá hasta que recoja a Evelyn del colegio y la traiga de vuelta. La recojo todos los días a las tres y media, y tardo diez minutos en llegar caminando desde aquí hasta la puerta del colegio, donde me uno al resto de las madres del pueblo, aunque por «unirme» me refiero a quedarme cerca de ellas mientras me miran y cotillean sobre mí.

Esperaba hacer nuevas amigas durante los trayectos escolares, encontrar algo en común con las otras madres, pero, aunque todas tenemos hijos, parece que es la única forma de relacionarnos. Las otras madres nunca se han esforzado mucho por hablar conmigo, y sé por qué. A muchas les caigo mal por el papel que desempeñé en el escandaloso drama que sacudió este pueblo durante varios meses, cuando Fern Devlin era el centro de atención en todo el país. O tal vez les caigo mal por otra razón.

Creen que podría acostarme con sus maridos.

Solo he tenido una aventura, una a la que intenté poner fin en varias ocasiones, debo añadir, y, sin embargo, todas las mujeres menores de cincuenta años de este pueblo me ven como una amenaza, como si, a la más mínima oportunidad, fuera a lanzarme sobre cualquier hombre que se cruce en mi camino. Eso es ridículo por varias razones, sobre todo porque hace años que no estoy con nadie, no desde que terminé mi relación con el detective Tomlin después de descubrirlo besando a otra mujer justo antes de ir a Cornualles y enfrentarme a Fern. Lo último que quiero en mi vida es otro hombre, pero eso no ha impedido que las madres se

mantengan a distancia en las puertas del colegio, como si hacerme su amiga significase que un día volverían a casa y se encontrarían a su marido en la cama conmigo. A veces, cuando me siento especialmente sola o dolida por su actitud distante, me dan ganas de intentar seducir a uno de sus maridos solo para demostrarles que tenían razón, pero sería una estupidez.

Jamás me atrevería a involucrarme con el marido de otra mujer otra vez.

Lo último que necesito es otra Fern Devlin en mi vida.

Pero, mientras que yo puedo sobrellevar mis problemas con las otras madres, no estoy segura de cómo está manejando mi hija los suyos con los demás niños. Varios se han burlado de ella por el pasado y, en particular, por su padre, con esa forma tan cruel que tiene los niños de decir las cosas, y sé que le está afectando. Ha vuelto a casa llorando varias veces y, aunque he hablado con la directora, el problema no se ha resuelto. Espero que hoy haya sido un buen día para Evelyn, por el bien de las dos, pero justo después de comer recibo una llamada que me dice que las cosas no van nada bien.

—Hola, señora Richardson —me saluda la directora del colegio de mi hija, con nerviosismo en la voz—. Siento llamarla, pero nos preguntábamos si Evelyn está con usted.

—¿Conmigo? ¿Por qué iba a estar conmigo? Estamos en horario escolar. Debería estar en clase.

Al otro lado de la línea se produce una breve pausa, otra mala señal.

—¿Qué está pasando? —exijo saber—. ¿Dónde demonios está mi hija?

—Parece que se escapó del colegio durante la hora del almuerzo y aún no ha regresado a clase.

—¿Que se escapó? ¿Cómo pudo escaparse? ¿Es que no la estaban vigilando?

Siento una opresión en el pecho al pensar en mi hija de ocho años deambulando sola por el pueblo, cruzando carreteras muy transitadas, entrando y saliendo de sitios que no debería. Y entonces un pensamiento aún peor me golpea.

—¿Y si alguien se la ha llevado? —grito, mientras mi ritmo cardíaco aumenta por segundos.

—Oh, estoy segura de que eso no ha ocurrido. El colegio es muy seguro —me dice la directora.

Y, aun así, Evelyn ha logrado salir.

—¿Muy seguro? Tienen a una niña desaparecida —grito al teléfono mientras empiezo a entrar en pánico—. ¿Han llamado a la policía?

—Bueno, no… Primero queríamos comprobar si estaba allí. Si un niño se escapa, suele ser para volver a su casa.

—¡Le acabo de decir que no está aquí!

Esto no puede estar pasando. ¿Dónde está mi hija?

Después de decirle a la directora que siga buscando, cuelgo y marco al instante el número de la comisaría del pueblo. Es muy pequeña porque aquí nunca hay delitos, al menos no desde lo que hizo Fern Devlin, pero es un punto de partida y pueden pedir refuerzos a Carlisle, la ciudad más cercana, si es necesario. Sin embargo, rezo para que no haga falta. Corro hacia la ventana, con la esperanza de ver a Evelyn caminando hacia la puerta principal con su mochila. Ni siquiera me enfadaría con ella por haberse ido del colegio, solo me alegraría de que estuviera bien. Pero no la veo fuera, así que tengo que avisar al agente que responde a mi llamada de que hay una niña desaparecida en el pueblo.

Si se tratara de un adulto, la preocupación sería mucho menor, pero, dada la edad de Evelyn, se toman medidas de inmediato y me aseguran que todos los que puedan ayudar estarán buscándola por el pueblo. Mientras me pongo el abrigo y salgo corriendo de casa, desesperada por unirme a la búsqueda, siento que tengo que hacer algo más. Mi red de apoyo es limitada, se reduce prácticamente a la gente de este pueblo, y la mayoría solo sienten lástima por mí. No cuento con mis antiguos amigos, que poco a poco dejaron de responder a mis mensajes, sin duda porque mi presencia les incomodaba y yo era el tema tabú del grupo. Con mi familia también ha ocurrido algo parecido, aunque tengo que asumir parte de la culpa. La vergüenza que siento no solo por haber tenido una aventura, sino por haber ido a la cárcel, aunque luego fuera exculpada, hace que me resulte más fácil evitar a las personas de mi

pasado y sumirme en mi propia autocompasión que enfrentarme a las opiniones que puedan tener sobre mí. Sin embargo, hay alguien que podría ayudarme, así que llamo a una persona que ya ha acudido en mi rescate antes. Será la primera vez que hablemos en años, y puede resultar incómodo, pero en un momento como este hay cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

—¿Hola? —contesta una voz ronca al otro lado, y su voz suena peor de lo que recordaba.

—¿Tomlin? Soy Alice —digo, para que mi ex sepa que soy yo por si hubiera borrado mi número en algún momento desde que nos separamos hace casi ocho años. Si soy sincera, no estoy segura de por qué conservé su teléfono, aunque quizá una parte de mí sabía que tener el número de un detective en la agenda del teléfono podría ser útil algún día. Aunque, por lo que leí en los periódicos hace unos meses, ahora ya no es detective.

—¿Alice? —pregunta Tomlin, aclarándose la garganta de repente—. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—No, Evelyn ha desaparecido del colegio y no tengo ni idea de dónde puede estar.

—¡Voy para allá! —dice Tomlin sin perder un segundo, lo cual es increíblemente amable, pero también increíblemente triste, porque puedo notar en su voz que no ha pasado página, ni siquiera después de todo este tiempo.

Aunque ya lo sabía. Lo supe en cuanto leí que lo habían expulsado de la policía por sus problemas con el alcohol. Los periodistas que hurgan en las cloacas de la sociedad en busca de historias que vendan no tardaron en hacerse eco de la noticia: el detective que se había creído las mentiras de Fern Devlin y había fracasado en la investigación del asesinato del médico había caído en desgracia. Me entristeció enterarme de que Tomlin estaba pasando por un mal momento, pero ahora mismo solo necesito su ayuda.

Mientras él hace el trayecto de una hora entre Carlisle y Arberness, yo voy a todos los sitios del pueblo donde creo que podría estar mi hija. Mi primera parada es la tienda de golosinas, luego el parque y después la playa, pero no hay ni rastro de ella. Es preocupante no encontrarla en los dos primeros lugares, pero es casi un alivio que

no esté en la playa; sería demasiado peligroso para ella estar sola tan cerca del mar. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si estará en algún lugar de la playa, en concreto, en la zona donde mataron a su padre, porque últimamente me ha hecho muchas preguntas sobre ese lugar con esa curiosidad morbosa que sienten los niños cuando hay muerte de por medio. Al no encontrarla, no me queda más remedio que correr de un edificio a otro, preguntando a los transeúntes si la han visto y llamando a las puertas para intentar reclutar a los vecinos para que me ayuden. Dorothy y Ethel, dos mujeres habituales en los cafés que solía organizar en el centro comunitario, me ayudan; también lo hacen un par de policías, dos profesores del colegio y la directora, visiblemente incómoda. Entonces llega Tomlin, que viene desde Carlisle. Tiene aspecto de necesitar un buen baño, ropa limpia, un corte de pelo y un afeitado. Cuando se acerca a hablar conmigo, huelo el alcohol en su aliento. ¿Ha conducido hasta aquí en ese estado? No tengo tiempo de preguntárselo porque una de las profesoras me dice que ha encontrado la mochila de Evelyn en un banco cerca de la iglesia del pueblo.

Es una prueba de que mi hija ha estado allí, así que, después de revisar la mochila para ver si hay algo en ella que pueda ofrecer pistas sobre su paradero, corro hacia el cementerio de la iglesia, llamando a Evelyn y esperando encontrarla en algún lugar entre las lápidas. Pero no está y entro en la iglesia. Aunque al principio creo que el viejo edificio de piedra con vidrieras está vacío, oigo un crujido y supongo que procede de los bancos de madera. Al mirar hacia allí, no veo nada, y estoy a punto de salir cuando oigo otro ruido.

Alguien está llorando.

Encuentro a mi hija agazapada bajo el púlpito de la iglesia; el lugar desde donde el párroco pronuncia su sermón dominical ha sido el escondite elegido por Evelyn después de haber huido del colegio. Siento que la tensión de mis hombros desaparece y que la opresión en mi estómago se disipa al saber que está a salvo. Es la eterna maldición de un padre: vivir con la preocupación constante por sus hijos. Este ha sido uno de los muchos momentos de angustia que he

vivido desde que soy madre.

Tardo un rato en conseguir que deje de llorar y me cuente lo que le pasa; cuando lo hace, resulta que lo que la hizo huir fue más acoso escolar. Me alivia haberla encontrado, al igual que a Tomlin, a la policía, a los vecinos y, por supuesto, a la directora, que hasta hace apenas unos minutos estaría temiendo por su trabajo. Pero, aunque la crisis ha pasado, sé que el problema de fondo no está resuelto. ¿Lo estará algún día?

Solo quiero que Evelyn sea una niña normal con una infancia normal, pero ¿cómo va a poder serlo, teniendo en cuenta quiénes son sus padres y su relación con la viuda del médico? Tal vez fue un error quedarme aquí, pero, al haber sido noticia a nivel nacional, en cualquier colegio podrían acosarla por mi pasado. Al menos en Arberness conocemos el entorno y nos sentimos relativamente seguras en tiempos difíciles. Más vale malo conocido…

Aun así, esto es duro. No se lo digo a ninguna de las personas del pueblo que me sonríen mientras llevo a mi hija a casa, pero no sé cómo evitar que el pasado afecte al futuro de Evelyn.

Me esforzaré al máximo, aunque supongo que solo sabré si ha funcionado cuando sea mayor.

Lo sabré porque solo hay dos posibles desenlaces.

O me amará.

O me odiará.

4

EVELYN

En la actualidad

Me alegro de que mamá no haya venido a sentarse conmigo ni me haya hecho más preguntas sobre el viaje que estoy planeando. Odio que insista en que tengamos una conversación forzada que siempre acaba en discusión, ya sea porque yo me enfado con ella por hablarme o porque ella se enfada conmigo por no hablarle. Mejor que cada una se dedique a lo suyo y solo hablemos cuando sea absolutamente necesario. Pero pronto ni siquiera tendremos que hacerlo, porque estaré fuera de aquí, a muchos kilómetros de Arberness, y no veo la hora de que llegue el momento.

Dejo el bolígrafo y miro las notas que acabo de tomar. He hecho una lista de sitios que merece la pena ver en Madrid, para estar preparada cuando llegue a la capital española y tenga tiempo de explorar la ciudad. La guía de viajes de España me dice que hay mucho que hacer allí y estoy deseando verlo con mis propios ojos, pero aún falta para eso. Tengo muchas paradas que hacer antes de Madrid, como París, Ámsterdam y Bruselas. Sin embargo, la primera es Londres, que es donde tomaré el tren para comenzar mi viaje.

Me hace mucha ilusión ser mochilera. Llevo un par de años soñando con ello, desde que me enteré de que era algo que la gente podía hacer. La idea de meter unas cuantas pertenencias en una mochila, colgármela al hombro y ponerme en camino es tentadora y perfecta para alguien como yo, que siente que sería más feliz en cualquier sitio menos en casa. Sé que no es solo el deseo de ver más mundo lo que me impulsa, también es el de escapar de Arberness y de la horrible historia de mi familia en este lugar. Pero ¿y qué? Quiero salir de aquí y, muy pronto, cumpliré mi deseo.

Cojo la guía de viajes de Grecia y hojeo algunas páginas, contemplando las maravillosas imágenes de ruinas antiguas y playas

bañadas por el sol. Tengo previsto terminar mi viaje en Atenas, aunque soy flexible y podría acabar en cualquier parte, dependiendo de lo que me duren los ahorros y de lo que me suceda por el camino. Puede que encuentre un trabajo durante el viaje —por ejemplo, sirviendo copas en un bar— para conseguir fondos extra que me permitan alargar mi aventura. Puede que incluso conozca a un hombre durante el viaje y me vaya a vivir con él, lo cual sería ideal. No volveré a Arberness si puedo evitarlo, y creo que mamá lo sabe, por eso se enfada tanto cada vez que discutimos y le digo que estoy deseando irme de casa.

Pero ¿puede culparme? No tiene ni idea de lo mal que lo he pasado los últimos dieciocho años. Todas las personas que he conocido ya sabían quién era antes incluso de hablar conmigo. Soy la hija del médico asesinado y de la mujer con la que tuvo una aventura. Soy consecuencia de una infidelidad que llevó a la mujer del médico a enloquecer y matar a varias personas. Y lo peor es que ella sigue en libertad , lo cual es una locura. Supongo que huyó a Europa, lo que podría ser otra razón por la que me interesa ir allí. Tal vez en mis viajes vea algo en las noticias sobre una mujer que coincida con su descripción y, de alguna manera, la lleve ante la justicia. Es un poco fantasioso, aunque cosas más raras se han visto. Fern fue noticia en este país, quizá ya esté haciendo de las suyas en otros lugares.

Pero sobre todo quiero salir de aquí y encontrar mi propio camino, porque eso no es culpa mía. Yo no pedí que ocurriera nada de eso. ¿Por qué iba a hacerlo? Por lo que sucedió antes de que yo naciera, me han acosado durante años y no tengo amigos de verdad en este pueblo, a pesar de haber vivido aquí toda mi vida. Algunas mujeres mayores me saludan cuando me ven por la calle, pero nadie de mi edad quiere estar conmigo.

Por eso estoy deseando irme. Para empezar de cero, reinventarme, liberarme del peso de los errores que otros cometieron y que me han perseguido desde que nací. Pienso usar un nombre diferente cuando viaje, un nombre falso que suene bien. Tal vez use uno distinto en cada país al que vaya, presentándome a otros mochileros en los albergues con una identidad nueva cada vez hasta que encuentre la que más me guste. El que me haga más popular será el

ganador. Desde luego, no usaré mi verdadero nombre, Evelyn Richardson, porque basta con teclear ese nombre en un buscador para que Internet muestre todo mi pasado.

—¿Eres la hija del médico? —me preguntarán algunos, antes de perder el interés en ser mis amigos y, en lugar, verme como un gran chisme que compartir cuando conozcan a otros mochileros, aquellos que han tenido vidas normales y no tienen un padre que fue asesinado y una madre que fue incriminada por ello. Quiero evitarlo a toda costa, así que me aseguraré de hacerlo usando un alias.

Cojo el bolígrafo y escribo el nombre de Tiffany. Me gusta. Quizá empiece siendo Tiffany.

Decido que ya he pasado suficiente tiempo hojeando mis guías de viaje por hoy. Las recojo de la mesa del comedor y me las llevo a mi habitación, donde las dejo en mi estantería, debajo de la cual se encuentra la mochila que pronto llenaré cuando empiece mis viajes. Pero aún no estoy preparada, sobre todo porque me vendría bien ganar un poco más de dinero en mi trabajo en el supermercado del pueblo. Apilar productos en estanterías es lo que hago desde que dejé los estudios a los dieciséis años. Aunque ha sido aburridísimo, después de dos años viviendo en casa sin pagar alquiler, he ahorrado una buena cantidad de dinero y, siempre que no derroche demasiado en mi viaje, debería durarme mucho tiempo. Luego está el dinero que mamá se ha ofrecido a darme, aunque no sé si lo aceptaré. Por supuesto, tener un dinero extra me permitiría ver algunos lugares más, pero aceptarlo podría hacerle pensar que le estoy agradecida y no estoy segura de estarlo.

¿Cómo puedo estar agradecida con la mujer que dejó escapar a la asesina de mi padre?

Esa malvada mujer sigue libre por ahí, en algún lugar, viviendo su vida lejos de aquí. Parece que me han castigado a mí en vez de a ella, y eso no es justo, aunque no puedo hacer mucho al respecto. Si la policía no ha logrado encontrarla, yo tampoco podré, y lo cierto es que no he pasado demasiado tiempo buscándola. No quiero atormentarme pensando en esa mujer más de lo que ya lo he hecho. No se lo merece. Aun así, me resulta increíble que mamá tuviera la oportunidad de que detuvieran a Fern y la dejara escapar. Si la

hubiera entregado, tal vez me sentiría un poco mejor. No lo sé, o tal vez no, pero no me sentiría peor. El problema es que esa mujer sigue ahí fuera y, mientras sea así, los periódicos la mencionarán de vez en cuando, especulando sobre su paradero. Y eso hace que su nombre y, por extensión, el de mamá y el mío sigan apareciendo en los titulares, que es lo último que quiero.

Me alegro de no haberme encontrado con mamá mientras avanzo por la casa y espero no hacerlo cuando me dirijo a la puerta principal. Por suerte, no la veo, lo que nos ahorra a las dos otro momento incómodo. Una vez fuera, ya me siento un poco mejor. Imagina cómo me sentiré cuando esté a miles de kilómetros. Como una persona nueva, espero. Hasta entonces, sigo siendo la misma: una joven solitaria y confusa que nunca llegó a conocer a su padre y que solo ha leído lo que otras personas han escrito sobre él en Internet.

Doy un paseo por la playa de Arberness todos los días, haga el tiempo que haga, porque el aire fresco y el mar suelen levantarme el ánimo, a pesar de que este lugar es donde papá perdió la vida. Suelo evitar el sitio exacto donde murió, y me quedo en el otro extremo de la playa, porque es mejor para mi salud mental, pero siempre que estoy aquí me siento más cerca de él. No me atrevería a decir que su espíritu sigue aquí, pero saber que nunca lo conoceré significa que este lugar es lo más cerca de él que puedo estar. Si estuviera aquí de verdad, en carne y hueso y no solo en espíritu, tendría muchas cosas que decirle. A diferencia de mamá, con la que prácticamente no hablo, le haría un millón de preguntas.

—¿Cuáles eran tus aficiones?

—¿Te gustaba viajar?

—¿Cómo fue tu infancia?

—¿Te arrepientes de haber tenido esa aventura? ¿Por qué la empezaste?

—Si hubieras tenido más tiempo, ¿qué habrías hecho con tu vida?

Le haría tantas preguntas… Y, aunque podría obtener muchas de las respuestas de los padres de papá, que se pusieron en contacto conmigo en el pasado, nunca me he sentido preparada para ello. Quiero hablar con papá, no con ellos, pero es imposible. Nunca

tendré la oportunidad. Fern Devlin me la arrebató. Nunca he querido conocer a los padres de papá, y no es culpa suya, es mía. ¿Qué ganaría rodeándome de más personas a las que Fern también hizo daño? Bastante difícil ha sido lidiar con mi propio dolor como para cargar con el de los demás. Tal vez los conozca algún día, a ser posible, cuando tengamos algo bueno de qué hablar.

Me encantaría ser yo quien atrapara a Fern algún día. Terminar lo que mamá empezó y entregarla a la policía. O quizá llevarlo incluso más lejos. Pero supongo que nunca tendré esa oportunidad.

Nunca estaré en el mismo lugar que ella.

Tal vez sea lo mejor.

O podría acabar siendo una asesina como ella.

5

FERN

Ha llegado el gran día. Es el día de la fiesta de cumpleaños de mi pequeña, aunque ya no es tan pequeña, como me recuerdan los enormes globos con el número dieciocho que decoran la sala. Pero, en lugar de pensar en lo rápido que han pasado los años y en que Cecilia no volverá a dormirse sobre mi pecho, obligándome a subirla en brazos a su cama, me centraré en que es una ocasión feliz que hay que celebrar y disfrutar.

Sé que a mi hija le hace mucha ilusión.

Esta fiesta fue idea suya.

Cuando miro la lujosa decoración de la sala y veo a todas las personas que han venido esta noche a celebrarlo con nosotros, sé que Cecilia está más que contenta con el esfuerzo que Pierre y yo hemos puesto en este evento. Hay una larga fila de invitados hambrientos haciendo cola en la mesa del bufé, el bar está abarrotado y la gran pista de baile está llena de gente moviéndose al ritmo de la música pop que suena a todo volumen, canciones cuyos estribillos desconozco, pues soy demasiado mayor para saber la letra. Veo a mi hija en medio de la pista, con los brazos estirados por encima de la cabeza y una sonrisa de oreja a oreja mientras se deja llevar por la música junto a algunas de sus mejores amigas. Antoinette está a su lado, por supuesto, como desde hace trece años. Se hicieron muy amigas en el colegio y prometieron hacerlo todo juntas cuando crecieran. Cumplieron su promesa y pronto se irán a París, donde ya tienen trabajo. Cecilia comenzará unas prácticas en una casa de moda del centro de la ciudad, que siempre ha sido el trabajo de sus sueños, mientras que Antoinette va a empezar a trabajar en un sello discográfico, lo cual es perfecto porque la música es su pasión. Es maravilloso ver a dos jóvenes que persiguen lo que quieren en la vida. Diría que me recuerdan a mí misma, pero hace mucho tiempo que no recuerdo cómo era ser

joven y hacer lo que quería. Ni siquiera estoy segura de haberme sentido tan despreocupada alguna vez.

—Sigo pensando que ese vestido es demasiado corto.

Me giro para mirar al hombre que acaba de detenerse a mi lado y sonrío al ver a Pierre, sin duda el hombre más guapo de la sala, a pesar de que hay muchos que tienen menos de la mitad de su edad. Pierre está envejeciendo tan bien como los mejores vinos que se producen en esta región, y supongo que también debe estar bastante satisfecho con mi aspecto, porque me rodea la cintura con los brazos y me da un beso en la mejilla mientras vemos bailar a Cecilia.

—El vestido está bien —le digo, aunque yo también tuve mis reservas cuando vi lo que Cecilia pensaba ponerse para la fiesta. El vestido negro en el que gastó la mayor parte del dinero de su cumpleaños está hecho de un tejido maravilloso, es una pena que no tenga un poco más de tela. Sin embargo, como me recordó mi hija, ya es mayorcita para decidir lo que se pone, y pronto ni siquiera veré lo que hay en su armario. París solo está a sesenta y cuatro kilómetros de este pueblo, pero bien podrían ser cuatrocientos. Siento que hay un gran abismo entre la pequeña vida que crie con tanto esmero y yo. No obstante, me alegro por ella y sé que se lo pasará muy bien en la ciudad. Este pueblo es más adecuado para gente como Pierre y como yo, para personas que quieren relajarse poco a poco en la vida, no para jóvenes que apenas comienzan a vivir. Aun así, sigue siendo mi niña.

Tendré que visitarla tan a menudo como pueda.

Pierre se da cuenta de que nos hemos quedado sin vino y se dirige al bar a por más. En cuanto se aleja, se acerca a mí Marion, una buena amiga que hice cuando me mudé a este pueblo. Como yo, llegó aquí desde otro lugar, pero, a diferencia de mí, no está huyendo, o al menos no creo que lo esté. Es una mujer normal, y normalidad era justo lo que necesitaba cuando llegué aquí. Supongo que por eso su compañía me resulta tan reconfortante.

—Es una pena que tengan que crecer, ¿verdad? —reflexiona Marion mientras observamos la pista de baile—. Es duro cuando son bebés, pero daría lo que fuera por volver atrás en el tiempo, a cuando mis

hijas eran pequeñas.

—Yo también. —Contemplo con admiración a Cecilia y la mujer en la que se ha convertido, a pesar del hecho de que los primeros meses de su vida vivimos en condiciones muy precarias, cuando yo apenas tenía dos libras en el bolsillo y nada más, escondida en Cornualles—. No sé a dónde se han ido los años…

—En lugar de centrarte en lo que perderás cuando Cecilia se mude, intenta pensar en todas las cosas que te esperan —dice Marion, utilizando su propia experiencia como madre de dos adultos para animarme—. Algún día podrás visitar su casa. La verás el día de su boda. Puede que sea madre. Todavía os quedan muchas aventuras por vivir juntas.

Agradezco las palabras de Marion y también agradezco la copa que me tiende Pierre cuando regresa del bar. Definitivamente, necesito un buen trago, porque un momento después la música se corta y, mientras todos se giran para ver qué va a ocurrir a continuación, Pierre me recuerda que es hora de que pronunciemos nuestros discursos.

Sigo a mi marido hasta el escenario, donde el DJ tiene un micrófono preparado, y veo que Cecilia frunce el ceño porque no tiene ni idea de lo que está pasando. Pierre y yo nos aseguramos de que así fuera; habría intentado disuadirnos si le hubiéramos dicho que pensábamos decir unas palabras. Pero ahora Cecilia no puede impedir que hablemos a los invitados y, mientras mi marido toma el micrófono, sonrío a mi hija para hacerle saber que sí, que los próximos minutos serán un poco embarazosos para ella delante de todos sus amigos, pero que todo va a salir bien y que, cuando termine, apreciará lo que hemos dicho. O eso espero.

—Gracias a todos por venir —empieza Pierre, antes de añadir unas palabras en francés para dar las gracias al personal que nos está atendiendo esta noche. Luego cambia al inglés sin esfuerzo, no solo por mí, que sigo encontrando más fácil mi lengua materna, sino porque todos nuestros invitados también saben hablar inglés, así que para él no es ningún problema conversar en ese idioma.

—Es una noche maravillosa para celebrar un momento tan especial en la vida de una joven increíble —prosigue Pierre, sonriendo a mi

hija mientras habla—. Como ya sabréis la mayoría, Cecilia y su madre llegaron a mi vida hace trece años. Por aquel entonces, pensaba que era feliz viviendo aquí, cumpliendo con mi deber de médico y bebiendo unas cuantas copas de vino en el bistró del pueblo todos los viernes por la noche, lo que contradecía totalmente los consejos que me había pasado toda la semana dando a mis pacientes.

Algunos de los presentes se ríen, entre ellos el dueño del restaurante, un hombre que se ha beneficiado mucho de las visitas de mi marido a lo largo de los años.

—Pero entonces me enamoré de la mujer que está aquí a mi lado esta noche, y en ese momento me di cuenta de lo que era la verdadera felicidad.

Pongo los ojos en blanco ante la empalagosa muestra de afecto de Pierre, que me guiña un ojo antes de continuar.

—Sin embargo, me enamoré otra vez cuando conocí a Cecilia y descubrí la alegría que era tenerla en mi vida. La conocí cuando tenía cinco años, y si ahora os parece descarada, tendríais que haberla visto entonces.

Risas por toda la sala. Parece que Cecilia quiere que se acabe el discurso, pero aún queda un poco.

—Solo quiero decir que ha sido un honor y un placer estar a tu lado para verte crecer y convertirte en la mujer que eres hoy —continúa Pierre, con los ojos ligeramente vidriosos, lo que deja claro cuánto la quiere. Pero no ha hecho falta que pronunciara este discurso para que yo lo supiera; lo ha demostrado con creces a lo largo de los años, desde que tomé la gran decisión de introducirlo en la vida de mi hija cuando era más pequeña.

—Sé que pronto te irás a París a vivir una aventura maravillosa y que vamos a echar de menos tenerte cerca todos los días, pero te deseamos lo mejor y estamos ansiosos de que nos cuentes todas tus aventuras. Hablando de eso, tu madre y yo tenemos un regalo para que empieces esas aventuras.

Pierre mete la mano en el bolsillo de su traje y saca un sobre antes de invitar a Cecilia a subir al escenario para unirse a nosotros. Ella se muestra reacia, pero sus amigos la empujan en nuestra dirección y,

una vez a nuestro lado, Pierre le entrega el sobre.

—Felices dieciocho —dice él con una sonrisa mientras Cecilia abre su regalo, y cuando ve lo que contiene, su sonrisa no puede ser más grande.

—Asientos en primera fila para un desfile de moda en París —declara Pierre, triunfante, mientras Cecilia sonríe ampliamente—. ¡Creo que le gusta!

Todos aplauden, conscientes de que, para alguien tan obsesionada con la moda y el glamur como mi hija, este es el regalo perfecto. Observo la felicidad de Cecilia antes de darle un beso a Pierre, porque ha sido él quien ha podido permitirse un regalo tan caro. Yo llevaba ahorrando mucho tiempo para este día, y aun así no me habría podido permitir algo como eso. Pero mi marido también ha estado ahorrando en secreto.

El sueldo del médico al rescate, y no por primera vez.

Pierre me pasa el micrófono y me toca decir unas palabras sobre la cumpleañera.

—¿Por dónde empiezo? —digo mientras la sala se queda en silencio. Las lágrimas que esperaba mantener a raya hasta el final del discurso ya amenazan con desbordarse—. Mi niña ya es toda una mujer. Parece que fue ayer cuando te sostenía en mis brazos en el hospital.

Todos los presentes sonríen, excepto Cecilia, que se limita a sonrojarse. Aunque yo también sonrío, el recuerdo que acabo de mencionar está empañado por el miedo que sentía en aquel momento. Era relativamente nueva en eso de huir y vivir con una identidad falsa, así que rezaba para que no me descubrieran ni me quitaran a mi bebé. A pesar de lo mágico que fue el momento en que conocí a mi hija, nunca olvidaré la paranoia extrema que sentí mientras estaba tumbada en la cama del hospital e intentaba no imaginarme a varios policías irrumpiendo en la sala de maternidad. Temía que las manos con las que alimentaba, arropaba y calmaba a Cecilia se vieran pronto esposadas, y me aterrorizaba pensar que la pequeña vida que acababa de dar a luz tuviera que valerse por sí misma en este gran mundo sin su madre para cuidarla. Pero la policía nunca llegó y, dieciocho años después, sigo esperando a que

me encuentren.

—Tú y yo hemos pasado por muchas cosas juntas —continúo mientras nadie en la sala, incluida Cecilia, puede imaginar de qué estoy hablando en realidad—. Y, a pesar de no tener ni idea de lo que estaba haciendo la mayor parte del tiempo, me alegra saber que, de alguna manera, he sido capaz de ayudarte a crecer hasta convertirte en la maravillosa persona que eres hoy.

Cecilia ya no parece tan avergonzada. En cambio, parece emocionada, lo cual me enternece.

—Solo quiero que sepas que, vayas donde vayas y sea cual sea la distancia que nos separe, siempre pensaré en ti y siempre estaré aquí para cuando me necesites —digo mientras una lágrima rueda por mi mejilla—. Diviértete en París y persigue todos tus sueños, pero no te olvides de mí. ¿Me lo prometes?

Cecilia se ríe antes de acercarse a mí y nos abrazamos mientras todos los presentes aplauden. Cuando nos separamos, con lágrimas en los ojos y sonrisas en los labios, tenemos un momento de silencio entre los aplausos en el que Cecilia me agradece todo lo que he hecho por ella. Sus palabras significan mucho, pero no es necesario que me lo agradezca. Ahora, se trata de mirar hacia delante. Por eso lo siguiente que digo cambia por completo el tono de la conversación.

—Sé que te encantará París y que te lo pasarás genial —le digo, emocionada por ella—, pero recuerda… Y sabes que odio tener que repetírtelo, pero soy tu madre y me preocupo. Aunque verás muchos carteles del Eurostar mientras estés allí, no caigas en la tentación de coger el tren a Londres. Lo digo en serio, Cecilia. Es demasiado arriesgado. Tu padre podría enterarse de que has ido a Inglaterra, y no podemos permitirlo. ¿De acuerdo?

—Sí, mamá —responde Cecilia, poniendo los ojos en blanco porque ya ha oído todo esto antes.

—Lo digo en serio. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Solo pongo fin a la conversación cuando estoy convencida de que Cecilia ha captado el mensaje. Creo que sí, así que ahora es libre de reunirse con sus amigos en la pista de baile y, cuando el DJ vuelve a

poner música, la fiesta continúa. Miro a mi hija mientras baila y parece que no tiene ninguna preocupación en el mundo.

Ojalá pudiera decir lo mismo…

6

ALICE

Estoy haciendo el trayecto de Arberness a Carlisle, una ruta que ya he hecho muchas veces, pero el viaje de hoy no es fácil. Me dirijo a la estación de tren y, cuando llegue, me despediré de la persona que está sentada a mi lado en el asiento del copiloto.

—¿Podemos apagar la música y hablar un momento? —le sugiero a Evelyn después de que haya encendido la radio para intentar evitar silencios incómodos entre nosotras.

Evelyn suspira antes de estirar la mano y apagar la música. Ahora el coche está en silencio, como lo ha estado la mayor parte del trayecto. Esta vez estoy decidida a decir lo que tengo que decir antes de perder la oportunidad de hablar con mi hija.

—Mira, sé que las cosas han sido difíciles entre nosotras durante los últimos años —empiezo, mientras Evelyn cruza los brazos sobre el cinturón de seguridad y gira la cabeza para mirar el paisaje por la ventanilla—, pero espero que sepas que siempre he hecho todo lo posible por hacer lo mejor para nosotras y que algún día puedas entenderlo.

—Lo que tú digas.

—Evelyn, vamos, háblame.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que estoy deseando largarme de aquí? Porque es la verdad.

Duele oírlo, aunque no puedo decir que me sorprenda.

—Sé que estás emocionada por irte de viaje y yo también lo estoy por ti. Pero espero que sepas que estaré preocupada por ti, así que me gustaría que te mantuvieras en contacto conmigo y me hicieras saber que estás bien.

Evelyn no dice nada, lo que sugiere que su plan es cortar todo contacto conmigo una vez que se suba a ese tren rumbo a Londres.

—No tienes que enviarme mensajes todos los días ni darme muchos detalles, solo un mensaje breve de vez en cuando para

decirme dónde estás y que estás bien. Es lo único que pido. ¿Puedes hacerlo?

—Vale —dice Evelyn, sin mirarme.

Eso es lo que necesitaba decir, pero, como ahora estamos hablando, o al menos una de las dos lo está haciendo, aprovecho antes de que Evelyn vuelva a encender la radio.

—Algún día, si tienes un hijo, entenderás lo que es esto para mí —digo, emocionada, mientras agarro con fuerza el volante y me centro en la tranquila carretera que tengo frente a mí—, lo que se siente al pasar dieciocho años de tu vida amando a alguien y cuidándolo solo para que crezca y se aleje de ti.

—¿Así que ahora es culpa mía? —pregunta Evelyn, mirándome por fin.

—No, no he dicho que sea culpa tuya. Solo te digo que probablemente no entiendes los sacrificios que hice por ti…

—¿Que hiciste sacrificios por mí? Sí, tuvo que ser muy duro para ti tener una aventura y luego dejar que la asesina de papá se escapara porque fuiste demasiado cobarde para detenerla.

—¡Evelyn!

—Déjalo, mamá.

—¡No, no voy a dejarlo! ¡No cuando me hablas así!

Evelyn suelta un profundo suspiro y vuelve a mirar por la ventanilla, claramente deseando salir del coche y subirse al tren. Tal vez debería dejarlo antes de que las dos digamos cosas de las que nos arrepintamos, aunque dudo que haya mucho más que Evelyn pueda decir que no haya dicho ya en algún momento de los últimos años.

—No te lo he dicho antes, pero qué más da, mejor te lo digo ahora porque quién sabe cuándo volveré a verte —digo mientras Carlisle aparece a lo lejos—. Cuando naciste, pasé una época complicada. Dormías fatal y no parabas de llorar. No podía soportarlo. El médico pensó que tenía depresión.

—Genial, estabas deprimida cuando nací, gracias por decírmelo —dice Evelyn, sacudiendo la cabeza como si yo estuviera empeorando las cosas.

Pero aún no he llegado a lo que le quiero decir.

—No sabes lo duro que puede ser tener un bebé, y espero que, algún día, si llegas a ser madre, las cosas te resulten más fáciles. Pero para mí fue difícil, mucho, y no me avergüenza admitir que me costó crear un vínculo contigo.

—¡Esto mejora por momentos!

—¡Escúchame! —grito mientras la estación de tren de Carlisle aparece a la vista—. Lo que intento decir es que, si las cosas no hubieran mejorado, quizá yo no habría podido con ello. Y, si no lo hubiera logrado, no sé qué te habría ocurrido a ti. Podrían haberte alejado de mí y, de ser así, no habrías tenido la vida que has tenido.

—Podría haber tenido una mejor.

Ese comentario me escuece, pero lo ignoro y continúo:

—Lo que quiero decir es que mires la oportunidad que tienes ahora. Estás a punto de salir para ver el mundo. ¿Sabes lo afortunada que eres? Si hubieras terminado en un centro de acogida y hubieras acabado con alguien que no te tratara bien, quizá no habrías tenido esta oportunidad ahora que ya eres mayor.

Evelyn no dice nada, así que sigo hablando mientras tengo la oportunidad.

—Digo esto porque sé que estás dolida y te sientes llena de odio y rabia, tanto por mí como por Fern, pero lo que quiero decir es que, cuando te separaron de mí aquel día en Cornualles y aquella mujer perturbada te llevó hasta el acantilado y amenazó con tirarte, eso fue lo que me hizo reaccionar. Pensé que ya era demasiado tarde y que nunca tendría la oportunidad de amarte como debía. Entonces Fern te salvó y, gracias a ella, hemos pasado estos dieciocho años juntas y ahora vas a irte a vivir la mejor experiencia de tu vida.

Creo que Evelyn empieza a comprenderlo. Tanto Fern como yo, las dos mujeres que mi hija más odia en este mundo, somos las razones por las que está viva y en condiciones de tomar la decisión de viajar y vivir su vida.

—Quiero que disfrutes, cariño —digo mientras detengo el coche en el aparcamiento de la estación—. No dejes que tu corazón se llene de odio, ni por mí ni por Fern ni por nadie más. Intenta ser feliz y recuerda que te quiero más que a nada en el mundo. Te echaré de menos como una loca, y cualquier mensaje que me envíes mientras

estés fuera será lo mejor que me pase ese día.

Evelyn se queda mirando por el parabrisas a toda la gente que corre hacia la estación para coger el siguiente tren hacia el sur. Cuando por fin habla, lo que dice es lo que necesitaba oír.

—Te mandaré un mensaje cuando pueda —me asegura en voz baja —. Tengo que irme.

Le doy las gracias antes de que salgamos del coche y, después de que se haya puesto la pesada mochila sobre los hombros, contemplo cómo mi hija se prepara para dejarme atrás y viajar sola por primera vez.

—Te quiero —le digo mientras le doy un fuerte abrazo, y rezo en silencio para que me responda con las mismas palabras.

—Adiós, mamá —contesta Evelyn, antes de darse la vuelta y dirigirse a la puerta de la estación.

No le quito ojo hasta que desaparece de mi vista. Una vez que se ha ido, tengo un pensamiento fugaz: ojalá cancelen su tren. Eso me permitiría pasar una hora más con ella. Pero eso no sucede. Me quedo sentada en el coche esperando y veo un tren que sale hacia el sur. Sé que ella estará en él ahora, dirigiéndose hacia Londres y alejándose de aquí cada segundo que pasa.

Soy consciente de que el viaje de vuelta a Arberness va a ser solitario y de que me sentiré aún más sola cuando llegue a casa y la encuentre vacía. Estoy segura de que podría mantenerme ocupada cuando llegue, buscando ropa que lavar y superficies polvorientas que limpiar, lo que me ayudaría a matar un poco el tiempo. Luego podría sentarme en mi escritorio y preparar unas cuantas tarjetas de felicitación más, volcándome en el trabajo para ayudarme a olvidar el doloroso vacío que Evelyn ha dejado en mi corazón ahora que se ha marchado. Pero antes decido hacer una parada en el camino. Aparco en una estación de servicio de la autopista, donde espero tomarme un café y algo azucarado para levantarme el ánimo.

Al cruzar las puertas y ver a decenas de conductores que han parado como yo para tomar un refresco, me asalta el recuerdo de la vez que utilicé una estación de servicio para vengarme de alguien que me había traicionado. Fue hace casi dieciocho años, cuando me dirigía a Cornualles para intentar atrapar a Fern. Iba en el coche con

mi novio de entonces, Tomlin, y una amiga de la cárcel, Siobhan. Sabiendo que ambos me habían traicionado recientemente besándose cuando pensaban que yo dormía, vi la oportunidad de vengarme de Siobhan y me marché, dejándola abandonada en la estación de servicio junto a la autopista, en mitad de la nada, sin coche, sin forma de volver a casa.

En aquel momento, me hizo sentir bien y supuse que no volvería a verla.

Pero me equivoqué y, en retrospectiva, probablemente no debería haberme metido con una mujer tan peligrosa…

7

ALICE

Diecisiete años antes

El primer año de vida de Evelyn ha pasado en un suspiro, pero su primera fiesta de cumpleaños ha pasado aún más rápido, y ahora es el momento de guardar todos los globos y banderines. Ayer fue un día precioso. Las pocas personas a las que llamo amigos en este pueblo aceptaron mi invitación de venir a mi casa y disfrutar de un trozo de tarta y unos refrescos para celebrar el primer acontecimiento importante en la vida de mi hija. Pero hoy todo gira en torno a la feria del pueblo, y Evelyn y yo vamos a echar un vistazo a los coloridos puestos para ver si encontramos algo que nos guste a alguna de las dos.

Hace un buen día en Arberness, el cielo azul se extiende sobre el pueblo y lo baña con una luz solar muy bienvenida, lo que hace que sea un agradable paseo desde casa hasta la calle principal, donde están instalados todos los puestos y se oye la música de la banda desde el escenario del fondo.

El aroma de las salchichas asándose flota en el aire, y mis ojos se detienen en unas tarjetas multicolores expuestas en un estante. Algún día me encantaría hacer mis propias tarjetas y quizá tener mi propio negocio, pero de momento no tengo tiempo para eso. No hay tiempo para nada con un bebé de un año, así que es un logro haber salido de casa.

Sonrío a algunas caras conocidas —al tiempo que ignoro algunas miradas reprobatorias de aquellos que desaprueban mi pasado y el hecho de que siga viviendo en Arberness— antes de detenerme en un puesto que vende todo tipo de lociones y cremas para el cuidado de la piel. Tentada a comprar algo que me ayude a combatir las ojeras, empiezo a curiosear entre los productos, y estoy a punto de elegir cuando la banda termina de tocar su última canción y el

cantante anuncia que ha llegado el momento de la rifa. La semana pasada compré un boleto para el sorteo, así que lo busco en el bolso con la esperanza de que digan mi número, porque estaría bien ganar algo, ¿no? O tal vez no. Me pregunto si algunas de las personas a las que no les caigo bien me abuchearían si subiera al escenario a reclamar mi premio. Pero, cuando encuentro mi boleto y miro hacia el escenario para ver al cantante hacer el anuncio, mi mirada se topa con algo inesperado. Con una persona a la que jamás pensé que volvería a ver, o al menos eso esperaba.

Estoy segura de que era ella.

Era Siobhan.

Juraría que acabo de ver a la mujer a la que solía llamar amiga. La última vez que la vi fue cuando entraba en una estación de servicio junto a la autopista antes de que yo me marchara a toda velocidad y la dejara allí. Porque me traicionó… Pero ¿de verdad era ella? No puedo confirmarlo porque ya no la veo. He perdido a esa mujer entre la multitud y, a pesar de mirar en todas direcciones, no consigo encontrarla de nuevo. Ahora estoy inquieta. ¿Y si era ella?

¿Qué demonios estaría haciendo en Arberness?

«¿No es obvio? —me dice mi paranoico cerebro—. Ha vuelto para vengarse de ti por dejarla».

Intento no pensar en ello, pero soy incapaz de quitármelo de la cabeza.

«Es una asesina. Intentó matar a su antiguo jefe. Así fue como la conociste en prisión. Es increíblemente peligrosa. ¿Qué pensaste que ocurriría cuando te hicieras enemiga de una mujer así? ¿Que se reiría y lo olvidaría? Por supuesto que no. Ella tomaría represalias. Volvería y te haría pagar».

Incapaz de relajarme y seguir disfrutando de lo que me rodea, empujo el cochecito de Evelyn lejos de la concurrida calle, ignorando por completo el anuncio del número del boleto ganador de la rifa. Ahora tengo cosas mucho más importantes de las que preocuparme.

Nada más llegar a casa y asegurarme de que Evelyn está a salvo, llamo a mi exnovio. El detective Tomlin contesta al primer tono y me pregunta si todo va bien.

—Me parece que he visto a Siobhan. Creo que está en Arberness —

digo apresuradamente, temiendo tener razón y que no fuera solo alguien que se parecía a ella.

—¿De verdad? ¿Qué hace ahí? —pregunta Tomlin.

La respuesta es obvia para mí.

—¡Ha venido a vengarse de mí, Tomlin! —exclamo—. Nunca debí dejarla en aquella estación de servicio.

—Cálmate, dudo que se trate de eso.

—¿Por qué iba a estar aquí si no? La invité a venir el año pasado, así que sabe dónde vivo. Ha vuelto para buscarme, solo que esta vez no somos amigas.

Tomlin sigue intentando que me calme, pero no sirve de nada y ahora estoy enfadada.

—¡Esto es culpa tuya! Si no la hubieras besado, nunca nos habríamos peleado y ella no estaría aquí ahora intentando hacerme daño.

—No sabemos si va a hacerte daño. Podrías estar exagerando.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Y si le hace daño a Evelyn? ¿Cómo puedo mantenerla a salvo?

Tomlin lee entre líneas y me dice lo que espero oír.

—Voy para allá —dice—. Quédate dentro hasta entonces y no abras la puerta a menos que te diga que soy yo.

Cuando Tomlin llega a mi casa, ya me he calmado un poco, pero me alivia tenerlo aquí para que nos proteja a mí y a mi hija. Sin embargo, en cuanto entra en la casa que una vez compartimos, tengo la sensación de que llevaba tiempo esperando una llamada como esta, como demuestra la forma en que nos mira a Evelyn y a mí. Es entonces cuando vuelvo a ponerme paranoica.

—Espera. ¿Has sido tú? ¿Has orquestado el regreso de Siobhan aquí para poder entrar de nuevo en mi vida?

—No seas ridícula. No la he visto ni he hablado con ella desde el día en que la dejaste en la estación de servicio —me asegura Tomlin —. Estoy aquí como amigo. Solo quiero ayudarte.

—Bien. Ayúdame buscándola por el pueblo, a ver si la ves en algún sitio. Mira en todas partes: el pub, el parque, la carnicería, el supermercado… Pero empieza por mi jardín trasero. Podría estar

escondida allí, esperando su oportunidad para entrar.

Tomlin me mira como si estuviera loca, pero hace lo que le he dicho y se marcha, sabiendo qué aspecto tiene la mujer que le he encargado encontrar. Al cabo de noventa minutos, vuelve a la casa para decirme que ha buscado por todas partes, incluso en la concurrida fiesta, y que ha preguntado a varias personas con las que se ha cruzado por la calle, pero que no hay ni rastro de Siobhan por ninguna parte.

—¿Qué hay de la playa? ¿Has mirado allí? —le pregunto, y me responde que ha pasado con el coche por allí y que no ha visto ni un alma, ni siquiera a alguien paseando al perro, lo cual es raro, aunque supongo que todo el mundo debe estar todavía en la feria.

—Está esperando su momento —digo, pensando en voz alta, mientras veo a Evelyn sentada en su trona, con más comida alrededor de la boca que dentro de ella—. Es lista. Es una manipuladora. Me contó que, cuando intentó matar a su jefe, lo planeó durante meses.

—Mira, no creo que tengas nada de qué preocuparte, pero, por si acaso, ¿qué tal si me quedo aquí esta noche? —sugiere Tomlin, antes de añadir rápidamente—: Dormiré en el sofá, no arriba. No te preocupes, solo estoy aquí como amigo.

Le tomo la palabra a Tomlin y estoy de acuerdo en que es una buena idea que se quede a dormir. Probablemente sea la única forma de poder pegar ojo, porque si no me pasaría la noche en vela, atenta a cualquier ruido en el piso de abajo. Con él vigilándonos, espero que todo vaya bien.

—¡Alice! ¡Despierta! ¡Tenemos que salir de la casa ahora mismo!

Las súplicas desesperadas de Tomlin me despiertan de mi letargo. Cuando abro los ojos, lo veo de pie al lado de la cama sosteniendo a Evelyn, que se retuerce y está al borde de las lágrimas. Pero también veo otra cosa.

Humo.

Y mucho.

—¿Qué está pasando? —pregunto mientras aparto el edredón y salgo corriendo de la cama.

Tomlin se dirige a la puerta del dormitorio, desde donde mira hacia el pasillo oscuro y lleno de humo.

—No lo sé. Me desperté, olí humo y me di cuenta de que la casa estaba ardiendo —dice—. Vamos, tenemos que irnos ya.

No se lo discuto y, mientras lo sigo fuera de mi habitación, me pregunto por qué no ha saltado la alarma de incendios para avisarme. Cuando pasamos por debajo de ella, oigo un leve pitido, aunque no muy fuerte. Tardo un segundo en entender por qué suena tan bajo. Es porque no puede competir con el sonido de las llamas que rugen bajo nosotros en la planta baja.

—¡Dios mío! —grito cuando miro escaleras abajo y no veo más que una densa nube de humo negro asentada pesadamente sobre los escalones. La visibilidad se reduce por segundos—. ¿Cómo demonios vamos a salir?

El fuego bloquea nuestra ruta de escape, y nos imagino a mí y a mi hija pereciendo en un infierno ardiente. Sin embargo, Tomlin no se da por vencido todavía y su entrenamiento policial no tarda en entrar en acción.

—Tápate la boca —me dice mientras tira de la parte superior de mi camisón.

Sigo sus instrucciones y utilizo la tela como una especie de barrera contra el humo tóxico que amenaza con llenarme los pulmones. Tomlin mete a Evelyn dentro de su camisa, protegiéndola también del humo y de las llamas que podamos encontrar al salir de aquí. Luego, mientras mantiene un fuerte brazo alrededor de Evelyn, utiliza el otro para agarrarme y tirar de mí escaleras abajo con ellos.

Bajamos a una velocidad espantosa y temo que tropecemos y nos caigamos en cualquier momento, pero lo conseguimos. Una vez abajo, me doy cuenta del calor que hace. Es insoportable y, entre el sudor que me cae por la cara y el humo que hace que me piquen los ojos, me cuesta ver por dónde voy. Tomlin sigue tirando de mí, hasta que cae una viga de madera y suelto un grito, temiendo que vaya a golpearlos a él y a Evelyn, aterrorizada de que mi hija no sobreviva al impacto. Pero, justo antes de que los golpee, Tomlin gira el cuerpo y se lleva la peor parte del golpe en la espalda, lo que mantiene a Evelyn a salvo, aunque el fuerte grito que suelta el detective me

indica que acaba de resultar herido. Sin embargo, sigue avanzando entre las llamas que nos envuelven por todas partes, probablemente alimentado por la adrenalina, antes de que se abra una puerta y vea una hermosa y brillante oscuridad más allá. Es el jardín trasero y, un segundo después, los tres estamos al aire libre, donde el fuego y el humo ya no pueden hacernos daño.

Tomlin se desploma en el suelo y Evelyn rueda por la hierba a su lado, llamándome a gritos. No tardo en levantarla y asegurarme de que está bien. Parece ilesa, pero no ocurre lo mismo con el hombre que acaba de salvarnos la vida: está claro que sufre mucho. Cuando veo su brazo izquierdo, entiendo por qué. Está muy quemado y agoniza a causa de las heridas que ha sufrido al asegurarse de que todos lográbamos salir de la casa.

La casa.

Me vuelvo y veo mi hogar desintegrándose ante mis ojos, las llamas devorando cada parte del edificio donde Evelyn y yo deberíamos habernos sentido más seguras. Para cuando llegan los camiones de bomberos, no hay mucho que salvar, pero al menos apagan el fuego antes de que pueda propagarse a ninguna de las casas vecinas, y lo principal es que nadie ha muerto. Tomlin está mal y se lo llevan para que reciba atención médica urgente mientras un par de sanitarios nos revisan a mí y a mi hija. Me alegro de que revisen a Evelyn, pero les digo que estoy bien y que no tengo tiempo de ir al hospital porque necesito hablar con la policía.

—¡Sé quién ha hecho esto! —le grito al primer policía que se cruza en mi camino.

Tiene que haber sido Siobhan.

Y, mientras veo cómo el fuego consume mi casa, otra pregunta acude a mi mente.

¿Dónde está ahora?

8

FERN

En la actualidad

Me muevo por mi tranquila casa con la única compañía del canto de los pájaros en los árboles que hay junto a la ventana de la cocina. Pierre está trabajando y Cecilia está en París. Supongo que esta es mi nueva normalidad. Ya no oiré música pop a todo volumen en la habitación de mi hija ni encontraré sus platos y vasos sucios en el fregadero en lugar de en el lavavajillas, donde le recordaba constantemente que los pusiera. Tampoco encontraré sus zapatos tirados junto a la puerta después de que haya llegado tarde a casa tras otra noche en el bistró del pueblo con Antoinette, ni la veré entrar en mi dormitorio con resaca y tumbarse en la cama a mi lado antes de preguntarme si me apetece pedir una pizza y ver una película juntas.

Cecilia está ahora en la capital francesa «viviendo su vida», como les gusta decir a los jóvenes, y yo estoy aquí, dando vueltas sola, comprobando mi teléfono cada cinco minutos para ver si me ha enviado un mensaje o ha subido algo nuevo a Instagram que pueda darme una pista de lo que está haciendo.

Su último mensaje, enviado ayer por la tarde, me decía que se estaba preparando para salir por la noche con Antoinette después de haber pasado el día curioseando por las numerosas tiendas que ofrece París. Todavía no han empezado en sus nuevos trabajos y están aprovechando para divertirse un poco antes de sumirse en la rutina y de que su vida en la ciudad incluya desplazamientos y madrugones, además de horas felices y escaparates. Luego vi un par de fotos de ella en la cuenta de Instagram de Antoinette. En la primera Cecilia sostenía un colorido cóctel ante la cámara y en la segunda posaba junto a un gran letrero de neón en una discoteca.

Mi hija se divierte y yo no podría estar más feliz por ella. Tampoco

puedo culparla, porque París es un lugar increíble para visitar, y no digamos para vivir; lo sé porque estuve allí hace años.

Mientras salgo a mi soleado jardín trasero y me entretengo cortando unas cuantas flores marchitas, pienso en la primera vez que fui a París. Por lo que sabe mi actual marido, nunca había pisado la capital francesa hasta que él me llevó unos meses después de comenzar nuestra relación, pero, en realidad, había estado allí muchos años antes.

Fue cuando mi primer marido me llevó a pasar un fin de semana romántico.

No debo insistir en el recuerdo de mi estancia en París con Drew, porque no es justo para Pierre, que a lo largo de los años me ha agasajado con un bonito viaje allí no solo una vez, sino varias desde que estamos juntos. Pero no puedo evitarlo porque, aunque el segundo médico que me llevó hizo un gran trabajo mimándome con lujosos hoteles, magníficas comidas y salidas de compras, el primer médico consiguió superarlo con los caprichos que me preparó.

Me siento mal comparando a los dos —Pierre es mucho más decente de lo que nunca lo fue Drew—, pero no puedo negar que, cuando el doctor Devlin me llevó a París, fue increíble. Nos alojamos en un hotel con unas vistas impresionantes de la Torre Eiffel desde la habitación, cenamos en restaurantes ubicados en azoteas con vistas a monumentos tan emblemáticos como el Arco del Triunfo y el Louvre, e incluso navegamos por el Sena después de que Drew pagara a alguien para que remara río abajo un buen día de verano. Por aquel entonces, pensaba que mi marido era el mejor hombre del mundo, uno que me adoraba y que me daría todo lo que pudiera para hacerme feliz. Los viajes que he hecho con Pierre nunca han estado a la altura de aquella primera escapada que hice con Drew. Pero, por otra parte, Pierre no me ha engañado con otra mujer ni he tenido que quedarme delante de una ventana escuchando el sonido del amor y la traición procedente de su consulta.

Así que supongo que ganas unas cosas y pierdes otras.

Me siento un poco culpable por pensar en Drew, cosa que hago a menudo cuando él entra en mis pensamientos a intervalos durante todos y cada uno de los días, así que dejo las tijeras de podar a un

lado y envío un mensaje de texto a Pierre diciéndole que lo quiero. No contesta, probablemente porque está con un paciente, pero sé que sonreirá cuando lo vea. Luego envío también un mensaje a Cecilia, en el que le digo que su árbol favorito de nuestro jardín está precioso, y le hago una foto para enseñárselo. A mi hija le encantan los pétalos rosas del cerezo que florece cada año desde que era pequeña. Tengo muchas fotos guardadas de ella con una gran sonrisa en la cara junto al cerezo. Cómo me gustaría que estuviera aquí ahora para poder capturar otra imagen, pero estoy sola en este jardín. Ni siquiera la pequeña ardilla que salta sobre el césped recién cortado delante de mí puede hacerme la compañía que tanto anhelo en este momento.

Unos minutos después recibo un mensaje y me pregunto quién me habrá contestado primero, si Pierre o Cecilia. Resulta que no es ninguno de los dos: el mensaje es de Marion. Mi amiga quiere saber cómo me va desde que se fue Cecilia, y es muy amable por su parte. Debe imaginar cómo me siento, y tiene razón.

> Espero que no estés demasiado triste. Pronto volverás a disfrutar de la paz y la tranquilidad, además de tener la casa más ordenada. Solo es cuestión de tiempo.

Es un bonito gesto de mi mejor amiga en este pueblo, y le respondo para darle las gracias antes de hacerle saber que el jardín me mantiene ocupada. Mientras guardo el teléfono, me alegro de no haber dejado que mi paranoia arruinara lo que ha resultado ser una gran amistad con Marion. Porque, cuando la conocí, me aterrorizaba que supiera quién era yo en realidad.

Mi principal razón para pensar eso fue que Marion me hizo un montón de preguntas cuando empezamos a hablar en serio el día de mi boda con Pierre, que tuvo lugar en este pintoresco pueblo francés. Temí que estuviera tratando de sonsacarme información cuando me preguntó por mi vida anterior en Inglaterra o, peor aún, que me estuviera poniendo a prueba y me empujara a seguir mintiendo aun sabiendo la verdad, solo para disfrutar haciéndome sentir incómoda. Recuerdo haber puesto fin a nuestra conversación, inventándome la excusa de que tenía que ir a hablar con otros

invitados. Después de eso, intenté evitarla todo lo que pude. Pero es imposible evitar a nadie en un pueblo de este tamaño, así que, como era de esperar, seguíamos cruzándonos y, cada vez que lo hacíamos, tenía la sensación de que cada mirada suya o cada frase que pronunciaba tenían una intención oculta. Hasta que me di cuenta de que era así con todo el mundo. Es parlanchina, hace muchas preguntas y le gusta conocer la vida de todos. Tampoco es tímida a la hora de contar la suya, y poco a poco, con el tiempo, me relajé en su compañía hasta el punto de darme cuenta de lo valiosa que podía llegar a ser como amiga. Ahora no me preocupa que Marion sepa mi oscuro secreto porque, si lo sabe, lo ha guardado durante muchos años, así que ¿por qué iba a soltarlo ahora de repente?

Ella no lo sabe.

Nadie lo sabe.

Bueno, nadie excepto algunos de los animales de mi jardín, a los que de vez en cuando he confesado mis pecados cuando me han pesado demasiado. Por suerte, los pájaros y las ardillas no pueden hablar, así que mi secreto está a salvo con ellos.

Acabo pasando demasiado tiempo bajo el sol. Cuando vuelvo a entrar en casa, me temo que me he quemado un poco la nuca. También estoy sudando y tengo las uñas sucias. Y me duele la espalda, pero eso forma parte de la alegría de acercarse a los sesenta, así que no puedo culpar al calor por ello.

Decido que necesito refrescarme y calmar mis huesos con un poco de agua caliente, y lleno la bañera en el espacioso cuarto de baño que Pierre pagó encantado porque sabe cuánto me gusta relajarme bajo un poco de espuma jabonosa. Mientras corre el agua caliente y la bañera se llena poco a poco, me desnudo y me miro en el espejo para comprobar lo quemada que estoy. No es tan grave como me temía, he tenido suerte. Mucha más que la semana pasada, cuando me duché y casi pierdo mi alianza por el desagüe. No hay riesgo de que eso vuelva a ocurrir ahora que me estoy bañando, pero prefiero ir sobre seguro, así que me quito el anillo de diamantes del dedo y lo dejo junto al lavabo. Es un anillo precioso, de verdad, y aunque Pierre nunca me dijo cuánto le había costado, curioseé un poco por Internet para intentar encontrar una foto igual y así me hice una

idea del precio.

Digamos que Pierre no se lo habría podido permitir si no hubiera sido médico.

Al ver la impresionante joya sobre el lavabo de piedra, me acuerdo del día en que Pierre me puso el anillo en el dedo.

Nuestra boda fue inolvidable por muchas razones.

Fue el día que me casé con el hombre que amo.

También fue el día en que volví a ser la mujer que me juré haber dejado atrás.

9

FERN

Diez años antes

Observo a la mujer que me devuelve la mirada en el espejo y no puedo creer que sea ella. La mujer de mi reflejo lleva un vestido de novia blanco, aunque juré que nunca volvería a casarme, así que no puedo ser yo, ¿verdad?

—¿Estás lista, mamá?

Aparto la mirada del espejo y miro a mi hija, que lleva un precioso vestido, uno de flores rosas, perfecto porque es la niña de las flores en esta boda. Pronto caminará por el pasillo delante de mí, esparciendo pétalos rosas por el suelo.

—Creo que sí —respondo mientras miro a Cecilia, y no sé quién está más emocionada, si ella o yo.

Puede que sea mi gran día, pero para mi hija de ocho años es como soñar. Me ha dicho que parezco un ángel con mi vestido blanco, y sé que se ha pasado las últimas semanas ensayando para su gran momento con los pétalos, tomándose muy en serio el trabajo que le he encomendado, lo cual es increíblemente dulce. Si soy sincera, hago esto tanto por ella como por mí, porque sé que formar parte de un acontecimiento tan especial como este es algo que Cecilia recordará el resto de su vida. También lo hago porque, a pesar de mi creencia anterior de que nunca me volvería a enamorar después de lo decepcionantes que fueron mis relaciones con Drew y con Greg, he conocido a un hombre que llena mi corazón de felicidad, y ahora es el momento de hacer oficial nuestro amor.

Pierre me estará esperando en el altar, así que será mejor que me ponga en marcha. Por eso le digo a Cecilia que coja su cesta llena de pétalos y se una a mí junto a la puerta. Ella hace lo que le digo, he sido bendecida con una niña increíblemente bien educada, y mientras tomamos nuestras posiciones, la puerta se abre y la música

comienza a sonar.

Echo un vistazo a la iglesia y veo a nuestros invitados del pueblo de pie en las filas de bancos, con las cabezas giradas hacia atrás para echar un primer vistazo a la radiante novia. También veo a la familia de Pierre, sentada delante, justo detrás de donde espera el novio. Solo falta mi familia, pero he tenido que hacerme a la idea de que no volveré a ver a mis padres nunca más. Que Pierre sepa, murieron hace muchos años.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de mi apuesto novio cuando me ve, y se la devuelvo antes de darle un suave empujón a Cecilia para indicarle que debe empezar. Mi niña respira hondo antes de avanzar a grandes zancadas y, al pasar entre las filas de invitados, empieza a lanzar bonitos pétalos a su alrededor, lo que hace que todos sonrían y susurren entre sí lo mona que es.

Es mi turno, así que pongo un pie delante del otro y comienzo a caminar despacio hacia el altar, tratando de ignorar al fotógrafo que está delante y que no deja de tomarme fotos a medida que me acerco. Cuando finalmente cedí y acepté casarme con Pierre tras su inesperada proposición de matrimonio seis meses atrás, insistí en que fuera una ceremonia muy pequeña y discreta. No solo porque las bodas pequeñas y discretas son lo mejor para una mujer fugitiva como yo, sino porque ya me había casado antes y no quería que este día me recordara a aquella primera vez. Mi boda con Drew fue un evento fastuoso, así que asegurarme de que esta fuera mucho más pequeña era mi forma de separarlas en mi mente todo lo posible. Por suerte, a Pierre le pareció bien que hiciéramos algo pequeño, aunque no tenía ni idea de mis verdaderas razones para quererlo. Solo le dije que era tímida y que no me gustaba que me prestaran mucha atención, y él dijo que le parecía bien hacer lo que yo quisiera, siempre que aceptara ser su mujer.

Así lo hice.

Y aquí estamos ahora.

Los votos que Pierre y yo intercambiamos son breves y sencillos, frases clásicas que comparten la mayoría de las parejas que se casan, y la ceremonia termina con un beso una vez que hemos sido declarados oficialmente marido y mujer. Cecilia ha guardado con

disimulo un último puñado de pétalos para este momento y nos los lanza a la cara cuando nos giramos hacia nuestros invitados, y todos se ríen antes de que salgamos de la iglesia y crucemos la calle hacia el salón municipal, donde tendrá lugar la recepción. Pero antes, Pierre, Cecilia y yo tenemos que posar para varias fotos, y es estupendo poder hacerlas al aire libre, donde brilla el sol y hace buen tiempo. Mi nuevo marido está tan sereno que no tiene ni una gota de sudor en la frente, a pesar de la subida de la temperatura. Siempre me dice que se ha criado con buen tiempo y que por eso no suda, a diferencia de mí y mi crianza inglesa. Mi falta de experiencia en climas cálidos me hace derretirme cada vez que el mercurio del termómetro sube un poquito.

Después de las fotos llega el banquete, y todos devoramos como si la comida fuera a desaparecer del mundo, atiborrándonos de generosas raciones de cocina francesa, regadas con abundante vino tinto de los viñedos locales, por supuesto. Cuando el día da paso a la noche y la música empieza a sonar, Cecilia está en la pista de baile con otros niños del pueblo. Estoy bastante ocupada charlando con nuestros invitados, entre ellos una nueva vecina llamada Marion, con la que me parece que debo tener cuidado: me hace muchas preguntas y me pregunto por qué está tan interesada en mí. Me resulta extraño tener aquí en mi boda a gente que apenas conozco, pero, como este pueblo es tan pequeño, sentimos que teníamos que invitar a todos o arriesgarnos a pasar momentos muy incómodos en el futuro al encontrarnos con aquellos a los que no incluimos en la lista de invitados. Por suerte, no todas las personas aceptaron nuestra invitación, pero era importante que les diéramos a todos la oportunidad de estar aquí. La vida en un pueblo es así.

Se podría pensar que, después de haber vivido en Arberness, habría aprendido la lección y habría huido a una ciudad en lugar de a un sitio como este, pero parece que no lo hice.

La fiesta se alarga hasta altas horas de la noche, mucho más de lo que Cecilia debería estar despierta, pero ¿cómo voy a decirle que se acueste pronto el día de la boda de su madre? Para cuando la música se detiene y los invitados contemplan el espectacular cielo estrellado mientras caminan de vuelta a casa, Cecilia está

profundamente dormida sobre mí y voy a tener que cargar con ella todo el camino hasta su cama. Ya empieza a pesar demasiado para llevarla en brazos y, además, me duelen mucho los pies después de tantas horas con zapatos apretados, así que Pierre se ofrece a llevarla en mi lugar. El hecho de que ni siquiera se mueva y se sienta tan cómoda en el hombro de mi marido es una de las razones por las que sé que fue un acierto casarme con él. Cecilia adora a Pierre y él la adora a ella, así que no tuve ninguna duda en ese aspecto.

Cuando llegamos a casa y acostamos a Cecilia, ya es más de medianoche y lo único que quiero es tumbarme en la cama y dormir. Pero Pierre sigue animado, o al menos parece eufórico por todo el vino tinto que ha bebido hoy, y se le ocurre que abramos algunas de las tarjetas que hemos recibido de nuestros invitados a lo largo del día. Yo prefería dejarlas para mañana, pero Pierre empieza a abrirlas con impaciencia. Cuando veo algunos de los amables mensajes que nos han escrito, así como varios billetes de euro que se caen de las tarjetas sobre la cama, decido que, después de todo, podría ser divertido que abriese algunas yo también.

Cojo la más cercana, abro el sobre y admiro la bonita tarjeta con la simpática ilustración de una capilla nupcial en el anverso antes de saborear el bonito mensaje que han escrito en el interior dos de los invitados a nuestro gran evento. Entonces abro otra y me pregunto si esta será igual de dulce. Al principio me lo parece, porque el anverso de la tarjeta tiene unas palabras preciosas y otra bonita ilustración, pero, cuando la abro, el corazón me da un vuelco y solo puedo pensar en la increíble suerte que he tenido al cogerla antes de que Pierre tuviera la oportunidad. Y es que el mensaje escrito en el interior es muy preocupante.

En lugar de decir algo bonito sobre nosotros como pareja casada, felicitarnos y desearnos muchos años de felicidad, solo tiene nueve aterradoras palabras garabateadas en la página.

Sé quién eres y lo que hiciste.

Hola, Fern.

10

CECILIA

En la actualidad

—No puedo creer que anuncien este lugar con vistas a la Torre Eiffel —digo mientras miro por la ventana la punta del famoso monumento. La punta es todo lo que puedo ver, ya que la mayor parte de la torre está oculta por otros edificios situados delante.

—Técnicamente, podemos verla, así que no mentían —comenta Antoinette desde su posición en el sofá detrás de mí, donde está hojeando una de mis revistas de moda.

—Solo podemos ver la parte superior, eso es todo. Es publicidad engañosa.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Demandar a nuestro casero?

—No tengo dinero para demandar a nadie. Ya me he gastado la mitad de mis ahorros desde que llegamos.

—Bueno, entonces cállate y siéntate —responde Antoinette con una carcajada, y yo no puedo evitar sonreír mientras me alejo de la ventana y me dejo caer en el sofá frente a ella.

No me importa mucho ver la Torre Eiffel desde la ventana de nuestro nuevo piso, porque, si quisiera, podría salir a la calle y estar allí en diez minutos. Pero fue más que un poco descarado por parte de nuestro casero anunciar esta propiedad de alquiler de esa forma. Hizo que pareciera que íbamos a ver uno de los edificios más famosos del mundo todos los días mientras desayunábamos o tomábamos unas copas con los amigos por la noche. En realidad, no hay mucho que ver de la torre, aunque al menos el resto del piso es tal y como como se anunciaba.

Antoinette y yo compartimos un piso de dos habitaciones en la región parisina de Beaugrenelle y, aunque es pequeño y caro, nos sirve para explorar la ciudad y desplazarnos a los trabajos que pronto empezaremos aquí. Aparte de las dos minúsculas

habitaciones en las que apenas caben una cama y un armario, hay un minúsculo cuarto de baño y luego está la habitación «más grande», que básicamente consiste en la cocina, el comedor y la sala de estar, todo en un espacio diáfano. Cuando llegamos, ya era un sitio estrecho, y eso fue antes de que sacásemos todos nuestros vestidos, zapatos y accesorios de maquillaje de las maletas, pero, como Antoinette no deja de recordarme, es mejor estar en un piso pequeño en París que en una casa grande en nuestro pequeño pueblo.

Es fácil estar de acuerdo con ella porque, desde que llegamos, puedo decir sin temor a equivocarme que me lo he pasado muy bien y que no echo de menos mi casa ni un poquito. Vale, echo un poco de menos a mamá y a Pierre, pero no es que me haya quedado deprimida mirando estas cuatro paredes y echando de menos mi hogar. Antoinette y yo hemos salido todas las noches de fiesta por París hasta altas horas de la madrugada, de ahí que mis fondos se estén agotando tan rápido. También hemos ido de compras por los Campos Elíseos, lo que ha hecho que mi saldo bancario disminuya aún más rápido. Pero no todo ha sido gastar dinero. También nos hemos sentado en el parque junto a la torre a tomar el sol, hemos paseado por el Sena y nos hemos detenido a admirar a todos los artistas callejeros, y parece que cada día ha sido mejor que el anterior, incluso con algunas resacas de por medio. Sé que las vacaciones no pueden durar eternamente, entre otras cosas porque las dos tenemos que empezar a trabajar dentro de un par de días, pero espero que el trabajo también sea agradable y, aunque no lo sea, tendremos mucho que hacer en nuestro tiempo libre. Y lo que es mejor: pronto nos pagarán.

Todavía con las secuelas de la noche anterior, le digo a Antoinette que voy a acostarme, y ella se ríe y me llama «aficionada» antes de que entre en mi habitación y cierre la puerta. Esta habitación es mucho más pequeña que la que tenía cuando vivía con mamá y Pierre, pero me siento bien siendo independiente y teniendo mi propia casa, aunque apuesto a que no me sentiré tan bien cuando tenga que pagar el próximo alquiler y haya malgastado la mayor parte del dinero en copas en alguna superdiscoteca de París.

Me tumbo en la cama con la intención de conciliar el sueño que tanto necesito, pero antes uso el móvil para navegar un rato por las redes sociales. No hay mucho que me interese ver en Internet, salvo algunas actualizaciones de las cuentas de famosos que sigo, y eso es porque no tengo muchos amigos de verdad cuyas actualizaciones pueda consultar. Antoinette es mi mejor amiga, y tengo algunos amigos más en el pueblo, todos los cuales hicieron que mi reciente fiesta de cumpleaños fuera muy especial, pero es un círculo pequeño, y no solo porque crecí en un pueblo pequeño.

Es porque siempre me ha costado hacer amistades porque he sentido que destacaba.

Ser la única niña inglesa en un colegio de Francia significaba que era fácil sentirme diferente, y también era fácil que algunos matones se metieran conmigo, resaltando mis diferencias para sentirse mejor ellos y hacerme sentir peor a mí. Nunca le pedí a mamá que nos fuéramos a otro país cuando era pequeña, y aunque he pasado la mayor parte de mi vida en Francia y hablo el idioma con fluidez, bastó con que algunos de los chicos más desagradables de mi clase descubrieran que yo era inglesa para que se burlasen de mí todos los días.

Mamá siempre me decía que con el tiempo mejoraría, y tenía razón, porque al final mejoró, y sin duda ayudó cuando Antoinette empezó a defenderme y las dos nos hicimos íntimas. Desde entonces, apenas me separo de ella. Por eso, cuando me propuso venir a París hace un par de años, no tuve ninguna duda. No puedo quejarme y decir que he tenido una infancia difícil —eso no sería justo para mamá y Pierre, que han hecho todo lo posible por darme todo lo que han podido—, pero ha habido momentos en los que he intentado hablar con mamá sobre las razones por las que nos mudamos aquí y también sobre las cosas que podríamos haber dejado atrás. No tengo abuelos, primos ni tíos porque, cuando mamá tomó la decisión de irse al extranjero, cortó lazos con todos ellos. Me dijo que lo hizo porque estábamos en peligro por culpa de mi padre, que la maltrataba, y que no tuvo otra opción, y supongo que no mentiría sobre algo como eso, pero aun así, ¿cómo se supone que debo sentirme por no tener prácticamente familia?

¿Cómo debo sentirme por no haber conocido a mi padre?

Desde muy joven me di cuenta de que mamá se ponía a la defensiva cada vez que le preguntaba por él, así que aprendí a no molestarla demasiado pidiéndole más información sobre él. Tal y como yo lo veo, si hizo daño a mamá hasta el punto de que sintió que tenía que huir, entonces no la quería, ni a ella ni a mí, así que eso ha hecho que sea un poco más fácil intentar olvidarlo y olvidar el enorme agujero que dejó en mi vida. Pero, de nuevo, es solo otra señal de que soy diferente. Al no tener un padre que me recogiera en el colegio, los niños más malos no tardaron en aprovecharse de ello y burlarse aún más de mí; al menos hasta que Pierre entró en escena.

Sé que las cosas deben haber sido difíciles para mamá, pero creo que nunca le he contado lo difíciles que han sido para mí también, y probablemente nunca lo haga porque no quiero que se sienta culpable. No es culpa suya que la maltratasen y que tuviera que huir conmigo para mantenernos a salvo a los dos. Estoy segura de que ella habría preferido quedarse en Inglaterra y tener una familia estable, pero no estaba destinado a ser así. Sin embargo, ¿deberían las acciones de un hombre privarnos de tantas cosas?

Mudarme a París era uno de mis grandes sueños, sin embargo, mentiría si dijera que no he soñado también con mudarme a Inglaterra. Quiero ver el país donde nací y conocer la cultura inglesa, porque al fin y al cabo es mi herencia. Más que eso: quiero averiguar si mis abuelos siguen vivos, así como si tengo algún otro pariente con el que pueda hablar y que me ayude a comprender mejor de dónde vengo y cómo podría haber sido mi vida si mamá y yo no nos hubiéramos mudado. Pero mamá no me lo permite, dice que es demasiado peligroso para mí volver allí. Tiene miedo de que su ex nos encuentre a ella o a mí y nos haga daño, y el hecho de que me haya inculcado ese miedo durante años me dice que le preocupa de verdad y que necesita que me atenga a las normas. Por eso siempre lo he hecho, pero era fácil cuando vivía en el pueblo. Allí, cualquier otro lugar parece estar a un millón de kilómetros, Inglaterra incluida. Ahora que estoy en París, veo carteles del Eurostar por todas partes y, además de los precios relativamente

baratos de los billetes, está el hecho de que puedo estar en Londres en poco más de dos horas.

Sería muy fácil coger uno de esos trenes y acabar en la capital inglesa, donde tendría libertad para pasear y ver los lugares de interés. Podría hacerlo y mamá no tendría por qué enterarse. Volvería ese mismo día, haciendo una escapada rápida, y así al menos podría decirme a mí misma que he estado allí. Podría ir con Antoinette, y seguro que estaríamos bien, porque ¿cómo nos encontraría el ex de mamá? Podría estar en cualquier parte de Inglaterra. Puede que ya esté muerto.

Quizá algún día me rebele y vaya al Reino Unido.

¿Qué es lo peor que puede pasar?

Según mamá, sería desastroso.

Pero seguro que está exagerando.

¿Verdad que sí?

11

EVELYN

Llevo tres días en Londres y, de momento, tengo sentimientos encontrados. En cierto sentido, era previsible. Nada más llegar, me sentí mejor de lo que me había sentido en años, y sé que todo tiene que ver con haber salido de Arberness y haberme alejado de la sombra de mamá. También ha sido predecible en el sentido de que he ido a ver todos los lugares famosos como cualquier turista: el Palacio de Buckingham, el Big Ben, la Torre de Londres.

La razón de mis sentimientos encontrados es que algunas cosas han sido impredecibles, y la más importante de todas es que ha sido muy difícil, si no imposible, hacer amigos con los que compartir mi viaje.

La soledad ha sido la historia de mi vida, pero era una historia que esperaba que terminara cuando me echara a la carretera y empezara a viajar de mochilera, no que añadiera unos cuantos capítulos más. Sin embargo, a pesar de mi afán por hacer amigos entre los otros mochileros que he conocido en el albergue, hasta ahora no me ha ido bien. Puede que haya sido demasiado entusiasta y eso les haya desanimado. Nadie quiere juntarse con una persona desesperada. Pero no creo estar desesperada. Al menos eso espero.

Me alojo en un albergue cerca de Waterloo, que es muy barato y, en consecuencia, está muy abarrotado. Aunque eso era justo lo que quería porque, por un lado, necesito aprovechar bien mi dinero y, por otro, quiero tener la oportunidad de conocer a tanta gente como sea posible. Aquí hay todo tipo de personas, desde ingleses e irlandeses hasta alemanes y franceses y, por supuesto, también varios estadounidenses, y tenía muchas ganas de charlar con todos los que pudiera cuando entré en mi dormitorio de ocho camas y dejé mi mochila en la mía. Pero estaba claro que los primeros que conocí no hablaban ni una palabra de inglés, y aunque había imaginado que la conversación con algunos extranjeros podría ser complicada, no

esperaba que fuera imposible. Entonces conocí a unos viajeros que sí hablaban mi idioma y, tras preguntarles de dónde eran y a dónde se dirigían, les propuse que saliéramos todos juntos a hacer turismo y quizá a comer algo después. Parecían inseguros y me dijeron que ya tenían planes y que me verían más tarde. Resultó que no los vi más tarde porque estuvieron fuera toda la noche y, cuando me desperté a la mañana siguiente, ya se habían marchado.

No voy a dejar que la lentitud con la que he empezado a hacer amigos me desanime. El objetivo principal de este viaje es ver más mundo, y los amigos irán y vendrán por el camino, así que tengo que dejar que suceda de forma natural. A pesar de lo duro que ha sido pasar los tres últimos días sola, deambulando por las calles de Londres y deseando tener a alguien que me hiciera una foto en lugar de posar para otro selfie, sé que esto es una carrera de fondo, no un sprint. También sé que, pase lo que pase, esto sigue siendo mejor que estar en Arberness.

Estoy tumbada en la cama de mi habitación, que está vacía, y estoy aquí en vez de en la ciudad porque sé que es la hora del check-in. Espero que la puerta de esta habitación se abra en cualquier momento y que entren uno o dos mochileros con los que pueda llevarme bien y que estén abiertos a conversar. Luego espero poder salir y pasar una buena noche con ellos, porque, a pesar de lo increíble que ha sido hacer turismo, también me gustaría conocer algunos de los pubs y discotecas que ofrece esta ciudad. Eso no es algo que pueda hacer sola, a menos que quiera ser la chica triste del bar sin nadie a su lado.

De momento, me conformo con tumbarme en la cama y mirar el móvil, aunque me gustaría no estar haciéndolo cuando veo que me llega otro mensaje de mamá.

> ¡Hola! Solo quería saber cómo estás. ¿Te estás divirtiendo en Londres? Sé que debes estar ocupada, pero solo quería asegurarme de que estás bien. ¿Has hecho nuevos amigos? Te echo de menos. Mamá xx

Es el cuarto mensaje que me envía mamá desde que salí de Arberness y, hasta ahora, solo le he contestado una vez. Le envié un mensaje rápido para decirle que había llegado a Londres y esperaba

que eso la mantuviera satisfecha y alejada de mí durante un tiempo. Pero me contestó al instante y, aunque no he vuelto a hablar con ella desde entonces, no han dejado de enviarme mensajes de este tipo.

Debería contestar ahora y así podría volver a ignorarla durante un tiempo, pero hay algo en su último mensaje que me ha pillado desprevenida, y de repente tengo lágrimas en los ojos. No es que me haya hecho sentir nostalgia, es más bien que me ha preguntado por los amigos. Probablemente me esté imaginando rodeada de gente, riéndome y pasándomelo como nunca, pero eso no podría estar más lejos de la realidad. Solo tengo que darme la vuelta en la cama y mirar este dormitorio vacío para recordármelo.

En lugar de escribir a mamá y decirle que, patéticamente, he estado sola hasta ahora, dejo el mensaje sin responder. Con la renovada determinación de cambiar mis circunstancias y hacer que las cosas sucedan —para no tener que mentir cuando le responda—, me levanto de la cama y me dirijo hacia la sala común, donde espero que haya varios mochileros reunidos.

Al entrar, veo a algunas personas, la mayoría tumbadas en pufs o en sofás, todas con sus teléfonos y algunas con auriculares en las orejas. Ignoro a los que parecen antisociales y me dirijo a los que no llevan auriculares. Hago todo lo posible por sentirme segura de mí misma cuando me siento al lado de una chica de aspecto amable que está viendo un vídeo en su teléfono.

—¡Hola! ¿Qué tal? —le pregunto al ver que el vídeo que está viendo es de ella y otra mujer en el Puente de la Torre.

—Ah, hola —dice con acento estadounidense, mirándome brevemente de arriba abajo antes de volver a centrar su atención en la pantalla.

—¿De dónde eres?

—De Oklahoma.

—Genial. ¿Te gusta estar aquí?

—Sí, está bien. Nos vamos mañana.

—Oh, ya veo. ¿Y qué vas a hacer esta noche?

—Nada. Tenemos que madrugar para coger un avión.

Esto no va bien y me pregunto si debería dejarlo y buscar a otra

persona a la que pueda convencer para salir esta noche por Londres, pero, justo antes de que pueda excusarme e irme, otra estadounidense se acerca y empieza a hablar con mi «nueva amiga». Está claro que tienen planes para esta noche y que la chica del teléfono estaba evitándome.

—Venga, vámonos —dice la segunda estadounidense, y la mochilera con la que estaba hablando se levanta enseguida de su asiento, diciendo que primero deberían comer algo porque no puede ir a otra discoteca con el estómago vacío. Eso me da a entender que, a pesar de lo que me ha dicho sobre que tenía que madrugar para coger un avión, piensa quedarse hasta tarde, y espero que se acuerde de nuestra breve conversación y me pregunte si quiero acompañarlas. Pero no es así y, mientras veo alejarse a las dos chicas charlando animadamente, sacudo la cabeza y pienso en lo fácil que habría sido todo esto si hubiera viajado con una amiga como han hecho ellas.

Mirando a mi alrededor en la sala común, no veo a nadie que me haga pensar que tendré más suerte en otro intento, así que me rindo y salgo del albergue en busca de un poco de aire fresco. Me encuentro en el puente de Waterloo mirando los barcos que navegan por el Támesis mientras a mi alrededor la gente pasa corriendo, hablando con sus acompañantes o con otras personas por el móvil. Y, una vez más, siento que soy la única que no tiene con quién hablar.

Podría llamar a mamá, pero no voy a hacerlo. Entonces, ¿qué hago?

Siento que ya he tenido bastante de Londres y decido que es hora de seguir adelante.

Mañana dejaré el albergue y me iré a la estación de Saint Pancras.

De ahí sale el Eurostar.

Próxima parada: París.

12

FERN

Desde que Cecilia se fue a París, me he pasado todo el tiempo limpiando la casa o cuidando el jardín, y ya no me queda ni una sola tarea que hacer para ocupar mi mente y no echar de menos a mi hija. Por eso, ahora estoy sentada frente al portátil consultando los precios de los hoteles de la capital francesa.

Es hora de reservar un viaje.

—¿Qué haces? Creía que no íbamos a ir a París hasta que Cecilia dijera que estaba instalada y que tenía tiempo libre en el trabajo —dice Pierre al entrar en el dormitorio y darse cuenta de lo que estoy haciendo.

—Solo estoy echando un vistazo —le digo, aunque en realidad voy a reservar algo, hoy mismo si es posible, para que podamos estar en París cuanto antes.

Mi marido me conoce demasiado bien y por eso cierra la pantalla del portátil.

—Eh, ¿qué haces? —exclamo, sorprendida por lo que acaba de hacer. Pero, cuando levanto la vista hacia él, está sonriendo.

—Sé lo que necesitas. Sígueme.

Pierre sale del dormitorio. No sé a qué se refiere, pero hago lo que me dice y, al bajar las escaleras, lo encuentro en la cocina terminando de preparar lo que parece una cesta de pícnic. Veo baguettes, paquetes de embutido, una ensalada, una botella de vino tinto y dos copas. Sí, a mí me parece un pícnic. Pero, si lo es, no lo ha planeado con antelación.

—El taxi llegará en cualquier momento —me dice Pierre, mientras mete una lata de aceitunas en la cesta cargada de delicias.

—¿Taxi? ¿A dónde vamos?

—A sacarte de casa, donde has estado encerrada desde que Cecilia se fue. Vamos a pasar una tarde encantadora al aire libre, y voy a mostrarte las ventajas de que ahora estemos solos.

Oímos el motor de un coche. Pierre coge la cesta y me dice que vaya a por una manta al armario de debajo de la escalera y a por un bote de crema solar. Cinco minutos más tarde, los dos estamos sentados en el asiento trasero del taxi, que atraviesa el campo a toda velocidad. Mientras contemplo los verdes campos que pasan junto a mi ventanilla, no puedo decir que me moleste la sorpresa que me ha preparado. Y mucho menos cuando llegamos a nuestro destino, un viñedo situado a unos doce kilómetros de nuestro pueblo. Ya hemos estado aquí antes y es uno de mis viñedos favoritos porque las vistas del valle son increíbles, sobre todo en un buen día como hoy, y Pierre lo ha planeado muy bien.

Al bajar del taxi, Pierre me dice que va a comprar queso en la tienda y a pagar la entrada al viñedo, y me sugiere que busque un sitio agradable para sentarnos y disfrutar de nuestro pícnic. Sé exactamente a dónde ir y me dirijo a la parte del viñedo desde donde puedo ver algunos de los árboles frutales, así como a algunos de los trabajadores que deambulan entre ellos, comprobando la calidad de los productos que están recogiendo.

Se está de maravilla aquí y, cuando Pierre regresa, solo tengo una cosa que decirle.

—Gracias. Esto es justo lo que necesitaba.

Pierre ya parecía saberlo, sonríe y se sienta en la manta a mi lado, antes de meter la mano en la cesta y sacar la botella de vino. Después de abrirla y servirnos una generosa cantidad, chocamos las copas y brindamos por lo que debería ser un hermoso día. Pero mi marido no piensa solo en hoy.

—Brindo por hacer más cosas como esta —dice, todavía sonriendo, mientras una suave brisa sopla a través del viñedo y mece ligeramente algunos de los árboles en la distancia—. Sé que ha sido duro ver partir a Cecilia. A mí también me ha costado acostumbrarme a su ausencia, así que no puedo ni imaginarme cómo lo has sobrellevado. Pero se lo está pasando como nunca en París, y es importante que nosotros también nos divirtamos un poco ahora que no tenemos que ejercer de padres a diario.

—Tienes razón —digo asintiendo—. Necesitaba algo así.

Le guiño un ojo a Pierre antes de tomar un refrescante sorbo de

vino. Saca la comida y empezamos a degustar todas las delicias calóricas que nos ha preparado. Casi me cuesta creer que una mujer como yo, con lo que hice en el pasado, pueda estar viviendo un momento tan maravilloso como este. Hay cientos de policías en Inglaterra cuya sangre herviría literalmente si pudieran verme ahora, porque la única vista que debería tener son las paredes interiores de una celda. Sin embargo, aquí estoy, mirando estos campos, y puedo ver a kilómetros de distancia.

—¿Qué piensas? —pregunta Pierre, y supongo que he estado soñando despierta más tiempo del que creía.

—¿Cómo? Oh, nada —digo con rapidez—. Mmm, estas aceitunas están buenas.

Pero Pierre no se lo cree.

—¿Estás pensando en Cecilia otra vez?

—No del todo.

—¿En qué entonces?

No soy tan estúpida como para soltar de repente que estoy pensando en que debería estar en una cárcel inglesa ahora mismo, porque mi marido no tiene ni idea de nada de eso y me gustaría que siguiera siendo así. Pero sí tiene idea de algo oscuro de mi pasado, y aunque no estaba en mi mente en este momento, es algo en lo que he estado pensando en los últimos días, sobre todo cada vez que miro mi anillo de boda y recuerdo ese periodo de mi vida en el que estaba recién casada. Debería haber sido una época dorada, pero no lo fue para mí, y todo gracias a esa amenazadora tarjeta de boda.

Aquella noche no le enseñé la tarjeta a Pierre, así que nunca supo lo que nos habían escrito en ella, pero eso no significa que no hubiera más repercusiones. Aquella tarjeta no fue más que el principio de una pesadilla que me involucraría tanto a mí como al hombre con el que me había casado.

—Prometí no hablar nunca de ello —le digo a Pierre en respuesta a su pregunta sobre en qué he estado pensando, y él sabe al instante a qué me refiero.

—Vale, entonces no hablemos de ello —dice, como era de esperar. Es previsible porque fue él quien sugirió que no volviéramos a hablar de lo sucedido. Desde entonces he intentado cumplir esa promesa y

lo he hecho bastante bien, pero últimamente me ha estado rondando por la cabeza mucho más de lo normal y creo que me ayudaría mucho si pudiéramos hablar un poco de ello.

—¿Sigues pensando en ello? —le pregunto nerviosa a Pierre, ignorando sus deseos.

—Basta. No arruinemos el pícnic.

—No estoy tratando de arruinar el pícnic. Es solo que me has preguntado qué tenía en mente, así que intento decírtelo.

—Esa conversación está prohibida —me recuerda Pierre, que ya no come ni bebe, solo mira a lo lejos.

—Vamos, no es sano guardárselo para siempre. Podemos hablar de ello un minuto. Creo que es porque pronto será nuestro aniversario de boda. Debe ser por eso que estoy pensando más en ello.

—Ocurrió hace años, y hemos llegado hasta aquí sin problemas porque nunca lo hemos vuelto a mencionar, así que déjalo, por favor.

Veo lo nervioso que está Pierre por todo esto, así que decido dejarlo, al menos hasta que hayamos comido un poco más y hayamos bebido más vino. Pero pasa otra media hora y la combinación del alcohol y el cálido sol me anima a abordar el nervioso tema una vez más.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien —le digo a Pierre—. Me refiero a que, si está en mi mente, podría estar en la tuya también.

—¿En mi mente? Claro que sí. No puedo olvidar lo que hicimos —grita Pierre, casi volcando su vino cuando de repente se sienta más recto.

—Pierre, relájate, está bien.

—No, no está bien. Nunca estará bien. La única forma en que estaba razonablemente bien era cuando prometimos no volver a hablar de ello, pero ahora lo estás estropeando.

Pierre se pone de pie y temo que nuestra agradable tarde haya terminado. Pero no coge la cesta ni ninguno de los objetos esparcidos a su alrededor sobre la manta. Se marcha campo a través, hacia los altos árboles que se ven a lo lejos, y se lleva la botella de vino.

Supongo que necesita un respiro, un poco de tiempo solo. Le

dejaré espacio.

Nunca debería haber sacado a relucir el secreto de nuestro pasado, pero soy tonta y tendré que disculparme cuando vuelva.

Pero, aunque no pueda hablar con él, sé lo que estará pensando ahora.

Estará pensando lo mismo que yo.

Estará pensando en ese horrible crimen que cometimos juntos.

13

FERN

Diez años antes

La mayoría de las personas pasan los primeros días de matrimonio sumidos en un cálido resplandor de amor y satisfacción, reflexionando sobre el maravilloso día de su boda y sintiéndose entusiasmadas por el siguiente paso en la aventura que es su relación con la persona que más aman. Yo tuve esa experiencia la primera vez que me casé, cuando estaba con Drew. Pero mi segunda vez no ha sido así en absoluto. En lugar de estar contenta los primeros días después de pronunciar mis votos, he estado esperando ansiosamente a ver si la persona que me envió la inquietante tarjeta de boda me manda algo más.

No tengo ni idea de quién de este pueblo conoce mi secreto, pero alguien lo conoce y lo sé a ciencia cierta: ha utilizado mi nombre real en su mensaje. Alguien de aquí sabe que soy Fern, no Teresa, pero la pregunta es: ¿qué pretende hacer con esa información? De momento, solo me ha avisado de que tengo algo de lo que preocuparme. Que yo sepa, todavía no se lo ha dicho a nadie más, desde luego no a la policía, o ya estaría esposada y de vuelta en Inglaterra. No sé por qué me está atormentando de esta manera, pero le agradezco que parezca estar dándome una oportunidad.

El problema es que no puedo hacer nada hasta que sepa con quién estoy tratando.

He pasado cada segundo desde mi noche de bodas intentando averiguar quién envió esa tarjeta. Todas las personas de este pueblo son sospechosas, pero hay algunas que me llaman la atención más que otras. Una de ellas es Marion, la entrometida mujer que me hizo muchas preguntas el día de mi boda. No la he vuelto a ver por el pueblo, pero la estoy buscando. Cuando la vea, tendré que acercarme a ella con cautela para ver qué me dice. Podría ser ella,

pero también podría no serlo. También creo que podrían ser Ed y Maureen, la pareja inglesa jubilada que se vino a vivir aquí hace dos años. Habrán oído hablar de la muerte del médico en las noticias de su país y de la búsqueda de su viuda. Cuando se mudaron aquí, buscando un retiro en el clima soleado de Francia, me aterrorizaba la idea de que me reconocieran al instante. Pero parece que no ha sido así y, aunque he mantenido las distancias con ellos las pocas veces que nos hemos cruzado por la calle, siempre nos hemos limitado a sonreír y a desearnos un buen día. Entonces, ¿son ellos o es otra persona?

Me estoy volviendo loca por no poder confiar en nadie en este pueblo, aparte de Pierre y Cecilia, y no sé cuánto tiempo podré seguir así. Pierre ya se ha dado cuenta de que estoy distraída, e incluso anoche me preguntó si me arrepentía de la boda. Le preocupaba que me hubiera arrepentido de casarme con él porque estoy muy distante desde aquella primera noche, pero, por supuesto, no tiene nada que ver con él y se lo aseguré. Le conté la mentira de que la boda me hacía pensar en mi familia y en mis amigos de casa, a los que nunca volveré a ver, y que me sentía más deprimida de lo normal, y él me creyó, por suerte. Sin embargo, eso fue solo una solución a corto plazo y, a menos que pueda resolver este misterio, mi futuro a largo plazo se presenta muy sombrío.

Acabo de dejar a Cecilia en el colegio y he pasado diez minutos en la puerta mirando nerviosa a los demás padres y preguntándome si alguno de ellos podría estar detrás de la tarjeta. Pero nadie parecía prestarme mucha atención, más allá de las dos madres que me dijeron que se lo habían pasado muy bien en mi boda y que estaban agradecidas por haber sido invitadas. Sonreí amablemente, pero no dejaba de pensar en que ojalá no me hubiera molestado en casarme e invitar a todo el pueblo, porque eso me convertía en el centro de atención por un día. Eso podría haber sido lo que incitó a mi misterioso acosador a salir de las sombras y enviarme ese siniestro mensaje.

Tal vez necesite mudarme, dejar este pueblo y empezar de nuevo en otro lugar. Incluso se lo sugerí a Pierre anoche, durante la cena.

—¿Te irías alguna vez de aquí? —le pregunté mientras nos

comíamos un plato de marisco y ensalada después de que Cecilia se hubiera ido a dormir.

—¿Del pueblo? No, es nuestro hogar. Me encanta estar aquí, ya lo sabes. He pasado la mayor parte de mi vida aquí, salvo el tiempo que trabajé en la ciudad, que odiaba. ¿Por qué?

—Solo me lo preguntaba. ¿Nunca te ha apetecido cambiar de aires?

—No, la verdad es que no. ¿Y a ti?

—Solo estoy pensando en voz alta. Quizá estaría bien vivir en otro sitio. Este pueblo es bonito, pero a veces puede ser un poco agobiante, ¿no crees?

—Pensé que te encantaba vivir aquí.

—Sí… Lo hacía. Quiero decir, no sé… Da igual.

—Tienes amigos aquí. Cecilia también tiene amigos. Le gusta su colegio. Hemos trabajado mucho en esta casa. Pensé que eras feliz.

—Soy feliz. No importa.

Desde entonces, ni Pierre ni yo hemos vuelto a hablar de mudarnos, aunque me pregunto si las cosas habrían sido más fáciles si me hubiera dicho que estaba abierto a la posibilidad de desarraigar nuestras vidas y empezar de nuevo en otro sitio. Si me lo hubiera dicho, habría empezado a hacer las maletas enseguida. Pero no ha sido así, lo cual probablemente sea bueno. Sé que Cecilia me odiaría si le dijera que la saco del colegio y la alejo de Antoinette, de quien no para de hablar cada vez que la recojo después de otro día de clase.

Así que, si no puedo irme, no me queda más remedio que averiguar quién es la persona que envió la tarjeta, y entonces tendré que hacer algo al respecto. Ojalá me lo pusiera fácil y me dijera quién es.

Estoy a cinco minutos de mi casa cuando se produce un milagro y se cumple mi deseo, lo que me recuerda ese viejo dicho de que hay que tener cuidado con lo que se desea.

—Hola, Fern.

Se me hiela la sangre al oír mi verdadero nombre, y me da mucho más miedo oírlo en voz alta que leerlo en la tarjeta. Cuando me doy la vuelta, veo a un hombre al que no reconozco mirándome fijamente. Tiene el pelo oscuro, un poco más largo que la mayoría

de los hombres, justo por encima de las orejas, y también tiene los ojos oscuros. Pero lo más inquietante de él es la forma en que me mira, con un placer evidente por el poder que tiene sobre mí y por lo fácil que le resultaría destruir mi vida si se lo propusiera.

—¿Cómo dice? —Finjo ignorancia, pero está claro que este hombre sabe quién soy, no solo porque ha dicho mi verdadero nombre, sino porque sonríe como si tuviera algo que no tienen todos los policías de Inglaterra.

A mí.

—Felicidades por tu boda. ¿Te gustó la tarjeta que te envié?

No sé qué decir y lo único que sé es que estoy congelada, incapaz de atacar o defenderme. Ahora mismo, la vida que he construido cuidadosamente en este pueblo parece desmoronarse, y mi primer pensamiento es: «¿Quién va a recoger a Cecilia del colegio si cuando llegue la hora estoy en la cárcel?». Supongo que sería Pierre, pero, si para entonces ya sabe que le he estado mintiendo, ¿por qué iba a seguir ayudándome?

—¿Qué quiere? —Por fin soy capaz de decirlo, aliviada por saber quién es mi enemigo, pero abatida porque apenas puedo hacer nada al respecto aquí, a plena luz del día. No hay nadie cerca, pero ni siquiera yo soy tan estúpida como para arriesgarme a tomar represalias aquí, en un espacio tan amplio y abierto por el que cualquiera podría pasear y verme. Al menos aquella noche en la playa, cuando Drew murió, fue al amparo de la oscuridad, y cuando maté a Greg fue en una habitación de hotel. Pero hacer algo drástico ahora conllevaría demasiados riesgos, y eso incluso antes de considerar si tengo o no fuerzas para matar una vez más. Este hombre fornido tiene la fuerza de su lado, así que mi única oportunidad de dominarlo sería con el elemento sorpresa. Por desgracia, él es el único que está sorprendiendo hasta ahora.

—Mi acento le dirá que soy inglés —dice el hombre con calma—. Como la mayoría de las personas de allí, seguí con interés la noticia sobre ese médico que fue asesinado en Arberness. Me interesó aún más cuando salió a la luz que era su mujer quien estaba detrás de todo y que acabó huyendo. No me avergüenza admitir que he visto todos los documentales sobre el caso, así que le ruego que me

disculpe si parezco un poco asombrado. No todos los días se está en presencia de una figura tan infame como usted.

—¿Qué quiere? —repito, sin importarme toda la historia innecesaria de cómo llegó a saber mi identidad. Es inglés y sabe quién soy, a pesar del paso del tiempo y del cambio de aspecto, y eso es todo.

—Sin embargo, aunque digo ser de Inglaterra y sueno como si lo fuera, en realidad pasé los primeros quince años de mi vida aquí mismo, en este pueblo —prosigue el hombre—. Nací aquí y fui al colegio aquí, el mismo colegio en el que está tu hija ahora mismo.

—No hable de mi hija —le advierto al hombre, y parece hacerme caso.

—Lo que quiero decir es que no soy un extraño en este pueblo, aunque hayan pasado más de cuarenta años desde que lo abandoné. Nadie de aquí me reconocería ahora, pero conozco a algunas personas, y una de ellas es tu marido. Pierre y yo fuimos compañeros en el instituto.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Para que entiendas la razón que hay detrás de lo que estoy a punto de pedirte —dice con frialdad—. En el instituto, Pierre era el popular, si sabes a lo que me refiero. El mejor en todos los deportes y con el que todas las chicas guapas de la clase querían estar. Nadie podía competir con él, y menos yo, pero Pierre no se tomaba su buena suerte con gracia. No, se burlaba de los chicos como yo. Nunca olvidaré cómo se reía en mi cara después de decirme que acababa de besar a la chica a la que yo había pedido nerviosamente una cita solo diez minutos antes.

No se parece al hombre al que he llegado a conocer y a querer, pero quizá era de esperar, porque Pierre no era un hombre en aquel entonces. Era solo un niño y seguro que hizo un montón de tonterías que su yo adulto recordaría con vergüenza. A menos que todavía tenga otro lado oscuro, y espero que no, mis secretos son más que suficientes para los dos.

Este hombre y sus recuerdos de la infancia no deberían ser mi problema, pero lo son, y aún no sé qué hacer al respecto.

—No me gusta Pierre. Nunca me ha gustado y nunca me gustará. Pero me hace gracia que ahora esté casado con una mujer tan

peligrosa como tú —continúa—. Imagino que no tiene ni idea. La policía, desde luego, tampoco. Así que voy a darte una oportunidad, Fern. No le contaré a nadie tu secreto si me das la oportunidad de vengarme de Pierre después de todos estos años.

—¿Quieres tomarte la revancha?

—Sí. Quiero conseguir a la chica esta vez. Su chica. Acuéstate conmigo y luego te dejaré tranquila.

Estoy atónita ante la proposición, pero el hombre habla muy en serio y parece seguro de poder conseguir lo que quiere. Es de suponer que también se siente solo, si está sugiriendo algo así, o tal vez solo le mueve la simple necesidad de superar a Pierre, o al menos a la versión de Pierre que recuerda del colegio. Es una propuesta horrible, pero una parte de mí se siente agradecida porque al menos me ha dado una oportunidad de salir de este lío.

—Esa que se ve a lo lejos es tu casa, ¿verdad? —me pregunta, y no tengo que girarme para hacerle saber que tiene razón—. ¿Qué tal si vamos allí y nos entretenemos un rato mientras Pierre está ocupado haciendo de médico del pueblo? Luego te dejaré en paz y podrás seguir viviendo una vida tranquila aquí con tu hija.

No tengo otra opción ni tiempo para pensar en un plan B, así que acepto la propuesta y empiezo a caminar hacia mi casa. El hombre me sigue y se ríe mientras avanzamos. Pero nada de esto me hace gracia y, cuando entramos en mi casa, la oscuridad que antes poseía mi acosador ha pasado a mí. Esa es la única explicación que encuentro para lo que ocurre en cuanto entramos en mi habitación, porque mi verdadero yo emerge de nuevo, la mujer que ha protagonizado docenas de documentales y ha sido tema de innumerables conversaciones.

La mujer del médico ataca de nuevo.

Cojo las planchas del tocador y golpeo al hombre en la cabeza con ellas antes de rodearle el cuello con el cable y tirar de él hacia atrás, hacia la alfombra. Le brota sangre del cráneo, está pataleando y agarra al cable con las manos, pero yo me niego a soltarlo y, con una fuerza que me asusta, lo mantengo atrapado en su esa posición.

Pasan varios largos y terribles minutos en los que se retuerce y gorgotea mientras yo aprieto los dientes y sigo haciendo fuerza

antes de que deje de moverse. Para asegurarme de que está muerto de verdad, me coloco sobre él y le golpeo tres veces más con mi arma hasta que me convenzo de que mi última amenaza ha sido neutralizada.

Luego vomito en el lavabo del baño porque, a pesar de mi pasado, ha sido horrible y me repugna tanto lo que he hecho como darme cuenta de que, incluso ahora, con casi cincuenta años, está claro que todavía siento dentro de mí el deseo de acabar con la vida de otra persona.

Cuando vuelvo al dormitorio y miro el cadáver, sé que tengo que deshacerme de él antes de que Pierre y Cecilia vuelvan a casa. Pero entonces oigo abrirse la puerta de la planta baja y mi marido me llama.

—¡Hola! Mis dos primeros pacientes han cancelado la cita, así que he pensado en volver y desayunar contigo. ¿Está todo bien?

Es curioso, pero, por segunda vez esta mañana, no tengo ni idea de qué decir.

14

ALICE

En la actualidad

Han pasado cuatro días desde que Evelyn se marchó de Arberness y, salvo un par de mensajes muy breves, no he sabido gran cosa de mi hija. Supongo que ha estado ocupada, pero no me ha dado muchos detalles, solo un par de datos, como su ubicación.

Estaba en Londres, pero ahora está en París.

La distancia entre nosotras crece aún más.

El dolor de mi corazón es cada vez más fuerte.

He decidido empezar a hacer marcha rápida como una forma de sobrellevar mi desesperación y soledad, principalmente por recomendación de Audrey, una vecina del pueblo que lleva años haciéndolo y que siempre ensalza sus beneficios. Supongo que a ella le habrá funcionado, porque ya tiene más de noventa años y sigue estando en plena forma.

—Es mucho más suave para las articulaciones que correr, pero es suficiente para aumentar el ritmo cardíaco y mantenerse activo sin forzar demasiado —me dijo el otro día cuando la vi en la calle y le dije que estaba pensando en empezar a hacer algo de ejercicio—. Además, cualquiera puede hacerlo. Caminas como siempre, pero más rápido. A mi edad, he tenido que bajar el ritmo, aunque sigo saliendo a caminar todos los días. Tú no tendrás ningún problema.

Decidí intentarlo ayer y me pareció un poco más revitalizante de lo que esperaba, así que hoy he vuelto a salir, y ahora estoy caminando por la acera que bordea la playa, sintiendo el viento en la cara mientras mi ritmo cardíaco se acelera gradualmente. Mente sana en cuerpo sano, es el dicho, y espero que las sesiones constantes de marcha rápida me ayuden a sentirme mejor con respecto a la ausencia de Evelyn y todo lo que ha pasado antes.

Mientras camino, balanceando los brazos y alargando la zancada,

disfruto lo suficiente como para pensar que esto es algo que podría hacer durante muchos años, o al menos mientras mi salud me lo permita. No he llevado un estilo de vida demasiado saludable desde que mi vida empezó a desmoronarse, las secuelas de lo que viví hicieron que hoy en día prefiera un plato de comida rápida antes que tener un cuerpo tonificado, pero, si no intento mejorar mis hábitos ahora, a mi edad, ¿cuándo lo haré?

Pienso en enviarle un mensaje a Evelyn para contarle lo de mi nueva afición, pero, ahora que está en otro país, sería mejor enviarle un correo electrónico en lugar de un mensaje de texto, ya que no sé cuánto nos cobrarían a ninguna de los dos. No quiero que se enfade conmigo porque un mensaje mío le haya costado dinero, así que a partir de ahora le escribiré correo electrónico. Tengo muchas ganas de saber de ella, y más ahora que está en París, porque seguro que es un lugar increíble. Nunca he estado allí, y no creo que vaya a hacerlo en un futuro cercano, ya que es la ciudad del amor y no tengo a nadie que me ame, así que dependeré de mi hija para que me describa cómo es ese lugar en sus mensajes.

Si es que alguna vez responde, claro.

Mientras me giro hacia la playa y considero la posibilidad de bajar a la arena para continuar mi energética caminata, pienso en que Evelyn probablemente me respondería más rápido si supiera la mitad de las cosas que he hecho en mi vida para mantenerla a salvo. Estar cerca de esta playa es un recordatorio de una de esas cosas, y es algo que solo yo sé. Un recuerdo de hace diecisiete años.

Es el momento en que tuve que hacer algo muy drástico para asegurarme de que Siobhan no volviera a intentar hacernos daño a mí y a mi hija después de aquel incendio.

Hace diecisiete años

Salgo de mi alojamiento temporal, aunque, por desgracia, solo por un rato, porque pronto tendré que volver aquí con Evelyn, y no tengo ni idea de cuándo podremos vivir en un sitio mejor. Estamos

saliendo de la casa que ahora compartimos con Audrey, la amable vecina que nos ofreció un lugar donde quedarnos después de que nuestra casa se quemara en el incendio, que resultó ser provocado.

Han pasado tres semanas desde que Tomlin irrumpió en mi habitación y me despertó antes de sacarnos heroicamente a Evelyn y a mí de aquella casa en llamas, pero hasta ahora la policía no ha podido atrapar al culpable, a pesar de que les dije quién era. Sé que fue Siobhan quien provocó ese incendio que casi nos mata a los tres, y he dado su nombre y su foto a los agentes que llevan la investigación, pero aún no han podido localizarla. Ni siquiera estoy segura de hasta qué punto la están buscando, porque creo que ni siquiera consideran mi teoría de que ella es la pirómana que están buscando. Solo creen que es otra historia dramática de la mujer del pueblo que siempre parece estar involucrada en sucesos dramáticos.

Con mi casa en ruinas, que probablemente haya que derribar y reconstruir, estaba rezando para que el dinero del seguro de hogar me ayudara. Pero está retenido mientras sigue en curso la investigación, así que podría pasar mucho tiempo antes de que lo vea, si es que ocurre alguna vez. Por eso fue muy amable por parte de Audrey asegurarse de que tuviéramos un techo sobre nuestras cabezas y una cama para dormir.

Se me hace raro alojarme al lado de la casa donde Fern y Drew vivieron durante su estancia en Arberness, pero no es momento de dejar que esas cosas me impidan mantener a salvo a mi hija, así que me he adaptado a la situación. No ha sido fácil vivir con Audrey, a pesar de su hospitalidad, porque al haber perdido todo lo que teníamos en el incendio, a Evelyn y a mí nos ha costado adaptarnos a nuestro nuevo entorno. Evelyn echa de menos sus juguetes favoritos y yo ni siquiera tengo dinero para reponerlos. Echo de menos las comodidades de mi casa, pero en general no debería quejarme. Al menos estamos vivas y salimos ilesas, salvo un poco de inhalación de humo que nos provocó a mí y a mi pobre hija una tos que nos duró unos días después del incendio. Eso es más de lo que se puede decir del hombre que nos salvó, porque el detective Tomlin no fue tan afortunado.

En el incendio sufrió graves quemaduras en los brazos, heridas que

han requerido cirugía y que le dejarán profundas cicatrices. Está fuertemente medicado en el hospital, donde pasará un tiempo antes de que le den el alta y pueda volver a la rutina. Así que no debería quejarme del trastorno que he sufrido en las últimas semanas, ya que no es nada en comparación con lo que podría haber sucedido.

Siempre estaré en deuda con Tomlin por su valentía y lo visitaré en el hospital, seguiré pendiente de su recuperación y, en general, de su bienestar durante el resto de nuestras vidas. Eso no significa que quiera reanudar mi relación con él ni que sienta lástima por él, pero es lo menos que puedo hacer después de que luchara tanto por mantenernos a salvo.

Evelyn está en su cochecito, aunque últimamente ha dado algunos pasos, y la estoy animando a que intente caminar ella sola. Mi plan es llegar a la playa y dejar que juegue en la arena. Hace un día seco y, cuando llegamos a la playa, es una sorpresa verla tan vacía. Pero así mi hija y yo tenemos más espacio para movernos. Evelyn sigue en su cochecito, pero mueve las piernecitas con entusiasmo, impaciente por que la deje libre.

Vuelvo a estar pendiente de Siobhan, echando miradas nerviosas por encima del hombro y escudriñando a lo lejos para ver si anda cerca. Desde que la vi en la fiesta del pueblo, y más aún desde el incendio, estoy en tensión. Pero no hay rastro de ella, lo cual no debería sorprenderme. Imagino que se ha escondido tras el grave crimen que cometió y que podría haber acabado en acusación de asesinato. Habrá visto las noticias y se habrá enterado de que sobrevivimos al incendio. Me pregunto cómo se habrá sentido.

¿Pensará que ya ha hecho suficiente?

¿O creerá que aún le queda algo más por hacer?

Empujo el cochecito hasta la orilla, desabrocho a Evelyn y la levanto antes de dejarla sobre la arena, donde enseguida pasa las manos por los granos de que la rodean. Luego intenta levantarse y, aunque se tambalea mucho, consigue ponerse de pie, antes de volver a caer y soltar una sonora carcajada. La vigilo de cerca mientras gatea por la arena, y eso significa que estoy distraída. No estoy haciendo lo que llevo haciendo las últimas semanas.

No estoy mirando por encima del hombro.

Por eso no me doy cuenta de la presencia de Siobhan hasta que la tengo justo detrás de mí.

Evelyn señala algo y, al darme la vuelta, el corazón me da un vuelco al ver a la mujer a la que temo tan cerca de las dos. Mi primer instinto es coger a mi hija y salir corriendo, pero, antes de que pueda hacerlo, Siobhan alarga la mano y me agarra del brazo.

—Apuesto a que ahora desearías no haberme dejado tirada en aquella estación de servicio, ¿verdad? —dice con una sonrisa burlona —. ¿De verdad pensaste que te dejaría salirte con la tuya?

—¡Suéltame! —Intento librarme de su agarre, pero Siobhan es más fuerte que yo, y eso me preocupa. ¿Y si va a por Evelyn? ¿Podré luchar contra ella?

—Creía que éramos amigas —continúa Siobhan, sin soltarme—, aunque admito que cometí errores. Supongo que te enteraste de lo que pasó entre tu novio y yo. Por cierto, ¿cómo está? Espero que sus quemaduras estén mejorando.

—Perra. Podrías habernos matado —grito, con la esperanza de que mi voz llegue a la playa y al pueblo, donde alguien podría oírme y acudir en mi ayuda. Pero no parece haber nadie cerca y, a diferencia de la última vez que esta mujer me puso en peligro, no tengo a Tomlin cerca para salvarme.

—¿Tienes idea de lo dura que ha sido mi vida desde que salí de la cárcel? —pregunta Siobhan, claramente pensando solo en sí misma —. No encuentro trabajo, no consigo un hombre que se quede a mi lado, mi familia y mis amigos han cortado los lazos conmigo. ¿Por qué crees que fui corriendo a visitarte en cuanto tuve la oportunidad? Porque no me quedaba nadie más.

—¡Besaste a mi novio! Eso no lo hacen las amigas.

Siobhan se limita a negar con la cabeza.

—¡Teníais problemas! Creía que habíais terminado —dice, pero solo está poniendo excusas.

No es que me importe. En realidad, me importa un bledo el pasado, solo quiero alejarnos a mí y a mi hija de esta peligrosa mujer. Pero no puedo porque no me suelta. Su agarre se hace más fuerte.

—Quizá sea cierto lo que dicen en la cárcel —continúa Siobhan—.

Las personas como nosotras no cambian. No podemos hacerlo. Estamos rotas y, aunque salgamos, estamos destinadas a cometer los mismos errores una y otra vez. Lo siento, Alice, pero no sé qué otra cosa hacer con mi ira.

Un segundo después, estoy de espaldas sobre la arena. Siobhan me ha empujado con fuerza y vuelve a abalanzarse sobre mí, así que intento ponerme de pie, pero no soy lo bastante rápida y ahora la tengo encima.

Rodamos por la arena y noto humedad en la espalda, lo que me indica que hemos debido rodar hasta el agua. Oigo llorar a Evelyn, pero al menos nadie le está haciendo daño. Todavía. Veo unos destellos blancos cuando Siobhan me golpea con fuerza en la cara. Eso despierta algo en mi interior y saca una parte de mí que necesito si quiero sobrevivir. Cojo un puñado de arena y se lo arrojo a la cara.

Mientras está temporalmente cegada, me subo encima de ella y le golpeo la cabeza contra la arena. La superficie húmeda y pegajosa no es lo bastante dura como para hacerle demasiado daño, aunque, cuando rueda sobre un costado, veo una oportunidad y me coloco sobre su espalda.

Con todo mi peso encima, no puede levantarse y la mantengo con la cara presionada contra la arena empapada mientras las olas la cubren una y otra vez.

Ella sigue forcejeando, Evelyn sigue llorando y yo sigo haciendo presión.

Dos minutos después, solo una de esas cosas ha cambiado.

Siobhan ya no se mueve.

Cuando estoy segura de que está muerta, me aparto y, al ponerme de pie, miro su cuerpo inerte, bocabajo, delante de mí. Estoy a punto de vomitar por lo que acabo de hacer, pero entonces miro a Evelyn y me invade el alivio por saber que está a salvo.

Y me siento aliviada también por una cosa más.

Mi hija es demasiado pequeña para recordar a su madre matando a alguien delante de ella.

Sin que nadie más que Evelyn presencie lo que acabo de hacer, arrastro el cuerpo hasta el agua y regreso a la playa para coger unos

puñados de arena, que meto en los bolsillos de Siobhan para añadirle peso. Me adentro con ella lo suficiente como para que empiece a hundirse poco a poco en el agua y lo bastante lejos como para que la corriente haga el resto.

Mientras el cadáver desaparece, me aseguro de que está lo bastante lejos como para que no vuelva a la orilla en mucho tiempo. Con un poco de suerte, la corriente lo arrastrará mar adentro y nadie sabrá nunca lo que ha ocurrido aquí. Eso, sumado al hecho de que sé que Siobhan tenía poca gente que pudiera echarla de menos, me hace tener esperanzas de que me libraré de pagar por esto.

Por supuesto, siempre sabré lo que hice y me pesará en la conciencia, pero lidiaré con mi culpa en privado.

Lo principal es que Evelyn está a salvo.

Las cosas que una madre tiene que hacer por una hija.

15

EVELYN

París es bonito, pero, hasta ahora, estoy teniendo el mismo problema que en Londres.

Todavía estoy sola.

Ayer bajé del Eurostar y fui directa a la Torre Eiffel para hacerme allí el selfie de rigor. Luego me registré en mi nuevo albergue, con la esperanza de que aquí cambiara mi suerte y de conocer a alguien con quien salir, para que todos los recuerdos de mi viaje no sean solitarios. Pero, una vez más, no he encontrado más que mochileros que parecen contentos de quedarse en sus propios grupos y no dejar que una desconocida como yo entre en su círculo. No voy a hacer lo mismo que en Londres, no voy a quedarme tumbada en la cama releyendo los últimos mensajes de mamá y preguntándome si cometí un error al marcharme. Voy a tomar la iniciativa. Si no encuentro a nadie con quien salir, tendré que hacerlo sola.

He pasado la última hora en el baño del albergue maquillándome para que combine con el vestido brillante que llevo y con mi pelo, que luce mejor que en días. Estoy lista para salir a la ciudad, y voy a beber y a bailar toda la noche y, al menos, actuar como si me lo estuviera pasando en grande. Seguro que será más fácil si voy a un lugar donde el alcohol fluya libremente y la desinhibición social haga que conocer gente sea más sencillo.

Una mochilera alemana muy ruidosa entra en el baño y frunce el ceño al verme, antes de meterse en uno de los cubículos. Decido darme prisa para no estar todavía en el lavabo cuando ella salga a usarlo. Algunos mochileros me miran con extrañeza cuando vuelvo a mi habitación. Probablemente es porque van vestidos de cualquier manera y están tirados sin nada que hacer y sin dinero que gastar, pero no voy a dejar que su mal rollo me deprima. Me aseguro de llevar lo que necesito en el bolso antes de salir. No voy a ser como ellos, y si no quieren hacer el esfuerzo de conocerme, los dejaré

atrás y me iré a buscar gente más divertida.

Salir del albergue sienta bien y, tras tomarme una copa en un bar de la esquina, me dirijo a una discoteca de la que he leído buenas opiniones en Internet. Parece que es popular, porque hay una larga fila de gente esperando para entrar, y me pongo al final de la cola, nerviosa y emocionada a partes iguales. A medida que avanzo y me acerco a los porteros de la entrada, me pregunto si no debería haberme tomado un par de copas más, no solo porque necesito un poco más de confianza, sino porque seguramente aquí dentro los precios serán desorbitados y mi presupuesto es limitado. Pero ya es demasiado tarde para eso y, tras mostrar mi carné de identidad, me dejan pasar. Bajo las escaleras y enseguida veo una pista de baile enorme.

El local está abarrotado, pero me digo que eso es bueno, porque una vez que me haya unido a la multitud, será más difícil que alguien se dé cuenta de que estoy sola. Primero necesito una copa, así que me acerco a la barra y vuelvo a hacer cola. Mientras espero a que me atienda uno de los camareros, miro el móvil y veo que tengo otro correo de mamá. Ayer le dije que había llegado a París, pero no le he enviado nada desde entonces, y ahora me pide una foto. Podría mandarle una en la que salgo delante de la Torre Eiffel, pero ya lo haré mañana. Vuelvo a meter el móvil en el bolso y me concentro en el lugar en el que estoy, en vez de en aquel del que vengo.

Para cuando hago mi pedido al camarero, parece que he atraído la atención de un tipo mayor y bastante inquietante que intenta hablarme en francés, a pesar de que ya le he dicho que no hablo el idioma y que, por lo tanto, no puedo entenderlo. Por suerte, consigo alejarme de él y de sus manos y lo pierdo en la pista de baile. Mientras sorbo mi bebida con la pajita, intento dejarme llevar por la música. Tardo un rato en dejar de sentirme incómoda, pero al final encuentro mi ritmo y, media hora después, siento que me estoy divirtiendo. El problema es que no me lo estoy pasando en grande. Cada vez que veo grupos de amigos riendo y bromeando juntos, me gustaría formar parte de ellos.

Me planteo acercarme a uno de esos grupos y probar suerte, presentarme y ver si me aceptan. Quizá aquí tenga más posibilidades, ahora que todos llevan unas copas de más, a diferencia de los albergues, donde todos parecen malhumorados porque se han quedado sin dinero o solo les interesa hablar con la persona con la que han viajado desde casa. Lo haré, pero antes, una copa más.

Vuelvo al bar y está aún más lleno que la última vez que estuve aquí. Espero mi turno y por fin llego a la barra, donde puedo hablar con un camarero de nuevo. Justo cuando voy a pedir mi vodka con naranja, una chica con un vestido aún más corto que el mío intenta pedir al mismo tiempo que yo.

—Oh, lo siento —dice cuando se da cuenta de que acaba de interrumpirme.

—Tranquila, no pasa nada —le contesto, sonriendo porque parece tener mi edad y es muy educada, así que no puedo enfadarme. Además, es muy guapa y me pregunto con quién habrá venido. Quizá con su novio, aunque no veo a nadie que parezca acompañarla.

—No, tú has llegado primero. Pide tú —me dice.

Le doy las gracias y repito mi pedido al camarero. Antes de que se dé la vuelta y empiece a prepararme la bebida, decido invitar a la chica a una copa.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunto con una gran sonrisa para demostrar que solo es un gesto amistoso por mi parte.

—¿Me invitas?

—Sí, ¿por qué no?

—Vaya, gracias. Tomaré un vodka con soda y mi amiga, un ron con cola.

Se lo digo al camarero y, mientras prepara las bebidas, intento no pensar en lo que me van a costar esas tres copas en un sitio como este. Quizá merezca la pena la inversión, porque puede que acabe de hacer una amiga.

—¿Eres inglesa? —me pregunta, y yo se lo confirmo.

—¿Tú también?

—No, soy francesa. ¿No lo has notado en mi acento? —responde,

pero apenas puedo oírla por encima de la música, así que detectar un acento es complicado.

—Esta discoteca mola —digo mientras el camarero trabaja delante de nosotras.

—Sí. Estuve aquí hace dos noches, pero hoy hay mucho más ambiente. ¿Con quién has venido?

La pregunta me pone nerviosa porque me preocupa que me juzgue negativamente si le digo que he venido sola, pero prefiero ser sincera y ver qué pasa.

—En realidad, he venido sola —digo—. Acabo de llegar. Soy mochilera y aún no conozco a nadie en París.

—¡Oh, vaya! Qué guay —exclama, y aunque hasta ahora no ha sido tan guay, sonrío y asiento. Entonces dice algo que es música para mis oídos—. ¡Tienes que venir de fiesta conmigo y con mi amiga! ¡Coge tu bebida y ven!

Le doy las gracias por la invitación y trato de parecer despreocupada cuando acepto, como si tuviera alguna otra opción disponible, y una vez que el camarero nos entrega nuestras bebidas, nos ponemos en marcha.

La sigo a través de la abarrotada pista de baile hasta una mesa al fondo de la sala, donde encuentro sentada a otra chica más o menos de mi edad. Es muy guapa, mucho más que la mayoría de las chicas que hay aquí, pero, antes de que pueda hablar con ella, la amiga que he hecho en la barra se presenta.

—Soy Antoinette —dice.

Esta es mi primera gran prueba. ¿Doy mi nombre real o utilizo uno de los que me he inventado para cortar todo vínculo con mi antigua vida?

—Soy Tiffany —digo, dejando claro con qué opción me he quedado.

—¡Qué nombre tan bonito! —exclama Antoinette, sin tener ni idea de que es falso, antes de girarse hacia su amiga para presentarnos.

—Esta es Cecilia —me dice—. Ella también es de Inglaterra. Creo que os llevaréis bien.

16

CECILIA

Me duelen los pies de tanto bailar y me duele la garganta de tener que gritar por encima de la música cada vez que quería hablar, pero eso no desmerece lo que ha sido una noche brillante. Antoinette y yo siempre nos lo pasamos bien cuando salimos juntas, pero esto ha sido diferente, ha sido épico, y la noche ha sido aún mejor porque hemos tenido a alguien más con quien compartirla.

Antoinette volvió de la barra con una completa desconocida, pero, en cuanto nos presentó, quedó claro que teníamos los mismos intereses en la vida. Nos encanta beber, nos encanta bailar y nos encanta el hecho de que ninguna de las dos sea de París y, sin embargo, hayamos llegado a esta glamurosa ciudad. No está mal para un par de chicas de dieciocho años.

Sin embargo, aunque las tres nos lo hemos pasado muy bien en la abarrotada discoteca, no hemos tenido ocasión de hablar con tranquilidad porque la música está muy alta. Por eso, cuando el reloj marca las dos de la madrugada, propongo que nos vayamos a comer algo.

A Antoinette y Tiffany les parece buena idea, así que salimos del local esquivando las insinuaciones de varios hombres borrachos que intentan convencernos de que nos quedemos con malas frases o miradas insinuantes.

—¡Esta noche ha sido épique! —exclama Antoinette una vez que estamos en la calle, y es agradable volver a oír bien a mi amiga, aunque también noto un zumbido en los oídos después de pasar tanto tiempo cerca de esos altavoces atronadores.

—Necesito patatas fritas, y las necesito ya —digo, y Tiffany está de acuerdo en que unas patatas fritas serían perfectas, así que buscamos por los alrededores algún sitio donde conseguir comida.

—¡Allí! —señala Tiffany cuando ve un local de comida rápida, y cruzamos la calle, las tres riendo mientras nos tambaleamos un poco

y tropezamos, eufóricas por la potente combinación de alcohol y endorfinas.

Entramos en el local y buscamos una mesa rápidamente antes de encargar a Antoinette que vaya al mostrador y haga nuestro pedido. Es menos olvidadiza que yo, así que mejor que lo haga ella. Mientras va a traernos la comida que nuestros estómagos ansían, me siento frente a Tiffany, que sonríe.

—Muchas gracias por dejarme salir con vosotras —dice mientras me quito los tacones para dar un poco de descanso a mis doloridos pies—. Me lo he pasado genial.

—Ha sido un placer conocerte —respondo, sincera—. Gracias por las bebidas. Estoy segura de que te debemos dinero.

—No te preocupes por eso —dice Tiffany, haciendo un gesto con la mano, como si no tuviera importancia—. No he gastado mucho desde que empecé a viajar, así que no pasa nada.

—¿Cómo van tus viajes? —pregunto, contenta de poder mantener una conversación tranquila con nuestra nueva amiga en lugar de limitarme a intercambiar unas frases sueltas entre canción y canción.

—No muy bien, si te soy sincera. Ha sido interesante ver los sitios más emblemáticos de aquí y de Londres, pero viajar sola ha sido más duro de lo que pensaba.

—Vaya, lo siento. ¿No tenías amigos en casa que quisieran viajar contigo?

Tiffany niega con la cabeza.

—No, son unos aburridos —dice en voz baja antes de apartar la mirada, pero me da la impresión de que quizá no tenía muchas personas a las que preguntar.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —es mi siguiente pregunta—. ¡Porque si te vas a quedar un tiempo deberíamos hacer esto de nuevo!

—Aún no estoy segura. No tengo un plan, improviso sobre la marcha.

—¡Qué aventurera!

Antoinette regresa; ya ha hecho los pedidos y ahora solo nos queda esperar pacientemente a que nos llamen cuando la comida esté lista. Hay unas cuantas personas antes que nosotras, así que

aún puede tardar un rato. No importa, porque quiero saber más sobre Tiffany y de dónde viene. Me gusta aprender cosas sobre Inglaterra siempre que tengo ocasión, sobre todo porque quizá nunca pueda ir allí y verla con mis propios ojos.

—¿De qué parte de Inglaterra eres? —pregunto con curiosidad.

—Oh, es un pueblo pequeñito. Dudo que hayas oído hablar de él —responde.

—Nosotras también somos de un pueblo pequeño —añade Antoinette—. Es aburrido, ¿verdad?

—Sí —dice Tiffany, poniendo los ojos en blanco—. Me gusta mucho más París. Además, mi madre no está aquí, y eso ayuda.

—¿No te llevas bien con ella? —le pregunto.

—Digamos que tenemos una relación complicada.

—Te entiendo —respondo—. Quiero a mi madre, pero tuve una infancia un poco rara y a veces siento que no siempre me ha dicho toda la verdad sobre ella.

—¡Así es justo como me siento! —exclama Tiffany, asombrada de haber conocido a otra persona con la que comparte ese problema.

Yo también estoy asombrada porque, al crecer en el pueblo, parecía que yo era la única con una infancia diferente. Quiero a Antoinette, pero ella viene de un hogar muy estable en el que sus padres han estado siempre a su lado, y ese ha sido siempre el único aspecto que no hemos tenido en común. Lo mismo ocurre con los otros chicos con los que crecí en el pueblo. Pero ahora he conocido a alguien que quizá sepa cómo me siento.

—¿Y tu padre? ¿Te llevas bien con él? —le pregunto ahora.

Ella se limita a negar con la cabeza.

—No lo conocí —es todo lo que dice Tiffany, pero me basta para hacerme a la idea de lo mucho que eso la ha afectado. Intento animarla diciéndole que no es la única en esa situación.

—Dejamos atrás al mío cuando nos mudamos de Inglaterra, y mi madre dice que es demasiado peligroso volver a buscarlo —le digo —. Es una mierda crecer sin un padre, ¿verdad?

—Sí —confirma Tiffany mientras Antoinette se levanta para ir a recoger nuestro pedido, que acaban de anunciar.

Mientras nos traen nuestra deliciosa comida a la mesa, observo a

Tiffany y noto lo vulnerable que parece, como si estuviera un poco rota y necesitara algo como lo de esta noche para sentirse mejor consigo misma, al menos durante un rato. Tal vez sea porque parece que nuestras familias han tenido problemas similares al crecer, o tal vez sea solo por su expresión. A pesar de todo el maquillaje y el baile desenfrenado en la discoteca, ahora que estamos bajo la luz intensa del local de comida rápida, puedo ver a la verdadera Tiffany y percibo una profunda soledad. Esto se ve agravado por el hecho de que estaba sola cuando la hemos conocido, y odio la idea de que alguien se sienta así, como si no tuviera a nadie a quien llamar amigo. Después de comer algunas patatas, se me ocurre una idea.

—Antoinette y yo tenemos un trabajo aquí, en París —digo entre bocados de comida grasienta—. ¿Por qué no buscas uno tú también? Podrías quedarte un tiempo. Creo que necesitamos más noches como esta.

—¡Sí, deberías quedarte! —exclama Antoinette, más que feliz de que Tiffany nos acompañe en futuras aventuras.

—Me encantaría —responde Tiffany, que parece emocionada de que estemos tan entusiasmadas por volver a verla—. Pero ¿crees que encontraría trabajo?

—Claro —digo con confianza—. Depende de lo que quieras hacer. Podrías trabajar de cualquier cosa: camarera, dependienta, en una oficina… Lo que quieras.

—Necesito un trabajo si pienso quedarme por aquí un tiempo. Esto es muy caro —dice Tiffany, y estoy de acuerdo con ella.

Entonces se me ocurre otra idea, quizá alimentada por lo mucho que he bebido esta noche, pero estoy segura de que a Antoinette no le importará porque es tan sociable como yo.

—Podrías quedarte con nosotras. Tenemos un apartamento cerca. Solo tiene dos habitaciones, pero nos apañaremos. El alquiler es bastante caro entre dos, pero, si pudiéramos dividirlo entre tres, nos saldría más barato.

Tiffany parece agradecida por mi sugerencia de que se venga a vivir con nosotras en lugar de seguir viajando sola. Le pregunto a Antoinette si está de acuerdo con mi sugerencia.

—Sí, estaría bien —dice mi mejor amiga—. Siempre y cuando

nuestro casero no se entere de que hay una persona más en el piso, pero estoy segura de que no se dará cuenta.

—¿Hablas en serio? —pregunta Tiffany.

—Sí, ¿por qué no? —le digo—. ¿Acaso viajar no consiste en hacer nuevos amigos y arriesgarse? A ver, lo entiendo si prefieres seguir recorriendo Europa, pero parece que no tienes organizado el recorrido ni prisa por volver a casa, así que ¿por qué no vives en París unos meses a ver qué tal?

—No tengo ninguna prisa por volver a casa —confirma Tiffany—, y París es tan bonito que me encantaría conocerlo mejor.

—Además, ¿quién no querría tener la oportunidad de pasar el rato con dos locas como nosotras? —interviene Antoinette, y las tres nos reímos antes de que Tiffany acepte.

—¡Genial! —digo con una sonrisa mientras cojo otra patata—. ¡Por las nuevas amigas!

17

FERN

Me encanta despertarme junto a un hombre fuerte y confiable, y ojalá fuera fin de semana y no entre semana, para que Pierre no tuviera que levantarse de la cama para ir a trabajar. Pero no tengo suerte y, después de darme los buenos días con un beso, sale de debajo del edredón y se dirige al cuarto de baño. Si hubiera podido elegir despertarme de otra manera, habría sido con un nuevo mensaje de voz de Cecilia, y me alegra descubrir que hay uno esperándome en el teléfono.

Aún acurrucada bajo el edredón, contenta de no tener que levantarme para ir a trabajar, abro el mensaje para enterarme de lo que ha hecho mi hija últimamente. Lo ha enviado a las cuatro de la madrugada, lo que podría ser motivo de preocupación: podría significar que tiene un problema tan grave que no lograba dormir o que necesitaba ayuda. Pero enseguida descubro que no tengo nada de qué preocuparme porque, cuando pulso el play, es obvio por qué me dejó un mensaje a esas horas.

—Hooolaaa, maaamiii. Solo quería que supieras que esta noche me lo he pasado genial. ¡Hemos hecho una nueva amiga! Se llama Tiffany. ¡Qué nombre más guay! Va a venirse vivir con nosotras. En fin, solo quería decirte que te quiero y te echo de menos. Saluda a Pierre de mi parte. Adiós.

Sonrío al oír la voz ebria de mi hija y me río al ver que tiene una nueva compañera de piso, porque el plan siempre fue que solo vivieran juntas ella y Antoinette. Pero así es mi niña, espontánea y aventurera, y seguro que Tiffany es encantadora. Supongo que la conoceré cuando vayamos a París, y mientras escribo un mensaje a Cecilia, estoy deseando que llegue ese momento.

> Buenos días, cariño. Parece que alguien se lo pasó en grande. Me alegro de que te estés divirtiendo, pero intenta no trasnochar tanto cuando empieces tu nuevo trabajo. Aquí hoy brilla el sol. Espero que allí también. Te quiero

xx

No espero recibir respuesta hasta dentro de un rato, sobre todo porque lo más probable es que Cecilia esté durmiendo ahora mismo, así que dejo el teléfono y me doy la vuelta, mirando hacia la puerta del baño. Cuando lo hago, veo salir a Pierre, con los pantalones puestos, pero con el torso todavía desnudo, y mientras busca en el armario una camisa blanca, lo miro con picardía y le digo que, en mi opinión, su look ya es perfecto y no necesita añadir ninguna prenda más.

—Aunque, pensándolo bien, algunas de tus pacientes femeninas tienen la tensión alta, así que quizá verte semidesnudo no sea lo más conveniente para ellas —añado.

Pierre se ríe mientras se abrocha la camisa y luego busca una corbata que combine.

—Me reservaré esto de andar sin ropa para el fin de semana —dice Pierre con un guiño, y yo le digo que me parece una gran idea.

Mientras termina de arreglarse, viéndose cada vez más elegante, intento no acordarme de Drew, aunque es difícil. Pasé tantos años viendo cómo mi primer marido se preparaba para ir a ser el buen doctor que me resulta difícil no recordarlo ahora que otro hombre atractivo se está poniendo un traje elegante en mi habitación. Cuando Pierre me da un beso de despedida y me dice que tenga un buen día, otro recuerdo me golpea, y es de lo que casi hablamos durante el pícnic del otro día. No hemos vuelto a tocar el tema, pero sigue rondándome la cabeza. Cuando mi marido sale de casa, me recuesto en la almohada y, aunque podría arrepentirme, me permito volver a pensar en hace diez años, en la época más difícil de nuestra relación.

Fue el momento en que un cadáver estuvo a punto de arruinarme la vida otra vez.

Diez años antes

No puedo creer lo que está pasando. No solo he vuelto a matar, sino

que mi nuevo marido ha regresado a casa inesperadamente, y ahora está a solo unos segundos de descubrir qué clase de mujer soy en realidad.

Tenía que matar a este hombre. Sabía quién era y habría seguido chantajeándome para que hiciera todo tipo de cosas si no hubiera tomado medidas. Era un problema, así que me he ocupado de él, pero ahora tengo un problema aún mayor.

Me alejo del cuerpo tendido en el suelo de mi habitación, me acerco a la puerta, miro hacia abajo y veo un destello del traje de Pierre asomando bajo la escalera. No puedo permitirlo. Tengo que hacer que Pierre se marche lo antes posible para concentrarme en sacar el cadáver de la casa. Pero mi marido ahora está en la cocina y parece que no tiene intención de irse a ninguna parte en un rato.

Cierro la puerta de la habitación para que Pierre no vea enseguida el cadáver si sube, bajo las escaleras y me encuentro a mi marido rebuscando en la nevera.

—¿Todo bien? —me pregunta mientras saca unos huevos y un paquete de bacon.

—¿Cómo? Sí, todo está bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

Tengo suerte de que Pierre no me mire mientras respondo, todavía demasiado ocupado buscando más comida, porque de lo contrario vería lo mala mentirosa que soy y que las cosas no están nada bien. También vería el mal aspecto que tengo que en este momento: sudorosa, temblando… Consigo mantener la voz firme, pero es lo único que logro controlar ahora mismo.

—Me muero de hambre —dice mientras enciende la cocina, y en pocos minutos hay dos sartenes en el fuego: una friendo bacon y la otra cocinando huevos.

Debe oler delicioso y, hace apenas diez minutos, habría tenido hambre suficiente para engullirlo todo, pero no después de lo que acabo de hacer. Matar a ese hombre me ha revuelto el estómago, y el olor del desayuno no hace más que aumentar mis náuseas. Pero, por supuesto, Pierre no tiene ni la menor idea. Para él, esta es una mañana perfecta: tiene menos trabajo del que pensaba y pronto estará saboreando un delicioso desayuno.

Sé que mi secreto está a salvo arriba mientras mi marido

permanezca aquí abajo, así que me digo a mí misma que esto no tiene por qué ser tan malo mientras él desayune y se marche otra vez. Pierre se sorprende cuando le digo que no quiero comer nada, pero le suelto una excusa sobre que he empezado una nueva dieta y no hace más preguntas. Lo observo mientras come, saboreando cada bocado, ajeno al horror que se cierne sobre nuestras cabezas. Por fin, después de lo que parece una eternidad, deja el cuchillo y el tenedor sobre el plato vacío y anuncia que se va, porque tiene que ver a un paciente dentro de quince minutos.

—Yo me encargo de recoger. Tú vuelve al trabajo —le digo, acompañándolo hacia la puerta.

Creo que me voy a salir con la mía hasta que Pierre se detiene de repente y se gira hacia las escaleras.

—Voy al baño antes de marcharme —dice.

Un escalofrío me recorre la espalda, porque los dos únicos baños están en el piso de arriba.

—¿No puedes esperar?

—No, solo será un minuto —dice antes de subir las escaleras, y siento que me flaquean las piernas con cada escalón que sube. Al menos he cerrado la puerta del dormitorio, así que no verá nada… siempre que no la abra.

—Usa el baño principal —le digo mientras lo sigo.

—¿Por qué?

—Estoy limpiando el de la habitación —le respondo, satisfecha por mi rapidez mental.

Él asiente y se dirige al cuarto de baño que no está conectado con nuestro dormitorio.

Lo espero en la puerta, como un vigilante en su puesto, porque no puedo permitir que se mueva por aquí sin supervisarlo. Cuando oigo la cisterna, espero que se acabe este drama innecesario y que por fin se vaya.

—Maldita sea —oigo exclamar a Pierre un momento después.

—¿Qué pasa?

Abre la puerta del baño y veo el motivo de su molestia. Tiene una mancha verde en la parte delantera de su camisa blanca.

—Se me caído el enjuague bucal —dice—. Tengo que cambiarme.

Eso es lo último que quería oír, porque sus camisas están en el armario de nuestra habitación.

No puede entrar ahí.

—¡Espera! —Me sitúo delante de él y le pongo las manos en el pecho antes de que avance. Pero creo que es demasiado evidente que intento mantenerlo fuera de la habitación y ahora sospecha que ocurre algo.

—¿Por qué?

—Eh… Estoy limpiando la habitación también. Está hecha un desastre. Espera aquí y te traigo una camisa.

Pierre frunce el ceño, pero le digo que solo será un segundo. Abro rápidamente la puerta, lo suficiente para poder deslizarme dentro y ni un centímetro más, y la cierro enseguida. Ignorando el cadáver que yace sobre la alfombra, corro al armario para cogerle a Pierre otra camisa y pienso que, de algún modo, por muy surrealista que sea, voy a salirme con la mía.

Y entonces oigo la puerta de la habitación abrirse detrás de mí.

Se me corta la respiración cuando me giro y veo a mi marido en el umbral, mirando el cadáver del hombre al que he matado antes de que él volviera a casa.

Se acabó. Mi matrimonio ha terminado. Acabo de perder al hombre que amo y, cuando mi hija se entere, podría perderla a ella también. Y es lo que ocurrirá si Pierre llama a la policía. Pero ¿lo hará?

—¡Espera! ¡Puedo explicártelo! —grito, soltando la camisa que sostenía y corriendo hacia Pierre.

Él se limita a retroceder para mantener las distancias conmigo, claramente sin saber si puede confiar en mí.

¿Cree que soy peligrosa? ¿Me tiene miedo? Es difícil saberlo, porque su mirada está clavada en el cadáver.

—¡Por favor, déjame contarte lo que ha ocurrido! —suplico, rezando para que Pierre no salga corriendo de la casa, porque si lo hace, no podré detenerlo.

—¿Quién es? —me pregunta—. ¿Qué has hecho?

Tengo la suerte de que Pierre no parece reconocer a su antiguo compañero de clase, pues han pasado muchos años, así que decido aprovechar esa ventaja y empiezo a tejer otra mentira tan rápido

como puedo.

—Es él —digo en voz baja—, mi ex.

Pierre parece aún más horrorizado que hace dos segundos, pero yo asiento con la cabeza y me aferro a la mentira.

—No sé cómo me encontró, pero lo hizo, y me amenazó. Dijo que iba a hacerte daño y a quitarme a Cecilia. No sabía qué hacer, así que traté de calmarlo. Le dije que lo había echado de menos y que estabas trabajando. Le dije que lo sentía por haber huido de él y que quería compensarle, así que lo traje aquí conmigo. Luego lo maté.

Posiblemente sea la peor mentira que he dicho nunca, aunque algunas personas no estarían de acuerdo, pero ya la he dicho y solo me queda esperar que Pierre se la crea.

Pero ¿lo hace?

—¿Cómo te encontró? —pregunta, lo cual sugiere que, después de todo, me cree.

—¡No lo sé! ¡Pero lo hizo y entré en pánico! Lo siento. No sabía qué hacer. No podía arriesgarme a que te hiciera daño a ti o a Cecilia. No tuve elección. ¡Tienes que creerme!

Intento abrazar a Pierre y esta vez no se aparta. Tal vez sea porque ahora estoy llorando, no solo por lo que ha ocurrido durante la última media hora, sino también por haberle ocultado mis secretos durante tanto tiempo.

Me parece que me cree y me lo confirma sacando su teléfono.

—¿A quién llamas? —le pregunto, nerviosa, temiendo que sea a la policía.

—A mi recepcionista. Voy a decirle que cancele el resto de mis citas de hoy. Necesitamos deshacernos del cuerpo.

Pierre sale de la habitación para llamar a su recepcionista, a quien le explica que se siente mal y que necesita tomarse el resto del día libre.

No me lo puedo creer.

¿Va a ayudarme a solucionar esto?

Lo quiero mucho. Pero aún no estoy fuera de peligro, así que, mientras Pierre me da la espalda, me arrodillo y registro con rapidez los bolsillos del muerto, buscando su cartera. La saco cuando la encuentro y la escondo en el cajón de mi mesilla de noche. Así no

hay ninguna posibilidad de que Pierre compruebe el DNI de este hombre y reconozca el nombre de su antiguo compañero de clase.

Cree que es mi exnovio maltratador.

Mientras siga pensando eso, estaré bien.

Solo tengo que recordar esta nueva mentira que he añadido a la lista. Como si no tuviera ya bastantes que recordar.

18

ALICE

En la actualidad

Sonrío al pasar junto a la enfermera sentada tras el mostrador de esta área del hospital de Carlisle, y ella pulsa el botón para desbloquear electrónicamente las puertas y permitirme el acceso a la sala donde están los pacientes. He estado aquí un par de veces antes, así que sé qué cama estoy buscando, y mientras las otras personas que han venido al mismo tiempo que yo para el comienzo de las horas de visita se dirigen a sus respectivos pacientes, encuentro a la persona a la que he venido a ver.

—Hola, Tomlin —digo al detenerme junto a la cama del hombre al que una vez estuve tan unida. Pero ahora hay una enorme distancia entre nosotros, no física, sino emocional.

Él gira la cabeza, me mira y enseguida vuelve a mirar por la ventana el cielo gris que hay más allá.

—Te he traído bombones —le digo, dejándolos sobre la mesa, junto a su cama—. Pensé que se te estarían acabando las provisiones.

Tomlin no me responde ni mira los bombones, así que tomo asiento y le doy un momento, con la esperanza de que se muestre más receptivo conmigo. Mientras tanto, oigo las voces de las otras personas de la sala, pacientes y sus visitas, todos charlando y poniéndose al día, aunque no puedo verlos. No puedo porque las cortinas rodean la cama de Tomlin, como siempre que vengo. Sé por qué y, como siempre, me siento culpable por ello, sobre todo porque la necesidad de intimidad de Tomlin se debe a las cicatrices que le quedaron después de salvarnos a Evelyn y a mí de aquel incendio hace tantos años.

Sin embargo, sus brazos llenos de cicatrices no solo le han hecho sentirse acomplejado, sino que son responsables de mucho más. Como la adicción a los analgésicos que desarrolló mientras se

curaban sus quemaduras, una que casi le hizo perder su trabajo en la policía antes de que lo ayudaran. A pesar de que consiguió reducir su dependencia de la medicación, aumentó su dependencia del alcohol y, al final, sus jefes se hartaron y ya no hubo forma de salvar su trabajo. Desde que lo despidieron, vive de su pensión, pero vivir no es la palabra adecuada para describirlo. Ha sido adicto durante años, apenas ha salido de casa y ahora, después de tanto tiempo castigando su cuerpo, le está fallando y, por desgracia, el personal de aquí no cree que le quede mucho.

¿Por qué estoy aquí para verlo si rompimos hace tanto tiempo? No es solo la culpa de cómo se hizo las quemaduras lo que me trae aquí. Es porque sé que no tiene a nadie más. Desde que rompimos, no ha vuelto a salir con nadie —ni yo tampoco—, así que no tiene una pareja que se siente junto a su cama ni hijos que vengan a visitarlo. Ni siquiera sus antiguos colegas vienen a verlo, aunque eso se debe a que Tomlin sigue resentido por cómo acabó su carrera y se ha distanciado de muchos de ellos, no solo porque le recuerdan a Fern y al caso que no supo resolver, sino porque sigue pensando que aún lo culpan por ello.

Las cosas podrían haber sido diferentes si no hubiera dejado escapar a Fern en Cornualles. Si la hubieran enviado a la cárcel, Tomlin podría haber dejado toda esa lamentable historia atrás, pero, con ella todavía libre, en algún lugar, nunca ha podido descansar, y con los años eso le ha ido consumiendo poco a poco.

—Tienes buen aspecto —comento, preguntándome si Tomlin se creerá mi mentira o si al menos se reirá y me dirá que deje de decir tonterías.

Pero no hace nada de eso, sino que sigue ignorándome, y empiezo a pensar que ha sido un error venir aquí. Sin embargo, con el poco tiempo de vida que le queda, pensé que debía venir una última vez, aunque, si soy sincera, pensé que mi anterior visita era la última. Me sorprende que siga vivo, porque está muy enfermo, pálido, demacrado y, a pesar de la comida que le traen las enfermeras —y de los bombones con los que intento tentarlo—, últimamente no come mucho. Está al borde de la muerte, sin embargo, se obstina en seguir viviendo, como si esperara algo para irse.

Pero ¿el qué?

Rebusco en la bolsa en la que he traído los bombones y saco otra cosa que he comprado de camino aquí. Es un periódico, y lo he traído porque pensé que a Tomlin le gustaría enterarse de algunas de las historias que están acaparando los titulares. Su mente de investigador debe estar todavía en alguna parte, así que me pregunto si le gustaría oír hablar de algunos de los casos sin resolver que tienen ocupada a la policía y ver si él mismo tiene alguna teoría al respecto. Pero resulta que era una mala idea, porque nada más empezar a hablar de uno de ellos, me dice que pare.

—¿No te interesan las noticias? —le pregunto.

Él se limita a negar con la cabeza.

—Lo único que me interesa saber es si ya han atrapado a esa zorra.

Sé que se refiere a Fern, lo que me hace sentir peor. Está cada vez más resentido porque ella sigue prófuga. Quizá si hubiera estado así de decidido en Cornualles, hace tantos años, yo no habría podido evitar que la detuviera. Pero aquel día, después de que ella salvara a mi hija, estaba tan dispuesto como yo a dejarla ir. Pero el tiempo lo ha endurecido y está claro que vuelve a querer que la atrapen, aunque ninguno de los dos puede hacer gran cosa al respecto.

Decido olvidarme del periódico, pero lo dejo en su mesilla de noche por si quiere echarle un vistazo cuando me haya ido. Estoy pensando en marcharme, y antes de que pueda despedirme, Tomlin vuelve a hablar.

—¿Cómo está Evelyn? —me pregunta.

Me conmueve que lo haga porque, a pesar de su actitud fría y distante, es evidente que mi hija le sigue importando; pasó mucho tiempo con ella cuando era un bebé.

—Está bien, gracias por preguntar —le digo—. Se fue de viaje. Creo que te dije que lo estaba planeando.

—¿De viaje? —dice Tomlin, con la mirada fija en el mismo paisaje que lleva contemplando meses.

—Sí, primero fue a Londres y ahora está en París.

—¿Te escribe?

—De vez en cuando. Creo que se lo está pasando demasiado bien

como para querer hablar conmigo todos los días.

Al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Me pregunto si Tomlin querrá saber ahora cómo estoy, pero no dice nada. Se hace un silencio incómodo entre nosotros y me planteo decirle que lo siento. Por todo. Por haber terminado con él, de lo que quizá me arrepienta un poco porque estos años han sido muy solitarios. Por haber dejado escapar a Fern cuando la teníamos. Porque él estuviera en mi casa cuando Siobhan provocó el incendio. Y por lo que ha sido de este hombre, que una vez fue un detective tan trabajador y entregado. Pero no se lo digo, porque temo que se enfade conmigo si lo hago.

—Adiós, Tomlin —digo mientras me levanto, y le toco el hombro con suavidad, esperando que se despida de mí. No lo hace, y no estoy segura de si es porque cree que seguirá vivo el tiempo suficiente para que le haga otra visita o si es porque no quiere terminar las cosas entre nosotros de forma civilizada.

Al salir de la sala, me cruzo con una enfermera a la que reconozco y le sonrío antes de preguntarle cuánto tiempo cree que le queda.

—Si soy sincera, es cuestión de días —dice con tristeza, y es difícil no estar de acuerdo con eso basándose en el aspecto del exdetective, sentado en su cama.

Cuando salgo del hospital y me dispongo a emprender el largo viaje de vuelta a Arberness, me doy cuenta de que hay algo que ni yo ni la enfermera que lo cuida hemos tenido en cuenta.

Sí, Tomlin está gravemente enfermo.

Pero él no se va a ir todavía.

Se está aferrando a la vida porque aún no ha cerrado el único caso que nunca logró resolver.

El caso de la mujer que se escapó…

19

FERN

Una mañana de café con mi mejor amiga del pueblo es justo lo que necesito para librarme de las preocupaciones diarias que me atormentan y que lo seguirán haciendo hasta el día de mi muerte. Al entrar en la cafetería y ver a Marion ya en el mostrador, a punto de hacer su pedido, me alegro de que lo más complicado que tendré que pensar durante los próximos segundos sea si pido un capuchino o un café con leche. Desde luego, eso es mejor que pensar en cualquier cosa, como si Pierre y yo acabaremos pagando alguna vez las consecuencias de haber ocultado aquel cadáver, si la policía de Inglaterra descubrirá alguna vez que me escondo aquí en Francia o si Cecilia me repudiará algún día y moriré sola en una celda sin ventanas, sin que nadie acuda a mi entierro.

—¡Hola! —digo, fingiendo una sonrisa, y Marion me devuelve el gesto al verme.

—Hola, acabo de pedir. ¿Qué vas a tomar?

—¿Puedes pedirme un café con leche? Yo buscaré una mesa.

Marion se encarga de eso. Intento relajarme cuando encuentro la única mesa que no está llena de tazas vacías y migas de galletas de clientes anteriores. Me tranquilizo cuando miro el móvil y veo que Cecilia acaba de enviarme un mensaje para decirme que su primera mañana en su nuevo trabajo ha ido bien. Le respondo que me alegra oírlo y que estoy muy orgullosa de que haya empezado la carrera de sus sueños. He pasado dieciocho años temiendo que los servicios sociales se llevaran a mi hija cuando supieran que era una madre asesina, y ahora estoy emocionada porque mi niña ha empezado a trabajar y a construir su propia vida.

Menuda montaña rusa.

—Un café con leche —dice Marion mientras deja mi bebida sobre la mesa, y yo guardo rápidamente mi teléfono, dispuesta a prestarle atención a mi amiga.

—Gracias —respondo antes de coger un sobrecito de azúcar.

Una vez que ambas nos hemos asegurado de que nuestras bebidas están a nuestro gusto, empezamos a ponernos al día.

—En una escala del uno al billón, ¿cuánto echas de menos a Cecilia? —me pregunta, y me río antes de contestar.

—Dos mil millones, diría yo.

—Suena bastante acertado. ¿Le está gustando París?

—Le encanta. Su nuevo trabajo parece ir bien y no deja de hablar de la nueva amiga que ha hecho. Tiffany.

—Es un nombre bonito.

—Sí, eso también pensé yo.

—¿Cómo la conoció?

—En una noche de fiesta, al parecer.

—Menudas fiesteras.

—Sí. Parece que son inseparables desde entonces.

Me quedo un poco corta, porque casi todos los mensajes que recibo de Cecilia mencionan a su misteriosa amiga. Pero ya queda poco para conocerla en persona y volver a estar con mi hija.

—Pierre y yo nos vamos a París la semana que viene —digo con una enorme sonrisa—. Nos quedaremos tres noches. Me muero de ganas.

—¡Qué maravilla! Te lo pasarás genial.

Espero que mi amiga tenga razón, pero no veo por qué no iba a ser así. Ponerme al día con Cecilia, ver dónde vive ahora y tener un poco de tiempo para hacer algunas cosas románticas con mi marido solo puede ser algo bueno, ¿verdad?

El resto del encuentro con Marion transcurre sin contratiempos, y planeamos volver a quedar cuando regrese de mi viaje para contárselo todo. Justo antes de despedirnos, mi amiga me dice algo que de inmediato me transporta a la época en que estaba paranoica con ella y con la posibilidad de que supiera mis secretos.

—Ten cuidado en París. Hay muchos turistas, entre ellos muchos ingleses.

Me hace un gesto de complicidad con la cabeza y se marcha. Temerosa, la persigo para preguntarle qué quiere decir. ¿Se refiere a que soy una mujer buscada en mi país y a que alguien en París

podría reconocerme y hacer que me detuvieran? Si es así, no puedo creer que haya fingido ser mi amiga todo este tiempo sabiendo quién soy en realidad. Pero se encoge de hombros y se detiene.

—Estoy hablando de tu ex. No quieres que él o alguien de su entorno te reconozca, ¿verdad?

—Oh, sí, por supuesto.

Marion me guiña un ojo y se marcha, y yo la observo hasta que desaparece de mi vista, con una sensación de inquietud en el estómago. «No, no vuelvas a ponerte paranoica, ya tienes bastantes preocupaciones», me digo antes de regresar a casa. Pero apenas he avanzado unos pasos cuando recibo una llamada de Pierre. Al contestar, me pregunta si sigo en la cafetería con Marion.

—No, se acaba de ir. ¿Por qué?

—Me preguntaba si podrías traerme un trozo de tarta de chocolate y un café.

—¿Tarta de chocolate para el médico? ¿Qué dirían tus pacientes si supieran que no comes sano?

—Intenta colarla en mi despacho sin que nadie se entere —dice Pierre, y me río antes de decirle que estoy de camino.

Compro lo que me ha pedido mi marido y me dirijo al edificio del pueblo al que acuden los vecinos cuando tienen algún problema de salud. Por suerte, apenas he tenido que venir por aquí, no solo porque tengo mi propio médico en casa al que consultar a diario, sino porque he tenido la suerte de no sufrir demasiadas enfermedades desde que vivo en este pueblo. Pero, aunque yo esté bien, a menudo me pregunto cómo estarán mis padres. Tendrán unos ochenta años, si es que siguen vivos, y me pregunto qué clase de vida llevarán. Como de costumbre, no puedo pensar en eso sin sentirme al borde de las lágrimas, así que hago lo de siempre y me digo a mí misma que ambos siguen perfectamente sanos y disfrutando de su jubilación, y que seguirán haciéndolo durante muchos años. Mejor eso que imaginarme a uno de ellos en el funeral del otro y a su única hija ausente. Puede que los medios de comunicación hayan disfrutado retratándome como una persona egoísta y sin corazón, pero no lo soy y echo muchísimo de menos a

mi familia. El problema es que no puedo permitir que nadie más lo sepa, porque sentarme con un periodista y «contarlo todo» no es una opción para mí.

—Bonjour —le digo a la recepcionista al entrar, antes de preguntarle si Pierre está atendiendo a algún paciente. Pero la sala de espera está vacía, así que supongo que no, y ella me dice que está libre y que puedo entrar en su consulta. Llamo dos veces antes de hacerlo y encuentro a Pierre sentado en su escritorio escribiendo algo en un bloc de notas, y parece mucho más emocionado cuando me ve que hace un segundo.

—Eres mi salvación —dice—. Me estoy quedando dormido, así que necesito azúcar y cafeína con urgencia.

—Justo lo que me recetó el médico —bromeo mientras le doy lo que le he traído.

Me besa.

—¿Qué tal está Marion? —me pregunta, y yo le digo que bien, obviamente sin mencionar las inquietantes palabras que me dirigió cuando nos despedimos.

—Me alegro —dice Pierre, antes de dar un sorbo a su café caliente —. Apuesto a que le da envidia que nos vayamos a París.

—Supongo que sí. Eso me recuerda que tengo que empezar a hacer la maleta, así que esta noche tendrás que bajar las maletas del desván.

—Eso está hecho —responde Pierre, antes de decirme que debe volver al trabajo.

Le doy otro beso y estoy a punto de marcharme cuando me fijo en lo que estaba escribiendo en su bloc de notas cuando he llegado. Supuse que sería algo sobre un paciente o una nota para acordarse de que tenía que hacer algo antes de terminar el día, pero no es nada de eso.

No eres una mala persona.

—¿Qué es eso? —le pregunto a Pierre, y cuando se da cuenta de que he visto el bloc de notas, lo tapa enseguida con otro.

—¿Eso? Nada. Es de un paciente. Lo siento, no deberías haberlo

visto.

¿De verdad tiene que ver con un paciente? ¿O se trata de mi marido?

—¿Estás seguro? —insisto—. ¿Va todo bien?

—Sí, tranquila —responde Pierre, antes de decirme que tiene que hacer una llamada y que es mejor que me vaya.

Sigo sin estar convencida de que Pierre sea sincero conmigo y me preocupa que haya algo que le inquiete, pero decido dejarlo, al menos por ahora. Ya tendré tiempo de preguntarle en casa.

—Te quiero —le digo mientras abro la puerta y me dispongo a salir.

—Yo también te quiero —responde en voz baja antes de volver a su escritorio, y supongo que eso es lo que necesitaba oír.

Pierre está bien, ¿verdad? Siempre está bien. Al menos, eso espero.

Después de todo, es el más fuerte de los dos.

Lo demostró el día que me ayudó a enterrar ese cuerpo.

20

PIERRE

Ojalá mi mujer no hubiera visto las tonterías que escribí en mi bloc de notas. Ni siquiera sé por qué me molesté en hacerlo, porque no sirve de nada. A pesar de lo que dicen algunos estudios sobre escribir afirmaciones para sentirse mejor, puedo asegurar que no funciona, al menos en mi caso. Lo sé porque llevo haciéndolo varios años de forma intermitente, pero no me siento mejor conmigo mismo ni con lo que hice en el pasado.

Todavía me siento culpable por haber enterrado ese cuerpo.

Y aún vivo con el miedo de que algún día acabaré en la cárcel por ello.

Dar un sorbo a mi café y mordisquear mi tarta de chocolate hace que deje de sentirme tan cansado como antes de que mi mujer viniera, pero el cansancio es el menor de mis problemas. La culpa y la paranoia están mucho más arriba en la lista, y no es fácil lidiar con ellas. Cualquiera podría pensar que alguien con mis conocimientos y experiencia sabría de algún medicamento que pudiera ayudarme a procesar un acontecimiento problemático del pasado, pero lo cierto es que ninguno de los medicamentos funciona. Las pastillas solo sirven para ciertas cosas y, aunque alivian el dolor físico, no pueden eliminar el recuerdo de un hombre muerto.

El vino ayuda un poco, pero solo a corto plazo.

No hay escapatoria real del tormento que llevo dentro.

Intento centrarme en el trabajo, pero me pregunto por qué mis actos de hace diez años vuelven a rondarme la cabeza ahora. Algunos días son siempre peores que otros, y a veces incluso tengo la suerte de pasar casi veinticuatro horas sin pensar en ese agujero que cavé o en la persona que metí en él. Pero hoy no es uno de esos días buenos, y últimamente han sido más los malos que los buenos.

Cuando descubrí que mi mujer había asesinado a su horrible exnovio y que su cuerpo yacía en el suelo de nuestro dormitorio, tuve que procesar muchas cosas. Por desgracia, no hay mucho tiempo para asimilar nada cuando hay un cadáver de por medio. No tienes más remedio que actuar con rapidez, al menos si no quieres ir a la cárcel, así que aquel día me puse manos a la obra antes de tener tiempo de pensar en lo que estaba haciendo. Incluso ahora es difícil saber si mi reacción estuvo motivada más por el miedo a la policía o por el deseo de proteger a la mujer que amo, así que me gusta pensar que fue un cincuenta por ciento de cada y dejarlo así.

Aquel día, hace diez años, tras excusarme del trabajo diciendo que tenía un virus estomacal, bajé a la cocina en busca de algunos objetos que pudieran ayudarme con lo que tenía que hacer. Encontré un par de guantes de goma debajo del fregadero, así como varios productos de limpieza, y volví al dormitorio con todo ello antes de explicarle a mi mujer asesina cuál era el plan.

—Tenemos que meter el cuerpo en la parte de atrás de mi coche, pero no podemos hacerlo hasta que oscurezca por si alguien nos ve. Así que vamos a llevarlo abajo y a limpiar aquí lo mejor que podamos; luego, cuando se haga de noche, lo sacaremos de casa.

Incluso a mí me sorprendió lo tranquilo que estaba, pero uno de los dos tenía que mantener la calma. No era momento para perder los nervios, y aunque me impactó descubrir que la mujer con la que me había casado era capaz de matar a otra persona, sabía que solo lo había hecho porque sus seres queridos estaban en peligro, así que realmente no tenía elección. Por supuesto, me habría gustado que hubiera encontrado la forma de llamar a la policía en lugar de recurrir a una acción tan extrema, pero sé que no lo habría hecho si hubiera habido otra salida, así que no podía enfadarme con ella ni quererla menos por ello.

Después de ponernos los guantes, empezamos a mover el cuerpo, lo cual no fue nada fácil porque era, literalmente, un peso muerto, y nos llevó un buen rato llegar hasta lo alto de la escalera. Temeroso de ensuciar el suelo con más sangre y fibras de las que ya había, regresé al dormitorio y saqué varias sábanas, que coloqué en los escalones para que recogieran cualquier posible rastro

incriminatorio. Era mucho más fácil lavar unas cuantas sábanas que limpiar toda la casa.

Me costó mucho bajar el cuerpo, y lo cubrí con una sábana después de dejarlo detrás de la puerta, donde supuse que quedaría fuera de la vista si recibíamos una visita sorpresa antes de que tuviéramos la oportunidad de sacarlo. Luego, ya sudando, no solo por el esfuerzo o por el calor exterior, me uní a mi mujer en el dormitorio y empecé a limpiar por donde habíamos arrastrado el cuerpo, atento a cualquier gota de sangre y rezando por estar limpiando cualquier prueba incriminatoria.

Tardamos horas, sobre todo porque insistí en ser muy meticuloso, y la única vez que hablamos fue para dar una instrucción al otro.

—Mueve eso.

—No olvides limpiar esa parte de ahí.

—Ayúdame a limpiar esta mancha de sangre.

Pero, incluso cuando terminamos, aún faltaban varias horas hasta el anochecer. No iba a arriesgarme a llevar el cadáver hasta el coche y encontrarme con el cartero o con algún vecino, así que insistí en esperar hasta que oscureciera y, para matar el tiempo, intenté averiguar si alguien echaría de menos a ese hombre que estábamos a punto de hacer desaparecer para siempre.

—Tendrá familiares o amigos en su país —le dije a mi mujer—. Lo estarán buscando. ¿Sabría alguien que venía aquí?

—Lo dudo —respondió ella, sin mucha convicción.

—¿Estás segura? Porque esto es importante. Si alguien sabía que iba a venir aquí, sabrá dónde buscarlo cuando no aparezca.

—¡Sí, estoy segura!

—¿Cómo puedes estarlo?

—Me dijo que había venido solo. Me localizó por su cuenta y nadie más lo sabía. Lo juro.

En aquel momento tuve que confiar en la palabra de mi mujer, porque ¿qué otra opción tenía? Esperaba que tuviera razón. El largo tiempo transcurrido desde entonces sugiere que sí, porque nadie ha venido nunca al pueblo a buscarlo.

Con una preocupación menos, y después de preguntarle una vez más a mi mujer si estaba segura de que podíamos salirnos con la

nuestra, fui al garaje a por algunas herramientas que me ayudarían a deshacerme del cadáver, entre ellas, una pala. Las metí en el coche, asegurándome de dejar espacio para el cadáver que pronto también estaría allí, y luego esperé a que se pusiera el sol.

Para cuando por fin trasladamos el cuerpo de la casa al coche, supongo que ya se me había pasado el susto, porque de repente me entraron ganas de llamar a la policía. Tal vez no debería haberme dejado convencer para no hacerlo, pero lo hice. Si hubiera llamado a las autoridades, me habría ahorrado años de angustia por el pasado. Al final, hice lo que consideré mejor para mantener unida a mi familia. Eso significaba no permitir que mi mujer fuera a la cárcel ni que Cecilia viera a su madre esposada.

Con el cadáver en la parte de atrás y mi mujer en el asiento del copiloto, nos adentramos en el campo. Conduje más de ochenta kilómetros antes de sentirme preparado para detenerme y empezar a cavar. Probablemente no necesitaba ir tan lejos, pero quería poner una distancia considerable entre el cadáver y yo cuando volviera a casa, como si su fantasma quisiera perseguirme, pero no se molestara al darse cuenta de lo lejos que estaba de mi casa. Cuando por fin empecé a cavar, era casi medianoche y para entonces ya había asumido lo que estaba haciendo. Acepté que había cruzado una línea y que no había vuelta atrás, pasara lo que pasara en el futuro, y solo me quedaba vivir con mis decisiones y seguir adelante.

No dije ninguna palabra después de hacer rodar el cuerpo hasta la tumba. No sentí la necesidad de decir nada, no solo porque no se merecía ningún tipo de despedida, sino porque estaba demasiado agotado para hablar. Empleé la poca energía que me quedaba en llenar el agujero y luego conducir de vuelta a casa, con mi mujer en el asiento de al lado tan silenciosa como yo tras el volante.

Antes de entrar en casa, ambos hicimos el pacto de que nunca volveríamos a hablar de lo sucedido, y aunque en aquel momento nos pareció una promesa absurda, lo cierto es que la hemos cumplido casi por completo. Nadie ha descubierto ese cuerpo, así que supongo que hice un buen trabajo, aunque nunca me he sentido orgulloso de ello. Durante años, revisé de vez en cuando las noticias de Reino Unido en Internet, buscando si había algún artículo sobre

una persona desaparecida, buscando fotos del hombre al que había enterrado, intentando averiguar si se estaba investigando su desaparición. Pero nunca encontré nada. Desapareció por completo en todos los sentidos. Aunque eso es muy extraño, porque seguramente alguien en Inglaterra lo echaba de menos, fue una buena noticia para nosotros.

Aquí sigo, todos estos años después, todavía ejerciendo como médico, ayudando a la gente y manteniendo la imagen de un buen hombre, de alguien incapaz de hacer algo terrible y mucho menos, de encubrir un asesinato. Esa es la ilusión que debo mantener, y es la misma que mantiene también mi mujer.

¿He dudado alguna vez sobre lo que realmente ocurrió en ese dormitorio antes de que ese hombre perdiera la vida? Claro, pero no hay mucho que pueda hacer para averiguar si lo que ocurrió difiere de lo que me contó mi mujer. Solo me queda confiar en su palabra.

Ha sido sincera conmigo, ¿verdad?

Eso espero.

Un cadáver en el armario es carga más que suficiente para cualquier matrimonio.

Lo mejor de todo, incluso mejor que el hecho de que la policía no haya descubierto nada, es que Cecilia tampoco tiene ni idea. Eso significa que aún conserva la ilusión de que las dos personas que la criaron son inocentes, buenas y honestas.

Eso es muy importante para mí.

No me gustaría que su vida se viera arruinada por los errores de otras personas.

Por suerte, parece que no será así.

21

EVELYN

Paso de largo por todas las tiendas en las que me gustaría detenerme a curiosear, y ni siquiera miro hacia la Torre Eiffel ni me detengo a hacer otra foto. Porque ya no estoy en París solo como turista. Ahora podría estar aquí para quedarme, aunque solo será posible si encuentro un trabajo que me permita mantenerme.

Después de hacer dos nuevas amigas en la discoteca la otra noche, ellas me convencieron para que me quedase y pasara todo el verano en París. No hizo falta mucho para persuadirme, no solo porque esta ciudad es un lugar increíble para vivir, sino porque es estupendo tener compañía después de haber pasado tanto tiempo sin ella, no solo en mis viajes, sino también durante mi infancia. Cecilia y Antoinette son unas chicas encantadoras, auténticas y simpáticas que han sido increíblemente amables conmigo en muchos sentidos, y aunque me siento un poco culpable por haberles dado un nombre falso cuando las conocí —lo que significa que siguen pensando que me llamo Tiffany—, no es el peor engaño del mundo. Si algún día les digo la verdad, les explicaré que estaba intentando reinventarme, lo cual es cierto, y espero que no les importe. Además, me gusta mucho más mi nuevo nombre que el anterior.

Antoinette fue muy amable al invitarme a salir de fiesta con ella y su amiga cuando me conoció en la discoteca y se dio cuenta de que estaba sola, pero su generosidad no terminó ahí. Después de cenar juntas aquella primera noche, me hablaron de su casa y me ofrecieron la posibilidad de vivir con ellas si quería. Puede que me pareciera un poco precipitado y, si soy sincera, pensé que solo lo decían porque las dos estaban muy borrachas. Supuse que a la mañana siguiente se despertarían, se arrepentirían y retirarían la invitación o, simplemente, no volverían a enviarme un mensaje. Pero no fue así. Estaba claro que mis nuevas amigas hablaban en serio cuando me propusieron ir a vivir con ellas a su piso, así que me puse

manos a la obra y busqué trabajo, cualquiera, lo antes posible, para poder quedarme y contribuir al alquiler con ellas.

Hasta ahora, mi búsqueda de trabajo ha sido infructuosa, lo cual es frustrante, pero aún es pronto. Por suerte, planifiqué este viaje por Europa con un buen presupuesto, así que tengo dinero suficiente para aguantar un tiempo. Por eso Cecilia y Antoinette se han alegrado de que me vaya a vivir con ellas y empiece ya a contribuir. Fue una alegría salir de mi abarrotado albergue y mudarme a su espacioso apartamento, y aunque mi nuevo alojamiento va a ser mucho más caro que el anterior, merece la pena. El apartamento está muy bien situado, e incluso puedo ver la Torre Eiffel desde la ventana, aunque solo la parte superior, pero algo es algo. En cuanto a la forma de dormir, aunque solo hay dos habitaciones en el apartamento y están ocupadas por Cecilia y Antoinette, hay un sofá cama muy cómodo. Además, las dos han dicho que no les importa que duerma en sus camas de vez en cuando, sobre todo si alguna pasa la noche fuera, por ejemplo, en casa de un chico.

Esto va a ser muy divertido. Tres jóvenes de dieciocho años viviendo en la ciudad del amor, libres para salir de fiesta, tener citas y reír tanto como queramos, sin padres que nos vigilen y nos digan lo que podemos o no podemos hacer. Tengo mucha suerte de haberlas conocido porque, si no, probablemente ya habría dejado París y estaría en otra ciudad, tan sola como siempre y en camino de terminar de nuevo en Arberness con mamá. Ahora me espera un verano increíble y quién sabe cuánto tiempo me quedaré aquí. Pero necesito un trabajo para poder permitírmelo, así que entro en otro restaurante, el octavo del día, y sonrío ampliamente a la primera persona que me recibe. Está claro que creen que he venido a por una mesa, pero les hago saber que no es así.

—Me preguntaba si tienen vacantes de camarera —pregunto con una sonrisa—. O para trabajar en la barra. Puedo hacer cualquiera de los dos cosas.

—¿Tienes experiencia trabajando en un restaurante?

Esto ya suena mucho más prometedor que los primeros lugares en los que pregunté porque, a estas alturas, ya me habían dicho que no había puestos disponibles y me había marchado decepcionada. Al

menos parece que aquí hay una posibilidad.

—Sí, mucha —digo, exagerando un poco la verdad—. He trabajado en restaurantes antes, en Inglaterra, y también en un pub.

No es del todo cierto, pero la necesidad manda, y seguro que no hay nadie que haya conseguido un trabajo sin decir unas cuantas mentiras para conseguirlo.

—¿Hablas francés? —es la siguiente pregunta, y me vengo abajo porque, si bien ha sido fácil mentir sobre mi experiencia laboral, me va a resultar imposible fingir que hablo otro idioma cuando no es así.

—¿Francés? Sé algunas palabras. Lo suficiente para desenvolverme aquí, estoy segura.

Pero esa respuesta no le gusta.

—Es necesario que lo hables con fluidez —me dicen—. Nuestros clientes no son solo turistas, también tenemos muchos que son de la zona, y no estarán contentos si tienen que pedir siempre en inglés.

—Oh, ya veo.

Siento que esta oportunidad de conseguir trabajo se me escapa de las manos y, en efecto, tras no convencerlo de que podría arreglármelas hablando francés con los clientes, me dice amablemente que de momento no hay vacantes disponibles.

—Maldita sea —murmuro mientras salgo de nuevo a la calle bañada por el sol.

Es frustrante, pero no debo desanimarme. Esta es una ciudad enorme y alguien me contratará para hacer algo, y la verdad es que no me importa demasiado lo que sea mientras pueda quedarme aquí y seguir pasándolo bien con mis nuevas amigas.

Decido dar por terminada la búsqueda por hoy, vuelvo al apartamento que ahora llamo hogar y utilizo la llave que Antoinette me prestó para entrar. Me dijo que podía quedármela todo el día, siempre y cuando estuviera en casa cuando ella regresara del trabajo para abrirle la puerta, así que me aseguro de hacerlo. Al entrar en el piso, me sirvo un vaso de zumo de naranja antes de sentarme en el sofá. Miro la hora y me alegra ver que tendré compañía dentro de unos diez minutos. Acaban de dar las cinco, así que mis compañeras de piso no tardarán en volver, y será agradable

escuchar cómo les ha ido el día, aunque eso también me recuerde que sigo sin trabajo.

Espero que Antoinette sea la primera en llegar porque trabaja más cerca del apartamento, pero quien aparece es Cecilia, y sonrío al verla.

—¡Hola! ¿Qué tal el día? —le pregunto mientras ella va directa a la nevera y saca una lata de refresco.

—Ocupada —responde—. Mi jefe nos llevó a comer a un restaurante muy elegante junto al río. Me tomé un par de cócteles porque todos estaban bebiendo, pero me arrepentí cuando volví a mi mesa, porque después de eso no podía concentrarme en el trabajo ni de broma.

Me río mientras Cecilia se deja caer en el sofá a mi lado y abre su lata de refresco antes de dar un largo sorbo.

—¿Cómo te ha ido a ti? ¿Ha habido suerte en la búsqueda de trabajo? —me pregunta.

—Todavía no. He estado cerca un par de veces.

—Ya lo conseguirás. Mientras tanto, disfruta de no tener que madrugar. Estoy agotada.

—¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Claro que sí. Ya dormiré cuando me muera.

Las dos nos reímos antes de que Cecilia saque el móvil y empiece a revisar algunos de sus mensajes. Yo debería hacer lo mismo, pero solo mamá se ha puesto en contacto conmigo y no tengo demasiada prisa por contestarle. Ni siquiera le he contado que estoy viviendo en un apartamento con gente a la que acabo de conocer, así que probablemente suponga que sigo en un albergue o que ya me he ido a otra ciudad.

—Adivina. Mi madre viene a verme este fin de semana —dice Cecilia de repente—. Ella y mi padrastro. Será mejor que reserve mesa para que salgamos a cenar.

—Qué bien —comento, sin esperar que eso tenga nada que ver conmigo, pero me equivoco.

—Tienes que conocerla. Ven a cenar con nosotros. Antoinette también vendrá.

—Oh, eh… ¿Estás segura?

—¡Claro que sí!

Es muy amable por parte de Cecilia seguir incluyéndome en las cosas, y supongo que esto es lo que me he estado perdiendo por no haber tenido buenas amigas durante toda mi vida en Arberness. Pero entonces dice algo que ya no me hace tanta gracia.

—¿Por qué no invitas también a tu madre para que venga a París? Podríamos acabar con todas las visitas familiares en un fin de semana. Estaría bien que nuestras madres pasaran tiempo juntas. Así podríamos escaparnos antes y salir nosotras por ahí.

—¿Mi madre? No sé…

—¿Podrías preguntárselo?

—Podría, pero no estoy segura de querer hacerlo.

—Solo era una idea —dice Cecilia—. Supongo que si te quedas aquí, ella querrá venir a visitarte en algún momento. Quizá sea menos incómodo si mi madre está aquí también.

Lo pienso y, aunque no es una mala idea, sigo sin estar segura de querer que mi madre venga aquí. Las cosas me van bien en mi nueva vida, así que ¿por qué traer el pasado en ella?

—Me lo pensaré —le digo a Cecilia, antes de que oigamos el timbre de nuestro apartamento, avisándonos de que Antoinette está fuera y tiene que entrar.

Me levanto para abrirle la puerta y, mientras lo hago, pienso un poco más en la sugerencia de Cecilia. Mi relación con mi madre ha sido complicada, pero quizá aquí, en un entorno nuevo y con tantas emociones por vivir, las cosas podrían ser más fáciles entre nosotras. O eso, o sigo ignorando sus mensajes. Supongo que podría preguntarle y ver qué dice. Probablemente sea demasiado precipitado, pero da igual. En el fondo, preferiría que me dijera que no puede venir, y estoy segura de que eso es justo lo que dirá, así que, ¿qué tiene de malo preguntárselo?

22

ALICE

Es otro largo y solitario día en Arberness sin nada más para mantenerme ocupada que la tarjeta de felicitación en la que estoy trabajando. Estoy diseñando una nueva tarjeta de aniversario que pronto pondré a la venta en mi web, pero hoy no me siento muy creativa, y eso se nota en la calidad de mi trabajo. Tal vez sea porque ha sido un día gris y deprimente, y eso ha afectado a mi estado de ánimo. Tal vez sea porque mi reciente visita a Tomlin aún está fresca en mi memoria y siento lástima por él. O puede que sea simplemente porque Evelyn apenas responde a mis mensajes y cada día estamos más distantes.

Cuando oigo el pitido de mi teléfono, lo cojo y veo que mi hija acaba de escribirme.

Me siento aún más feliz cuando abro el mensaje y leo lo que me ha enviado.

> Hola, mamá. Solo quería decirte que he hecho un par de amigas nuevas en París y que ahora vivo con ellas. Tienen mi edad y son muy simpáticas. Estoy buscando trabajo para el verano. La madre de una de las chicas viene a visitarla este fin de semana y me preguntaba si tú también querrías venir. No tienes por qué hacerlo. Espero que estés bien. Ev x

Este mensaje me da muchas razones para sonreír, sobre todo el hecho de que mi hija haya dicho que espera que esté bien y haya añadido una x, que es un beso, al final. Pero lo que más me emociona es que me haya invitado a ir a verla a París.

¿Lo dice en serio?

Miro la hora y me pregunto si Evelyn estará borracha. ¿Por qué si no me enviaría un mensaje así? Pero es por la tarde, así que no parece probable. Si lo hubiera recibido por la mañana, podría pensar que lo ha enviado después de una noche de fiesta, pero lo ha mandado a una hora razonable y no hay nada en sus palabras que sugiera que ha estado bebiendo. Así que tengo que asumir que lo

dice en serio.

Mientras sigo emocionándome con la idea de que mi hija quizá no me odie tanto como creo, mi mente va a mil por hora, buscando la forma de aceptar su invitación e ir a París este fin de semana. Me lo ha dicho con poca antelación, pero trabajo por mi cuenta y mi agenda social apenas está llena, así que puedo encontrar tiempo para ir. ¿Y por qué no? Nunca he estado en París y me vendrían bien unas vacaciones, aunque no se trata solo de eso. Se trata de ir a ver a mi hija y empezar a sanar algunas heridas ahora que se ha ido de casa.

Después de tantos años de discusiones entre las dos en este pueblecito, me entusiasma la idea de pasar un rato madre e hija en una nueva ciudad. Quizá nos baste con cambiar de aires para arreglar nuestras diferencias, y parece que Evelyn ya se está mostrando más receptiva conmigo.

Decido no pensarlo demasiado, no sea que se arrepienta y cambie de opinión, y le escribo una respuesta lo más rápido que puedo.

> Hola, cariño. Estoy bien, gracias. Me alegra saber que has hecho amigas. ¡Mucha suerte con la búsqueda de trabajo! ¡Me encantaría ir a París! Gracias. Echaré un vistazo a los vuelos y te aviso en cuanto sepa a qué hora llego. Te quiero. Mamá x

El hecho de que tiemble un poco mientras envío el mensaje demuestra que casi nunca he tenido el tipo de relación con mi hija que requería que enviara mensajes bonitos como este. Pero me hace sentir bien poder expresarle mi amor y mi auténtica felicidad, y ahora solo rezo para que no me responda diciendo que ha sido un error, o peor aún, que una de sus amigas tenía su teléfono y me envió el mensaje en broma. Pero eso no ocurre y, apenas cinco minutos después de empezar a buscar vuelos a París, recibo otro mensaje de Evelyn.

> Genial. Avísame x

Es mucho más corto que su primer mensaje y no parece muy entusiasmada, lo que me hace pensar que está un poco indecisa sobre la idea. Pero al menos no ha retirado la invitación, y eso es lo

importante. Con el viaje confirmado, vuelvo a concentrarme en buscar vuelos y veo que hay uno que podría llevarme a París el viernes a primera hora de la tarde, lo que sería perfecto para empezar el fin de semana. Supongo que regresaré el domingo, o tal vez podría alargar mi estancia unos días para aprovechar y ver un poco más de la ciudad, aunque Evelyn no esté conmigo todo el tiempo. Ya que tengo la oportunidad, quiero aprovecharla, y me emociona la idea de buscar hotel una vez tenga reservado el vuelo.

El problema de vivir en un lugar como Arberness, o al menos uno de los muchos problemas, es que viajar al extranjero puede ser un poco complicado. No hay un aeropuerto internacional ni aquí ni en los alrededores, así que tengo que desplazarme bastante. Supongo que volaré desde Manchester, lo que significa que tendré que recorrer una buena distancia antes de empezar el viaje en sí, pero no tengo mucho que hacer aquí. La tarjeta de felicitación puede esperar, así que, una vez reservado el vuelo, voy a mi habitación y saco la maleta, deseosa de empezar a hacer el equipaje.

Estoy tan falta de práctica cuando se trata de viajar que probablemente me olvide de la mitad de las cosas que necesito, pero me aseguro de meter lo esencial y confío en que podré arreglármelas si me olvido de algo que no sea tan importante. Lo principal es que tengo mi pasaporte. Hay un breve momento de pánico cuando lo abro y temo que haya caducado, pero veo que aún está en vigor y que puedo utilizarlo en el control fronterizo.

Después de avanzar bastante con la maleta, me llega por correo electrónico la confirmación de la reserva del vuelo, así que hago una captura de pantalla y se la envío a Evelyn para que sepa exactamente cuándo aterrizo. Luego le mando un mensaje diciéndole que no se preocupe por ir a buscarme al aeropuerto, que cogeré un taxi hasta el hotel y me reuniré con ella dondequiera que esté. Puede que sea un poco presuntuoso por mi parte pensar que se iba a molestar en ir al aeropuerto a recibirme, pero me gusta imaginar que lo habría hecho. Sin embargo, Evelyn solo contesta para decir que le parece bien, así que supongo que no tenía pensado estar en la puerta de llegadas con un gran cartel que dijera: «¡Bienvenida a París, mamá!».

Dedico la siguiente hora a reservar el resto del viaje, incluido el tren de Carlisle a Manchester y el hotel para mi estancia en Francia. Decido reservar para cuatro noches y ver cómo me va. He ahorrado bastante en los últimos años, pues no he hecho gran cosa más allá de asegurarme de pagar las facturas y de que Evelyn tuviera la nevera llena, así que no me preocupa demasiado el dinero. Además, un viaje así no tiene precio y estoy deseando ponerme en marcha.

No puedo creer que vaya a París.

Va a ser increíble.

Un viaje que nunca olvidaré…

23

FERN

Mientras suena la música en la radio y el viento sopla en mi pelo desde la ventanilla abierta del acompañante, no puedo borrar la sonrisa de mi cara.

Voy de camino a ver a mi hija.

Próxima parada, París.

Envío un mensaje rápido a Cecilia para que sepa que ya estamos en camino y me responde deseándonos un buen viaje. Tardaremos poco más de una hora en llegar. Sería más rápido si fuéramos por una autopista, pero desde el pueblo hasta las afueras de la ciudad todo son estrechas y sinuosas carreteras comarcales, lo cual no tiene por qué ser malo. Las vistas a ambos lados del coche son preciosas, campos verdes y árboles altos, así que disfruto de ellas antes de que los edificios de la capital francesa aparezcan ante nosotros.

Pierre va al volante y respeta a rajatabla el límite de velocidad, lo que no es de extrañar porque siempre ha sido un conductor muy prudente, aunque tiene que reducir la velocidad cuando un tractor sale a la carretera delante de nosotros.

—Aun así, esto no es tan malo como la hora punta en París —bromeo, pero él no sonríe y mantiene la vista fija en la carretera. Lleva todo el día un poco distante conmigo, y sé por qué. Hoy es el aniversario de cuando enterramos aquel cuerpo juntos, y siempre está distraído en esta fecha. Ni siquiera subir el volumen de la radio y ponerme a cantar consigue sacarlo de su sombrío estado de ánimo, pero no me atrevo a mencionarlo por si le hace sentirse aún peor, así que en lugar de eso le hablo de lo que debería ser un fin de semana fantástico.

—Cecilia ha reservado mesa en un restaurante para todos esta noche —digo—. Tiene muy buena pinta.

—¿Todos nosotros? ¿Quién más va?

—Antoinette, claro, y su nueva amiga, Tiffany.

—Ah, vale. Pensé que solo seríamos nosotros tres.

—Te dije que no. ¿No me estabas escuchando?

La expresión de Pierre me deja claro que no lo estaba haciendo, pero, con lo distraído que ha estado últimamente, no se lo tendré en cuenta.

—Supongo que esa tal Tiffany ha causado buena impresión a Cecilia y Antoinette si vamos a conocerla tan pronto —digo.

—Sí, supongo —responde Pierre, mientras el tractor sigue avanzando delante de nosotros, y es un alivio cuando lo vemos desviarse de la carretera unos minutos más tarde, lo que nos permite volver a la velocidad de antes.

—¿Qué más sabes de esa tal Tiffany? —me pregunta Pierre mientras el paisaje rural pasa de nuevo con rapidez por la ventanilla.

—En realidad, no mucho, solo que se conocieron en una discoteca y que ahora vive con ellas.

—¿Es de París?

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Han permitido que una desconocida viva con ellas?

—No es una desconocida. Como te he dicho, si Cecilia y Antoinette han pasado tanto tiempo con ella, será porque se llevan bien.

—Es que no pareces saber mucho de ella, eso es todo.

—Bueno, solo puedo basarme en lo que Cecilia me dice en sus mensajes, y nunca ha sido de escribir demasiado —le recuerdo a mi marido—. No sé por qué te preocupa tanto.

—Supongo que no me gustan las sorpresas.

—No es ninguna sorpresa.

—Vale.

Estudio su expresión y veo que sigue muy distante, claramente preocupado por el pasado, y supongo que por eso le angustian las sorpresas. A las personas con secretos como nosotros nos gusta saber en qué nos metemos y con quién, pero él está siendo aún más paranoico que yo. O puede que yo tenga más experiencia que él en controlar mis nervios. Después de tantos años saliéndome con la mía, ya no estoy tan nerviosa como antes, no tengo tanto miedo de conocer gente nueva y, desde luego, no creo que todos los que conozco vayan a descubrir mis secretos. Pero Pierre sigue en ese

punto, incluso después de tanto tiempo, y estoy segura de que solo se siente tranquilo cuando está en casa, en el pueblo, siguiendo su rutina de siempre. La rutina da seguridad, pero quiero que sepa que romperla de vez en cuando no significa que vayamos a terminar esposados.

—¿Cómo lo haces? —me pregunta ahora, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros.

—¿El qué?

—Vivir como si no hubieras hecho algo terrible. Aunque llevo años con la idea de preguntártelo, no quería volver a sacar el tema. Pero, si te soy sincero, últimamente lo estoy pasando muy mal y temo que vaya a peor con el tiempo.

—No vivo como si nunca hubiera hecho nada terrible —respondo, contenta de que Pierre solo sepa una de las cosas terribles que he hecho y no todas—. Solo vivo el día a día lo mejor posible, que es lo único que podemos hacer, ¿verdad? Nadie es perfecto, pero nos levantamos e intentamos que hoy sea mejor que ayer.

—¿Qué nadie es perfecto? Es cierto, pero eso no significa que todo el mundo haya cavado una tumba y metido un cadáver en ella —dice Pierre mientras apaga la radio, claramente sin ganas de escuchar música en un momento como este.

—Lo entiendo, pero hicimos lo que teníamos que hacer —digo con firmeza—. ¿Qué hubieras preferido? ¿Llamar a la policía? Si lo hubiéramos hecho, dudo que ahora estuviéramos de camino a París. Aún estaríamos cumpliendo condena.

—¿Estaríamos? Yo no lo maté.

—No, pero me ayudaste a deshacerme del cuerpo.

—Tal vez eso fue un error.

—¿De verdad? ¿Ayudar a tu mujer fue un error?

El silencio de Pierre responde a la pregunta y no decimos nada más durante varios largos minutos. No me atrevo a volver a encender la radio, pero me preocupa que la tensión entre nosotros se traslade a nuestro viaje y estropee lo que debería ser un fin de semana estupendo con Cecilia y sus amigas. También tengo la sensación de que debo cortar esto de raíz cuanto antes, por miedo a que tenga consecuencias para nuestra relación incluso después de que termine

este fin de semana. Por eso digo las siguientes palabras, con la esperanza de que hagan que Pierre se sienta mejor antes de que lleguemos París.

—Eres el hombre más valiente que he conocido —digo, con sinceridad—. Lo que hiciste por mí aquel día fue heroico, y sabes que nunca lo olvidaré. Mantuviste unida a nuestra familia. Sin ti, Cecilia no tendría la vida que tiene ahora. Quizá ninguno de nosotros la tendría. Eres libre porque me ayudaste a deshacerme de un hombre horrible que nos amenazó a todos. Recuérdalo.

Pierre parece estar asimilando lo que he dicho, y espero que haya funcionado, aunque no todo el mundo es como yo. He contado tantas mentiras y guardado tantos secretos que ya forman parte de mi identidad, y a menudo me pregunto si hay algo que no haría para protegerme a mí y a mi familia. Solo espero no volver a verme en una situación que me obligue a descubrirlo. A medida que nos acercamos a París y la Torre Eiffel aparece en el horizonte, solo puedo pensar en un fin de semana relajante, lleno de risas, buena comida, vino y algo de conversación con Pierre en la lujosa cama de nuestro hotel.

Eso es lo único que va a ocurrir este fin de semana, ¿verdad?

No puede ocurrir nada más.

Si hubiera sabido entonces lo que me esperaba en esta hermosa ciudad, le habría gritado a Pierre que frenara, diera la vuelta y acelerase en dirección contraria. Le habría dicho que no se detuviera hasta llegar al pueblo, y entonces me habría quedado allí el resto de mi vida, escondida en mi casa y disfrutando de la poca libertad que me quedara. Pero no sabía los horrores que me esperaban allí, ninguno de nosotros lo sabía: ni Pierre ni Cecilia ni yo ni, mucho menos, la gente que estaba a punto de presentarme.

Todos pensamos que sería un fin de semana memorable, y lo fue.

Solo que por las razones equivocadas.

Cuando terminó, la vida que había construido con tanto cuidado estaba hecha añicos, y deseé haber prestado atención a la paranoia de mi marido.

Tiene razón.

El pasado no puede permanecer oculto para siempre.

La verdad siempre acaba saliendo a la luz y, cuando lo hace, nada vuelve a ser igual.

24

CECILIA

—Creo que esto es lo más ordenado que podemos dejarlo —dice Antoinette mientras termina de ahuecar los cojines del sofá. Y, cuando echo un vistazo al apartamento, supongo que tiene razón. Entre las tres hemos pasado las últimas horas intentando dejar nuestro espacio lo más limpio y recogido posible, para que mi madre no tenga ni idea de toda la comida basura y las bebidas que han pasado por aquí desde que nos mudamos. Este lugar tiene casi el mismo aspecto que el día que recibimos las llaves, y no hay ni rastro de las cajas de pizza vacías, las botellas de vino terminadas y la ropa tirada por el suelo que hace nada cubrían las alfombras. Incluso tenemos unas cuantas velas aromáticas para disimular los olores de nuestras comidas recientes, y parece que funcionan.

—Lo hemos hecho bien —dice Tiffany mientras admira nuestro trabajo, y tengo que darle la razón.

—Vuelve a parecer el apartamento de una chica —digo riéndome, en lugar de parecer uno en el que vive un grupo de chicos desordenados. Pero, si algo ha quedado claro en esta última semana, es que podemos ensuciar tanto como los hombres de nuestra edad.

—Se han registrado en el hotel y están de camino, así que deberían llegar en cualquier momento —digo refiriéndome a mamá y Pierre—. ¿Y tu madre?

Miro a Tiffany, que revisa su teléfono, y hay mejores noticias que la última vez que lo consultó.

—Acaba de embarcar —me dice.

—Genial, más vale tarde que nunca —digo, refiriéndome al retraso de dos horas que ya ha soportado la pobre madre de Tiffany.

—Es un vuelo corto, así que no llegará demasiado tarde —dice—. Podría reunirse con nosotros en el restaurante cuando llegue.

—No me importa retrasar la cena para esperarla —sugiero, pero

Tiffany no quiere hacerlo.

—No, está bien. Puede ir al restaurante. Tengo hambre, y seguro que los demás también, así que seguiremos con el plan.

El plan es que vayamos todos al restaurante de la esquina, donde tenemos reserva para las siete; es el tipo de sitio al que no iríamos sin nuestros padres, principalmente porque es caro, así que nos ayudará que ellos puedan cubrir parte de la cuenta, si no toda.

El sonido del timbre nos hace dar un respingo, como tiene la molesta pero divertidísima costumbre de hacer, y eso solo puede significar que mi madre ya está aquí.

«Espero que no diga ni haga nada vergonzoso», pienso mientras voy a abrir la puerta, pero eso está por verse, porque los padres a veces son tan imprevisibles como sus hijos.

—¡Hola! —Mamá llora cuando me ve por primera vez en semanas y me abraza antes de apretarme los brazos para asegurarse de que no he adelgazado demasiado desde que me fui de casa.

—Bienvenidos a París —les digo, sintiéndome mayor por poder decirles eso, antes de darle también un abrazo a Pierre.

—Así que aquí es donde vives ahora, ¿eh? —comenta Pierre mientras me siguen hacia el salón, donde mis amigas nos están esperando—. Está bien ubicado.

—Sí, es perfecto —digo, antes de que vean a Antoinette y la abracen también, felices de ver que mi mejor amiga está disfrutando de la vida aquí tanto como yo. Solo les queda conocer a mi nueva amiga.

—Esta es Tiffany —la presento.

Mamá y Pierre mantienen las sonrisas en sus caras mientras saludan a mi nueva amiga. Pero, por alguna razón, Tiffany no sonríe de inmediato. Parece insegura, aunque podría tratarse solo de timidez, lo cual es dulce, aunque un poco inesperado, porque desde que la conozco no ha parecido tímida en absoluto.

—Encantada de conocerte —dice mamá, nada cohibida, y se acerca para abrazar también a Tiffany.

—Igualmente —responde Tiffany mientras se abrazan, antes de que mamá se aparte un poco, con cara de sorpresa.

—¿Eres inglesa?

—Sí —responde Tiffany, sonriendo un poco, pero sin parecer tan feliz como siempre.

—Oh, vaya. Lo siento, supuse que eras de París —dice mamá, antes de que Pierre la salude.

Ahora es mamá la que parece incómoda, y no tengo ni idea de lo que está pasando, pero probablemente tan solo se trate de la incomodidad del primer encuentro. Seguro que todos se relajarán cuando estemos en el restaurante disfrutando de una copa de vino.

—Dejad que os enseñe el piso antes de que nos vayamos a cenar —digo, indicando a mamá y a Pierre que me sigan para hacerles una visita guiada por el apartamento, aunque no tardaré mucho.

Mientras me dirijo a mi habitación, miro hacia atrás por encima del hombro y veo a mamá frunciendo ligeramente el ceño, y aunque Pierre parece estar bien, Tiffany está detrás de él y también parece pensativa. Por suerte, Antoinette se comporta como siempre y sugiere que tomemos algo aquí antes de irnos.

—Hay una botella de vino en la nevera —dice con despreocupación, y yo le digo que me parece bien mientras les enseño a mamá y a Pierre mi habitación.

—Acogedora —opina mi padrastro, que es una forma educada de decir que es diminuta.

Pero es más que suficiente para lo que necesito, que es un lugar donde dormir después de una noche de fiesta. Miro a mamá para ver qué piensa, pero sigue con cara rara, como si no fuera ella misma. Parece que se ha transformado cuando se ha enterado de que Tiffany es inglesa. ¿Será eso? ¿A mamá le preocupa que, de alguna manera, tener esta conexión con el país del que huyó conmigo vaya a ser un problema para nosotras? Si es así, su paranoia es ridícula, porque no todos los ingleses son una amenaza, solo uno, mi padre, su ex, y no tiene nada que ver con Tiffany.

—¿Estás bien, mamá? —le pregunto.

—Sí, claro —responde ella, que de repente ha reaccionado y ahora echa un vistazo a mi habitación—. Es bonita. Está más ordenada que tu habitación de casa.

—Ya soy mayor —digo riendo antes de salir de la habitación, y después de enseñarles el cuarto de baño, que está reluciente tras la

limpieza a fondo que hemos hecho, nos reunimos con mis amigas en los sofás.

—Aquí tenéis, debéis tener sed después del viaje —dice Antoinette mientras les da a mamá y a Pierre una copa de vino. Veo que Tiffany ya tiene la suya, así que cojo la mía y brindo por lo que espero que sea una gran velada.

—Por esta noche —digo, feliz.

Chocamos las copas, pero no todos parecen tan entusiasmados como yo. Tiffany sigue muy callada y apenas ha dicho una palabra desde que ha conocido a mamá. ¿A qué se debe? Quiero preguntarle si está bien, pero no quiero ponerla en un aprieto delante de los demás y llamar más la atención sobre el hecho de que parece un poco retraída, así que lo dejo estar. Decido cambiar de tema y contarles a mamá y a Pierre algo que aún no saben.

—¿A que no sabéis qué? La madre de Tiffany también viene a París y va a cenar con nosotros esta noche —digo—. ¿Verdad, Tiff?

—Sí —contesta, antes de dar un trago a su copa.

Esperaba que añadiera algo más, pero no lo hace. En cambio, mamá se apresura a llenar el silencio.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me pregunta con cara de enfado, lo cual es extraño.

—¿El qué?

—Que viene la madre de Tiffany. Que son de Inglaterra. Me habría gustado saberlo.

—Vale, lo siento. No es para tanto, ¿verdad?

Miro a mamá con el ceño fruncido porque no entiendo por qué parece enfadada conmigo. Está claro que Antoinette percibe un poco de tensión entre nosotras, porque le pregunta a Pierre cómo ha ido el viaje hasta aquí y eso rompe un poco el hielo. Pero no debería haber hielo que romper, ¿no?

¿Por qué hay este ambiente tan raro?

Mientras seguimos charlando, mamá parece relajarse un poco y eso me alivia. Quizá solo estaba cansada por el viaje, quién sabe, pero ahora parece estar bien. Tiffany también ha hablado un poco más, abriéndose a medida que bebe de su copa, y supongo que lo suyo han sido los nervios. Puede que conocer a mi madre fuera más

importante para ella de lo que pensaba. Probablemente quería causar una buena impresión, pero se sentía nerviosa porque Antoinette ya conoce bien a nuestros invitados, mientras que ella no.

Todo parece ir mejor ahora y, mientras terminamos nuestras bebidas, Tiffany me dice que acaba de recibir un mensaje de su madre diciendo que ha aterrizado.

—¡Genial! —digo mientras recojo las copas de vino vacías y las dejo junto al fregadero—. Entonces, ¿nos vamos al restaurante y que ella se reúna con nosotros allí?

—Me parece bien —dice Tiffany.

Nos preparamos para salir, pero, justo antes de hacerlo, mamá dice que necesita ir al baño.

—Normalmente eres tú quien me espera —bromeo mientras todos nos detenemos junto a la puerta para esperar a mamá. Pierre se ríe y espero que mamá lo haga también, pero no lo hace.

Tan solo entra en el cuarto de baño y cierra la puerta con rapidez.

¿Le pasa algo?

25

FERN

«¿Por qué tenían que ser de Inglaterra?», me pregunto en silencio, maldiciendo mi mala suerte, porque lo que creía que iba a ser un gran fin de semana me ha convertido en un manojo de nervios. Tiffany debía ser un bebé cuando mi historia salió en los medios británicos, pero mi foto sigue apareciendo de vez en cuando en las noticias, sobre todo en los aniversarios de mis crímenes, así que puede que tenga la sensación de haberme visto antes en algún sitio. ¿Y qué hay de su madre, que al parecer acaba de aterrizar en el aeropuerto y viene de camino para cenar con nosotros? ¿Me reconocerá, aunque haya pasado tanto tiempo? ¿Estoy lo bastante distinta? ¿Se dará cuenta de que me parezco a la infame mujer del médico que recuerda haber visto en todos los noticiarios? Y, si es así, ¿qué hará al respecto?

No tengo ni idea de quién es esa mujer ni de si me reconocerá o no, pero estoy muy nerviosa y no quiero quedarme a averiguarlo. ¿Y si invento una excusa para no ir a la cena? Podría decir que me encuentro mal, ¿funcionaría? Pierre no se lo tragaría porque lleva conmigo todo el día y he estado bien, pero podría decir que me ha venido de repente. Podría inventarme alguna historia de que tengo náuseas, una fuerte migraña o cualquier otra dolencia que pueda hacer que me pierda la cena de esta noche. Así podría regresar al hotel y relajarme, sin tener que conocer a la madre de Tiffany ni preocuparme de si recuerda o no haber visto mi cara en los periódicos británicos hace casi dos décadas. ¿O estoy exagerando? Quizá pueda ir a cenar y todo vaya bien. No me reconocerá como aquella mujer que se dio a la fuga y será una velada agradable.

¿Qué debo hacer?

No tengo ni idea.

—¿Estás bien, mamá?

La pregunta de Cecilia, seguida de unos golpes en la puerta, me

dice que llevo demasiado tiempo aquí dentro y que debería salir si no quiero que esto les parezca raro a todos los que me esperan fuera. Mientras miro mi reflejo en el espejo, intento decirme que es imposible que me reconozcan después de tantos años, que todo irá bien. Tengo el pelo de otro color y más largo. He engordado un poco, gracias a todos esos pasteles franceses a los que no puedo resistirme en el pueblo. Y he envejecido, las arrugas del tiempo añaden otra capa a mi disfraz. Soy la misma mujer, pero parezco muy diferente, e intento convencerme de que no puedo actuar así cada vez que estoy cerca de alguien de Inglaterra. No es sano.

Pero, cuando me alejo del espejo y me dirijo hacia la puerta, sigo sin estar segura de lo que voy a hacer. Solo cuando la abro y veo a Cecilia al otro lado con una sonrisa de emoción me doy cuenta de que no puedo arruinar esta noche. Mi hija está encantada de tenerme en París y de enseñarme parte de la vida que está construyendo aquí, así que no quiero estropeársela. Quiero que me cuente todo sobre su nuevo trabajo y lo que hace en su tiempo libre, así como conocer un poco mejor a su nueva amiga. Además, le prometí a la madre de Antoinette que me pondría al día con su hija para contarle todo cuando a mi regreso. Pobrecilla, la madre de Antoinette no se encuentra bien y no ha podido venir con nosotros, y se llevará un disgusto si se entera de que no he salido a cenar con nuestras hijas mientras he estado aquí.

—Lo siento. Ya estoy lista —digo, forzando una sonrisa.

Cecilia pone los ojos en blanco antes de decirles a todos que podemos irnos.

Sigo a los demás fuera del apartamento de mi hija, con la esperanza de no estar cometiendo un gran error al seguir adelante con esta cena. Pero, cuanto más nos acercamos al restaurante, más se intensifica esa sensación de inquietud que no puedo explicar ni quitarme de encima.

Llámalo sexto sentido.

Pero tengo el presentimiento de que algo terrible está a punto de suceder.

26

EVELYN

Mientras damos el corto paseo desde el apartamento hasta el restaurante, miro a la madre de Cecilia unas cuantas veces por el camino, porque hay algo en ella que me inquieta. No estoy segura de qué es, pero me resulta vagamente familiar, como si la hubiera visto antes en alguna parte. Aunque sé que no es posible, no puedo deshacerme de esa extraña sensación de déjà vu.

No soy la única que se siente rara. Ella también parece un poco tensa, como si no estuviera del todo cómoda. Ha pasado mucho tiempo en el baño antes de que saliéramos del apartamento y, por un momento, me he preguntado si quería salir a cenar con nosotros esta noche. Sigue aquí, así que supongo que sí, pero su entusiasmo decayó justo cuando se enteró de que venía mi madre.

La mención de Inglaterra pareció asustarla, pero quizá haya una buena razón para ello. Cecilia me ha contado su historia, cómo ella y su madre huyeron de su hogar para alejarse de una persona peligrosa, así que es posible que sea solo un poco de tensión residual cada vez que le recuerdan de dónde viene. Quiero pensar que es eso, aunque, mientras nos dirigimos al restaurante, sigo sin saber a qué atribuir mi inquietud.

—Ya casi hemos llegado —dice Cecilia con naturalidad, sintiéndose relajada con lo de esta noche. ¿Y por qué no iba a estarlo? Antoinette también parece contenta, charlando con Pierre sobre algo relacionado con el pueblo. Me alegro de que mamá venga después de todo, porque podría acabar sintiéndome excluida entre estos cuatro que tienen tanta historia en común. Soy la nueva, la que todos están conociendo y la que, a su vez, está intentando conocerlos, así que supongo que será agradable tener una cara conocida en la mesa.

Un mensaje de mamá me dice que ha pasado la aduana antes de lo previsto y que ya está en el taxi rumbo al restaurante.

Probablemente llegue unos veinte minutos después que nosotros, lo que nos dará tiempo a sentarnos a la mesa y quizá pedir la primera ronda de bebidas. Le devuelvo el mensaje para preguntarle qué quiere que le pida, pensando que será un detalle por mi parte tener una copa esperándola cuando llegue. Es solo una pequeña forma de intentar acercarme a ella este fin de semana. Puede que todo termine en desastre, pero supongo que debo intentarlo si ha venido hasta aquí para verme. Quizá la distancia que he puesto entre nosotras al irme de viaje ayude una vez que volvamos a estar unidas. Me gustaría tener mejor relación con mi madre, y quizá la clave para conseguirlo sea que nos veamos solo de vez en cuando y en algún sitio un poco más inspirador que Arberness.

Mamá me contesta que le apetece una copa de vino tinto, así que tomo nota mental justo cuando llegamos a las puertas del restaurante y nos recibe un sonriente maître, que probablemente tenga todo tipo de títulos de hostelería y alta cocina. Tengo esa impresión por la forma en que sostiene las cartas mientras nos acompaña a la mesa, así como por la forma en que señala varias cosas por el camino, como la pecera llena de langostas, el piano donde pronto tocará un músico y, por supuesto, las vistas desde las grandes cristaleras de la parte trasera del restaurante, que ofrecen una panorámica espectacular de París y la famosa torre. A continuación, suelta un discurso bien ensayado sobre la carta de vinos que tenemos a nuestra disposición, así como la sopa del día, el plato especial del chef y lo que pediría si cenara aquí esta noche.

—Gracias —es lo menos que podemos decir después de escuchar todo eso, antes de que nos deje solos durante unos minutos para saborear tanto la extensa carta de bebidas como la maravillosa vista de París frente a nuestra mesa.

—Esto es increíble —digo con sinceridad, y Pierre está de acuerdo conmigo.

—Hiciste bien al reservar aquí —le dice a Cecilia—. ¿Te costó conseguir mesa?

—Tengo mis contactos en París —responde con un guiño—. Pero no os emocionéis demasiado. Será mejor que nos preparemos para cuando llegue la cuenta.

—No creo que sea tan caro —dice Pierre, antes de mirar algunos de los precios de la carta y enarcar las cejas.

A su lado, y frente a mí, su mujer está sentada mirando la carta, sin levantar la vista ni participar en la conversación. Aprovecho para observarla bien otra vez. Es extraño, pero sigo teniendo la impresión de que la he visto antes en alguna parte. ¿Dónde?

Llega otro mensaje a mi teléfono y, aunque sea de mala educación revisar el móvil en un restaurante como este, tengo que hacerlo para poder ver dónde está mamá.

—Mi madre está a diez minutos —digo justo cuando llega un camarero para preguntar por nuestras bebidas. Hacemos nuestros pedidos y, en ese momento, las primeras notas procedentes del piano comienzan a sonar. Todos giramos la cabeza en dirección a la música y vemos a un hombre de pelo plateado y esmoquin sentado ante las teclas, con los ojos cerrados. Sus dedos que se deslizan sobre el instrumento con naturalidad mientras toca una canción que no hace sino mejorar el ambiente de este local.

Desde luego, este no era el tipo de sitio en el que esperaba encontrarme cuando emprendí mi viaje. Pensaba que estaría comiendo fideos instantáneos en una cocina mugrienta, rodeada de docenas de viajeros internacionales, no esperando a que llegara mi vino a esta impecable mesa mientras un pianista nos deleita con su música. Tampoco esperaba que mamá se uniera a esta aventura; no debe estar a más de cinco minutos y muy pronto se sentará en el asiento vacío que tengo al lado y conocerá a las otras personas con las que cenamos esta noche.

Me pregunto qué pensará de mis nuevas amigas. Seguramente creerá que he tenido suerte, considerando el lugar en el que estamos cenando y el apartamento en el que vivo. Desde luego, parece bastante glamuroso. Cuanto más tiempo pasamos aquí, más parece relajarse la madre de Cecilia. Sabe bastante sobre varios de los vinos de la carta, así como qué vino iría bien con el plato principal que su marido está pensando en pedir, y eso me sugiere que frecuenta sitios como este. Claro que, estando casada con un médico, imagino que ha llevado una buena vida, o al menos la ha llevado desde que dejó a su ex en Inglaterra.

Hay algo en la palabra médico que de repente me produce un escalofrío.

¿Es porque mi difunto padre era médico, igual que Pierre, y me resulta familiar? ¿O es algo más? No lo sé, pero vuelvo a mirar fijamente a la madre de Cecilia, solo que esta vez me pilla.

—¿Estás bien, Tiff? —me pregunta Cecilia, que se ha dado cuenta de que estoy mirando a su madre.

—Eh, sí, estoy bien —respondo. Pero es demasiado obvio que no lo estoy, y mi amiga lo sabe.

—¿Qué pasa? —insiste, y todos en la mesa me miran ahora. El único sonido de fondo es el del piano tocado con absoluta precisión.

—Es solo que… —empiezo, antes de preguntarme si debería decirlo. Todos siguen mirándome, esperando una respuesta, incluida la madre de Cecilia, así que vuelvo a mirarla y digo la verdad—. Bueno. Es que creo que te he visto antes en algún sitio, eso es todo.

—¿Que has visto antes a mi madre? —pregunta Cecilia, alternando la mirada entre las dos antes de reírse—. Qué raro.

Antoinette también se ríe. Pero la madre de Cecilia no. Se limita a bajar la vista hacia la mesa y se lleva una mano al estómago.

—Oh, no. Ya me sentía un poco mal en tu baño —dice—. Tengo el estómago un poco revuelto y me temo que no voy a poder disfrutar de la cena. Creo que voy a tener que volver al hotel.

Está fingiendo muy mal, aunque tanto Pierre como Cecilia parecen creérselo y le preguntan si está bien. Ella dice que no, sin embargo, a mí me ha dado la impresión de que estaba bien hace un minuto, al menos hasta que he dicho que me resultaba familiar. Pero, antes de que nadie pueda decir nada más, mamá llega a la mesa.

—¡Hola! —me dice cuando me ve.

Me levanto rápidamente para darle un abrazo, lo que debería ayudarla a sentirse más cómoda rodeada de todos estos desconocidos. También quiero que parezca que tenemos una relación algo normal, porque no quiero que la familia de Cecilia piense que somos raras.

Es agradable abrazarnos, lo cual es poco frecuente, y mientras nos separamos, mamá comenta lo bonito que es el restaurante antes de mirar a las personas con las que estoy.

Es entonces cuando su expresión cambia por completo y se queda congelada en un gesto de horror. Está mirando a la misma persona que yo miraba hace un momento, excepto que hay una diferencia crucial.

A mí la madre de Cecilia me resultó familiar.

Pero mi madre sabe exactamente quién es.

27

ALICE

¿Cómo ha podido pasar esto?

—¿Fern? —es lo único que puedo decir mientras miro el rostro de la mujer a la que nunca pensé que volvería a ver.

Es un rostro que ha cambiado desde la última vez que lo vi, pero eso es lo que ocurre después de veinte años. Sigue siendo ella, claro que sí. Reconocería esos rasgos en cualquier parte, incluso con algunas arrugas y un nuevo peinado. Reconocería su cara incluso en este inusual escenario de un restaurante de lujo en el centro de París. Estamos muy lejos de Arberness o de Cornualles, los lugares con los que asocio a esta mujer, pero no hay duda de que es ella; aunque, curiosamente, parece que Fern va a intentar negarlo.

—¿Perdona? —me dice desconcertada, pero también puedo ver el asombro en su expresión. Está tan sorprendida como yo. No está fingiendo muy bien. Ella también debe reconocerme, es imposible que no lo haga. Tenemos demasiada historia.

—¿Quién es Fern? —pregunta ahora el hombre de la mesa, y, para ser justos con él, la confusión de su rostro parece genuina.

Supongo que Fern tiene un nuevo hombre en su vida y que le ha estado ocultando cosas, pero eso no me sorprende. Lo que sí me sorprende es estar de nuevo cara a cara con mi pasado y, más concretamente, con la mujer del médico. Lleva tanto tiempo prófuga que estoy convencida de que la policía británica ha dejado de buscarla. Tal vez ya se hayan olvidado de ella. Pero yo nunca lo hice.

—Sabes quién soy —le digo a Fern—. Alice.

Fern oye mi nombre, y sigue fingiendo que no tiene ni idea de quién soy, a diferencia de los demás, que de verdad no lo saben.

—Evelyn, tenemos que irnos —le digo de repente a mi hija, todavía desorientada por lo que acabo de encontrarme, pero convencida de que lo mejor para nosotras es alejarnos de aquí lo antes posible. Y no solo para nosotras, sino para todos los que están alrededor de

esta mesa, porque aparte de Fern, ¿cuánto saben sobre ella, si es que saben algo? Hay otras dos chicas jóvenes sentadas en esta mesa con mi hija, aunque no tengo ni idea de quiénes son. Fern tenía una hija pequeña la última vez que la vi, así que supongo que una de estas chicas debe ser ella. La otra podría ser una amiga, o tal vez Fern tiene ahora dos hijas. Sea como sea, la familia de Fern corre el riesgo de romperse si seguimos aquí, y a pesar del pasado, Fern salvó la vida de mi hija. Estoy dispuesta a alejarme de nuevo, sobre todo porque alejarse es lo más seguro que se puede hacer en presencia de Fern.

—¿Evelyn? —dice una de las chicas—. Creía que te llamabas Tiffany.

Eso me confunde aún más y miro a mi hija, que todavía no se ha levantado de su asiento para marcharse, como le he dicho. Se limita a mirar a Fern antes de volver a mirarme a mí, aparentemente en busca de confirmación.

—¿Fern? —pregunta con incredulidad, antes de darse cuenta de que ni siquiera necesita que le responda. Ya sospechaba que había algo extraño en esa mujer—. ¡Dios mío, eres tú! ¡Sabía que me sonabas de algo! ¡Eres la zorra malvada que mató a mi padre!

Evelyn se levanta de su asiento, pero solo para abalanzarse sobre Fern, que se aparta rápidamente con la ayuda del hombre que está a su lado, que extiende un brazo para mantener a Evelyn a distancia. El ruido que ha hecho interrumpe al calma del restaurante y, cuando el piano deja de sonar, nos convertimos en el centro de atención de los demás comensales.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¡Es mi madre! —exclama la joven más cercana a Fern, así que supongo que debe ser Cecilia, la niña que conocí brevemente hace tantos años en Cornualles—. ¿Estás bien, mamá? ¿Qué está pasando?

Cecilia mira a Fern con preocupación, porque su madre parece a punto de desmayarse. Está pálida como un fantasma y se desplomaría en el suelo si no fuera porque su pareja y su hija la sostienen.

—¡Evelyn! Vámonos —digo, temiendo que esto pueda terminar mal si mi hija sigue presionando a Fern. Cada vez que esta mujer se ha

visto acorralada, ha logrado escapar, pero no sin que alguien muriera antes.

Sin embargo, Evelyn no está dispuesta a hacer lo mismo que yo hice tantos años atrás y dejar que Fern se marche. Y lo deja claro de la forma más dramática: coge un cuchillo de la mesa y apunta con él a Fern.

—¡Sé que eres tú y no te vas a escapar esta vez! —grita Evelyn.

Uno de los camareros corre hacia nosotros para intentar calmar la situación. No le envidio. Si tuviera alguna idea de lo que está pasando, sabría que eso es imposible. Yo lo sé, por eso mi única esperanza es sacar a Evelyn de aquí antes de que pueda usar ese cuchillo y acabar en una prisión parisina, o peor aún, antes de que Fern se haga con él y lo use para defenderse.

—¡Evelyn, por favor! —La agarro del brazo que sostiene el cuchillo, pero su fuerza me sorprende, aunque quizá no debería. Mi hija ha pasado toda su vida odiando las circunstancias en las que creció, y ahora se ha encontrado cara a cara con quien las provocó. No va a echarse atrás, y creo que Fern lo comprende en el mismo momento que yo, porque de repente se da la vuelta para marcharse.

—¡Tenemos que irnos ya! —exclama Fern—. ¡Esta gente es peligrosa!

Es difícil rebatirlo cuando Evelyn lleva un cuchillo en la mano, así que su pareja y su hija la siguen con rapidez, aunque la otra joven se queda en su asiento, aparentemente congelada por el miedo o demasiado aturdida para reaccionar. Vemos a los tres miembros de la familia salir del restaurante. Pero al menos se van. Estoy desconcertada por la casualidad de que mi camino se haya vuelto a cruzar con el de Fern; también sé que hemos tenido suerte de que esta vez no se haya derramado sangre como en las anteriores.

Y entonces Evelyn corre tras Fern, con el cuchillo aún en la mano.

—¡No! —grito mientras intento atrapar a mi hija antes de que me sobrepase. Pero es demasiado tarde, y lo único que puedo hacer es correr tras ella mientras persigue a Fern y a su familia fuera del restaurante. Nos apresuramos a salir, dejando atrás a los comensales, que nos observan con incredulidad, y a los horrorizados camareros, que no pueden hacer otra cosa más que vernos marchar.

—¡Evelyn! ¡Detente, es peligrosa! —grito mientras persigo a mi hija hasta la calle.

Ella no aminora la marcha y, cuando varios peatones se apartan apresuradamente de su camino, me doy cuenta de que va a ser imposible impedir que use ese cuchillo contra Fern, porque no puedo alcanzarla. Pero tampoco puedo rendirme, así que sigo corriendo y llamándola mientras avanzamos por otra calle y más peatones se apartan de nuestro camino.

Oigo el claxon de un coche más adelante y veo cómo Fern evita por poco ser atropellada en su desesperación por escapar, pero eso permite a Evelyn ganar algo de terreno. Solo espero que el hombre con el que está Fern pueda impedir que mi hija haga algo que no tenga arreglo con ese cuchillo.

Llegamos a una calle más grande y, cuando veo a Fern y a su familia cruzar corriendo, varios coches tienen que frenar en seco. Temo que Evelyn sea atropellada cuando intente cruzar. Entonces oigo un ruido espantoso y me doy cuenta de que uno de los coches no ha podido frenar lo bastante rápido para evitar a las personas que han aparecido delante de ellos.

Al principio, temo que mi hija haya resultado herida. Pero no es ella quien ha sido atropellada, pues se ha detenido justo en el borde de la acera. Me pregunto si será Fern, la mujer que ha provocado todo esto, y pienso en lo que sentiría al ver su cadáver. Sin embargo, tampoco es ella, porque ha conseguido cruzar la calle y está enfrente, aunque también se ha girado hacia el accidente. Entonces veo que Cecilia está con ella, lo que significa que solo falta una persona.

Es en este momento cuando veo a la pareja de Fern tumbada bocabajo en medio de la carretera.

El coche que lo ha atropellado tiene el parachoques delantero destrozado y el conductor ha salido del vehículo y se sujeta la cabeza con las manos mientras intenta asimilar lo que acaba de ocurrir. Esto es tan grave como parece, porque la víctima no se mueve. No soy la única que lo sabe. Cuando mis ojos se cruzan con los de Fern al otro lado de la concurrida carretera, donde tantos conductores y peatones se han detenido a mirar, veo que ella sabe

que el hombre con el que estaba se ha ido.

Es entonces cuando agarro a Evelyn y le digo que tenemos que salir de aquí ahora mismo, antes de que llegue la policía o, peor aún, antes de que Fern haga algo en represalia.

Esta vez, por fin, mi hija está de acuerdo conmigo.

28

FERN

—¡Pierre!

Corro de vuelta a la carretera para llegar hasta mi marido, sin que me importe que me atropelle un coche porque todo se ha detenido a mi alrededor. La carretera está totalmente bloqueada, porque el hombre al que amo está tendido en el asfalto y, desde que lo ha atropellado ese coche, aún no se ha movido.

—¡Pierre! ¿Puedes oírme?

Llego hasta él y busco algún signo de vida, esperando verlo moverse u oírlo hacer algún ruido; como no ocurre nada, le tomo el pulso en el lateral del cuello. No lo noto, pero podría deberse a la posición en la que se encuentra. Ahora mismo está bocabajo, aunque sé que no debo intentar ponerlo bocarriba, ya que podría empeorar las lesiones que tenga. Estoy desesperada por ver una sola señal de vida, algo que al menos me haga pensar que los sanitarios de emergencias, que llegarán en breve, tendrán algo con lo que trabajar. Mientras contemplo el cuerpo inmóvil de Pierre y veo sangre tanto en su cabeza como en su espalda, me temo lo peor, y no soy la única.

—¿Está muerto? —pregunta una voz temblorosa detrás de mí.

Me giro y veo a Cecilia mirando hacia abajo. Detrás de ella, veo a alguien hablando por teléfono y supongo que está pidiendo ayuda. Luego miro a mi alrededor y veo otras caras que me observan, esperando a ver qué ocurre a continuación. Pero las caras de Alice y Evelyn no están entre ellas, aunque está por verse si eso es bueno o malo.

No tengo ni idea de cómo ha podido ocurrir. Cómo mi hija acabó haciéndose amiga de la hija de Alice y cómo todas acabamos sentadas en la misma mesa en un restaurante de París, con mi verdadera identidad al descubierto y la persona a la que una vez salvé la vida persiguiéndome por las calles con un cuchillo. Pero en

este momento lo más importante es proteger a mi hija, y eso significa ayudarla mientras intenta procesar el hecho de que el hombre al que conoce desde que tenía solo cinco años yace ahora en el suelo, herido y cubierto de sangre.

—No lo sé. Quiero decir, no, no está muerto. Solo necesita ayuda —digo, antes de levantar la voz para que los que nos rodean me oigan —. ¡Necesita ayuda! ¡Llamen a una ambulancia! ¡Por favor, ayúdenlo!

El médico que se encuentra en el suelo necesita atención urgente, y el sonido de las sirenas a lo lejos me indica que la ayuda está en camino. Han llegado rápido, pero supongo que, si vas a tener un accidente, el centro de una de las ciudades más concurridas del mundo es el mejor sitio: la ayuda nunca tarda en llegar. Hasta que lo haga, solo puedo quedarme junto a Pierre y decirle que se va a poner bien mientras rezo para que no solo me oiga, sino para que mis palabras sean ciertas.

Cecilia no dice nada más, solo se queda mirándome, arrodillada en el suelo frente a ella. Llega una ambulancia y los sanitarios descienden rápidamente para ponerse a trabajar. Me quito de en medio para que examinen al paciente y espero que dentro de un momento haya noticias positivas. Milagrosamente, parece que se cumple mi deseo, porque no confirman que el paciente esté muerto, sino que intentan moverlo con seguridad lo antes posible; le sujetan el cuello antes de colocarlo en una camilla y llevarlo a la parte trasera de la ambulancia. Me apresuro a subir con él y me dejan, al igual que a Cecilia, y las dos observamos horrorizadas y esperanzadas cómo atienden a Pierre. Las puertas de la ambulancia se cierran de golpe y nos ponemos en marcha.

Mientras corremos por las calles de París para llegar al hospital más cercano, veo cómo un par de sanitarios hacen todo lo posible para que sus compañeros de urgencias tengan algo con lo que trabajar cuando llegue el paciente. Conectan a mi marido a un monitor cardíaco, le administran oxígeno y, lo que es más aterrador, lo reaniman una vez con un desfibrilador. Se aferra a la vida, pero está en muy mal estado, y los sanitarios parecen saberlo porque cada vez que les pregunto qué está pasando o si se va a poner bien, solo me dicen que están haciendo todo lo que pueden o me piden que me

calle.

Cecilia sigue sin decir nada, así que es difícil saber en qué está pensando. Supongo, o tal vez espero, que su única preocupación sea la salud de Pierre, pero soy consciente de que, después de lo que se ha dicho en el restaurante, podría estar pensando en lo se ha dicho de mí y en el nombre con el que me han llamado. Alice me ha llamado por mi verdadero nombre, Fern, uno por el que Cecilia nunca me ha conocido, mientras que Evelyn ha dicho que yo maté a su padre.

¿Qué piensa Cecilia de todo esto?

He intentado hacerle ver que estábamos en peligro, que teníamos que salir del restaurante, y logré llegar hasta esa carretera con Pierre y Cecilia, aparentemente de mi lado, antes del accidente de mi marido. Pero, ahora, temo que todo haya terminado. Pase lo que pase con mi marido, voy a tener que enfrentarme a preguntas difíciles tanto de él como de mi hija. Pero prefiero tener a Pierre vivo para que me haga esas preguntas a que muera sin poder decirle que lo siento y que lo quiero de verdad, a pesar de mis mentiras. Así que, de momento, aparto de mi cabeza todos los pensamientos aterradores sobre el futuro y me limito a seguir rogando a los sanitarios a que lo salven.

Por desgracia, cuando llegamos al hospital, el monitor cardíaco ha dejado de mostrar signos de vida y el uso repetido del desfibrilador ya no funciona como antes. Oigo muchas frases apresuradas en francés, y mi conocimiento del idioma es lo bastante bueno como para entender una de ellas, aunque desearía no poder hacerlo cuando la oigo.

—Lo estamos perdiendo.

—¡No! ¡Seguid intentándolo! —grito con las lágrimas corriendo por mi cara, y ahora Cecilia también está llorando.

A pesar de los esfuerzos de los sanitarios, cuando se abren las puertas de la ambulancia y alguien más entra para ayudar, es obvio que la urgencia por llevarlo dentro ha terminado.

Pierre se ha ido.

Media hora más tarde, un médico del hospital me confirma su muerte, pero sus palabras no son más que un murmullo lejano para

mí, aunque hay algo que me llama la atención más que el resto.

—Policía.

Por supuesto que intervendrán, porque habrá que investigar cómo un hombre murió atropellado por un coche. Estoy segura de que el conductor del vehículo implicado ya ha sido interrogado en el lugar del accidente, y me imagino que les habrá dicho la verdad, que Pierre salió corriendo a la carretera junto con otras dos personas. Es posible que algunos testigos también hayan hablado con la policía y corroborado esa versión, pero posiblemente hayan mencionado que las personas que vieron correr hacia la carretera estaban siendo perseguidas. La policía querrá hablar conmigo para saber por qué corríamos, y no tengo ni idea de lo que voy a decirles cuando me pregunten. Tampoco tengo ni idea de si Alice y Evelyn van a hablar con la policía, pero ahora mismo no puedo pensar en eso porque acabo de perder a mi marido y mi hija ha perdido al hombre al que quería como a un padre. Por eso, me aseguro de quedarme con ella mientras nos llevan a una habitación privada. Quiero asegurarme de que está bien antes de preocuparme por la policía.

—Ven aquí —le digo, intentando abrazarla, pero ella retrocede cuando me acerco.

—¡Aléjate de mí! —grita Cecilia, con cara de enfado—. ¡No me toques hasta que me digas la verdad!

—¿La verdad?

—¿Quién eres?

—¿Qué? Soy tu madre.

—¿Por qué te llamaron Fern? ¿Y por qué Tiffany, Evelyn o como se llame dijo que habías matado a su padre?

Supongo que ya no puedo evitar esta conversación.

—No lo sé. Yo…

Mi reacción natural para evitar los problemas siempre es mentir, y solo cuando la mentira no funciona recurro a la violencia. Pero esto es diferente. Se trata de mi hija, así que es más difícil mentirle, sobre todo ahora que ha crecido. Y, en cuanto a la violencia, nunca le haría daño, sin importar si se trata de proteger mi secreto o no. Por eso detengo la línea de pensamiento que estaba teniendo, aquella en la que iba a fingir que no sabía nada, y cambio de táctica.

Porque, ahora que Pierre está muerto, no veo cómo esto podría empeorar, sobre todo después de lo que Cecilia dice a continuación.

—Si no me dices la verdad, no volverás a verme —me dice mi hija, dejándome claro lo que pasará si intento colarle otra mentira. Así que no lo haré. ¿Para qué? Ella ya sabe mi nombre real y lo que he hecho; no tardará mucho en rellenar los huecos buscando en Internet. Así que allá voy…

—No he sido sincera contigo —empiezo, sintiéndome aún más nerviosa que antes de que Drew muriera y yo pasara de ser una inocente ciudadana a una criminal—. Te dije que nos habíamos ido de Inglaterra porque mi pareja me maltrataba. Pero eso no era cierto. La verdad es…

Esto es muy duro. Más duro que quitarle la vida a alguien, o al menos eso me parece en este momento, en esta parte tranquila y privada del hospital, en cuyas salas se están salvando tantas otras vidas.

—La verdad es que nos fuimos de Inglaterra porque yo huía de la policía —digo, temblando mientras hablo—. Y sigo huyendo a día de hoy.

—¿Estás huyendo? ¿Qué hiciste?

¿Por dónde empiezo?

—Cometí algunos errores. Manejé las cosas de la peor forma. Yo…

—¿Qué hiciste?

Cecilia no me va a dejar ser imprecisa.

—Descubrí que mi marido tenía una aventura. Así que ideé un plan para que lo mataran y para que inculparan a su amante.

Cecilia parece horrorizada, pero ni siquiera sabe la mitad de la historia, aunque ella misma empieza a rellenar algunos huecos.

—¿Era el padre de Evelyn? —me pregunta. Y, cuando asiento con la cabeza, se imagina que la mujer que ha conocido en la cena de esta noche debe ser con quien me engañó mi difunto marido.

Ya sabe mucho más de lo que nunca quise que supiera, pero, por el momento, no parece haberse dado cuenta de que soy la viuda del médico que se hizo tristemente célebre en los periódicos británicos.

—Mataste a tu marido e inculpaste a su amante —dice, repitiendo los hechos para sí misma—. ¿Por eso huiste? ¿Por eso he pasado

toda la vida escuchando que Inglaterra era un lugar peligroso al que nunca podría ir?

—Intentaba protegernos.

—¡Intentabas protegerte a ti misma! —grita Cecilia, con lágrimas en los ojos al descubrir quién es su madre en realidad—. ¡Eres una egoísta! Has arruinado la vida de varias personas y me has mentido todos los días, ¡y ahora Pierre está muerto por tu culpa!

—¡No ha sido culpa mía! Yo no lo he perseguido hasta la carretera —intento justificarme, pero sé que es inútil porque, por supuesto, yo tengo la culpa, y Cecilia lo sabe.

Antes de que pueda decir nada más, y antes de que tenga que tomar la sombría decisión de si le cuento o no algo más, incluido lo que le ocurrió realmente a su padre, nos interrumpe un agente de policía que entra en la habitación.

—Necesito hacerles algunas preguntas —dice el hombre. Parece tenso, tal vez porque es consciente de que acabamos de perder a un ser querido y de que tiene que añadir más estrés a nuestras vidas. Pero no tiene ni idea de cuánto estrés estamos soportando en realidad.

Sí, estamos de luto por Pierre, pero también por algo más.

Estamos de luto porque ya no somos la madre e hija cariñosas que creíamos ser. Y las cosas solo pueden empeorar a partir de ahora, empezando por la primera pregunta del agente de policía.

—¿Por qué el fallecido salió corriendo a la carretera?

29

CECILIA

He visto morir delante de mí a un hombre al que he amado durante casi toda mi vida, y luego he descubierto que mi madre es una mentirosa patológica, capaz no solo de tramar el asesinato de alguien, sino también de salir impune.

Así que la pregunta es: ¿por qué la estoy ayudando en este momento?

—Nos pareció oír a alguien gritar la palabra terrorista detrás de nosotros —digo en respuesta a la pregunta del policía sobre por qué corrimos hacia el tráfico.

—¿Terrorista?

—Sí, hubo una situación de pánico. Pensé que otras personas estaban corriendo. Todo ocurrió muy rápido. No sé qué estaba pasando.

Miro a mamá para que entienda que debe seguir con la mentira y, como era de esperar, dado lo buena que es en esto, no duda ni un instante.

—Pensamos que estábamos en peligro —dice—. Intentamos cruzar la calle lo más rápido que pudimos, pero atropellaron a Pierre y…

Su voz se entrecorta ahora porque todos sabemos lo que ocurrió después, pero ya ha dicho todo lo que tenía que decir y, lo que es más importante, ha omitido lo que debía omitir. Ninguna de las dos menciona el hecho de que nos perseguían porque acababan de desenmascarar a mi madre como la criminal que es. La estoy ayudando porque creo que hay mucho más que necesito saber sobre todo esto, y solo tendré la oportunidad de hablar con mamá y obtener esas respuestas si no es arrestada por este policía. Puede que quiera que la detengan en el futuro si considero que sus mentiras son demasiado para mí, pero, por ahora, quiero que siga libre para que me lo cuente todo y pueda hacerle saber lo que se siente cuando te han mentido durante años.

—Ninguno de los testigos ha dicho nada sobre una situación de pánico ni sobre haber oído la palabra terrorista —dice el policía, y es difícil saber si se limita a constatar un hecho y nada más, o si está dejando caer con toda la calma del mundo que duda de nuestra versión de los hechos. Pero mamá y yo compartimos una mirada antes de mantener nuestra historia.

—Como he dicho, todo sucedió muy rápido. No sabía muy bien lo que estaba ocurriendo —repito, antes de pasarme una mano por la cara, cansada, con la esperanza de que el policía capte la indirecta: estoy emocionalmente agotada y debería dejarnos a solas un rato. Por suerte, lo hace y nos da el pésame antes de mencionar que tenemos que hacer declaraciones oficiales en un momento más adecuado. Y nos deja solas. Aunque mamá respira aliviada, yo no tardo en dejarle claro que esto aún no ha terminado.

—Pierre era un buen hombre —digo con firmeza—. Y está muerto por tus mentiras. Nunca habría estado contigo si hubiera sabido lo que habías hecho.

—¿Crees que no lo sé? —pregunta mamá, sorprendiéndome—. Soy muy consciente de que me habría odiado, igual que todo el mundo en Inglaterra también me odia. Pero yo intentaba que tuviéramos una buena vida. Quería que disfrutaras de una infancia lo más normal posible. Eso significaba que debía llevarte a un lugar nuevo, seguro, y construir allí una vida para las dos. También significaba permitirme volver a confiar en otro hombre para que tuvieras una figura paterna.

—¡Pero le quitaste la figura paterna a otra persona! —grito—. Alguien perdió a su padre por tu culpa.

Entonces me doy cuenta de que mamá también me ha mentido sobre mi padre. Si no era un exnovio maltratador, ¿quién era?

—¿Dónde está mi padre? —pregunto, nerviosa—. ¿Qué le ocurrió?

—Cecilia, por favor…

—¿Dónde está? —repito, sin ganas de soportar sus tácticas evasivas.

—No lo sé —es su respuesta.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Por favor, créeme cuando te digo que es mejor que no me hagas

hablar de esto.

—¿Mejor para quién? ¿Para mí o para ti?

—¡Para las dos! ¡Te quiero y estoy tratando de mantener esta familia unida!

—¿Qué familia?

Mi pregunta hace que mamá se calle, pero no intento endulzar lo que acabo de decir.

—Esta no es una familia de verdad. No conozco a mi madre ni a mi padre. Al menos mi padre tiene una excusa para ser un extraño para mí. Nunca lo he visto y no sé si alguna vez lo haré. ¡Pero a ti te conozco de toda la vida y sigues siendo una extraña! Eres una mentirosa y no solo has arruinado la vida de otras personas, ¡también has arruinado la mía!

Ya no aguanto más a mamá y necesito salir de esta habitación, sobre todo porque es obvio que no está dispuesta a contarme nada más. También es obvio que ocurrió algo terrible con papá; pero, si ella no quiere contarme la verdad, conozco a un par de personas que seguro que lo harán. Sin embargo, antes de que pueda escapar, mamá viene detrás de mí y me detiene en la puerta, impidiendo que salga al pasillo.

—Cecilia, por favor. Cálmate y hablemos de esto.

—¡Estoy tratando de hablar de ello, pero no me estás diciendo la verdad, y te dije lo que ocurriría si lo hacías! ¡Me voy!

Intento apartarme, pero mamá me sujeta del brazo con fuerza.

¿Desde cuándo es tan fuerte?

—Intento protegerte —dice mamá—. ¿Por qué no me dejas hacerlo?

—¿Protegerme de qué?

—¡De todo!

Es una respuesta vaga que no me dice nada, así que ¿qué sentido tiene quedarme?

—¡Suéltame! —grito.

Y, aunque mamá se niega, no tiene más remedio que soltarme cuando una enfermera pasa por delante de nuestra habitación y gira la cabeza para ver a qué viene tanto alboroto. Apenas me suelta, salgo corriendo por el pasillo. Oigo a mamá llamándome para que

vuelva y a la enfermera preguntándole si todo va bien, pero no me detengo. Corro por el hospital, intentando encontrar la salida a través de este laberinto de pasillos. Al final lo consigo y aspiro grandes bocanadas de aire fresco una vez fuera, donde veo varias ambulancias aparcadas, así como unos cuantos pacientes sentados en bancos o en sillas de ruedas, fumando, charlando o simplemente descansando del lúgubre ambiente del interior. Puede que ellos salgan de aquí con vida, pero Pierre nunca lo hará, y me siento mal al pensar que su cuerpo se enfría mientras yace en una cama en algún lugar del edificio que hay detrás de mí. Eso solo hace que quiera alejarme aún más rápido de este lugar, así que paro un taxi y, una vez dentro, es un alivio no ver a mamá salir corriendo para impedir que el conductor me lleve.

No puedo relajarme una vez que estamos en la carretera porque esto aún no ha terminado. Ni siquiera está cerca de terminar, y no sé cómo lo hará. Lo único que sé es que mamá no es quien dice ser, y quiero saber más. Pero no puedo confiar en que no mienta. Tengo que descubrirlo de alguien que me diga la verdad, por dolorosa que sea, y por eso tengo que encontrar a Tiffany, o Evelyn, que al parecer es su verdadero nombre. Podrían estar en cualquier parte de la ciudad, y es muy posible que planeen abandonarla pronto, basándose en el hecho de que persiguieron a un hombre por sus calles hasta que murió. Pero en algún momento Evelyn regresará al apartamento para recoger sus cosas. Su pasaporte está allí, por lo que no puede salir de París, lo que significa que existe la posibilidad de que me encuentre con ellas en el apartamento antes de que desaparezcan, tal vez para siempre.

Si llego a ellas, quizá sepa por fin la verdad, no solo sobre mamá, sino sobre mi vida.

Si las pierdo, me quedaré con preguntas que podrían perseguirme hasta el final de mis días.

No tengo elección.

Tengo que encontrar a Evelyn antes de que se vaya.

O antes de que mamá la encuentre primero y la silencie.

30

EVELYN

Por mucho que lo intento, no puedo quitarme la imagen de la cabeza.

La imagen de ese hombre volando por los aires antes de aterrizar con fuerza en el asfalto.

Tiene que estar muerto, es imposible que haya sobrevivido a eso. El coche iba demasiado rápido; el impacto al aterrizar ha sido terrible y no se ha levantado. Ni siquiera se ha movido.

He visto morir a un hombre delante de mí.

Mi cuerpo está frío, tembloroso y débil, y supongo que esto es lo que se siente cuando estás en shock. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que he visto que atropellaban a ese hombre, pero todo lo que ha ocurrido desde entonces está borroso.

—¡Tenemos que irnos! —insiste mi madre mientras tira de mi mano, la que no sostiene un cuchillo—. ¡Evelyn, rápido! ¡Tenemos que salir de aquí ya!

Comprendo la urgencia, pero me resulta imposible apartar la vista de lo que tengo delante. Miro fijamente el cuerpo tendido en medio de la carretera y rezo para que dé señales de vida, cualquier señal, para saber al menos que no he perseguido a este hombre hasta su muerte sin querer. No se ha movido, así que no he podido conseguir esa confirmación que tanto necesito. Todo lo que tengo son los hechos, que son que lo he perseguido hasta el tráfico mientras corría con un cuchillo en la mano detrás de su mujer, y que por eso está muerto. Técnicamente, soy culpable de lo ocurrido.

Pero no solo lo sé yo. Mamá también lo sabe, por eso está tan desesperada por sacarme de aquí lo antes posible.

—¡Evelyn! ¡Escúchame! ¡Tenemos que irnos o te arrestarán! ¿Quieres ir a prisión?

Solo ahora soy capaz de apartar los ojos del cadáver y miro a mamá, que tiene miedo por mí. Sé que tiene razón. Debo huir o me

culparán de esto. Pero, en realidad, no es culpa mía. Es culpa de la mujer que ahora se está acercando al cadáver.

Fern regresa corriendo a la congestionada carretera, esquivando los vehículos detenidos mientras intenta llegar a su marido lo más rápido posible, y veo lo disgustada que está por lo que acaba de ocurrir. Sé que ella es la culpable de esto porque yo la estaba persiguiendo, y por una buena razón. Ella es la famosa Fern Devlin, la mujer que mató a mi padre. Lleva prófuga desde entonces. Pero ahora sé cómo se siente, porque acabo de matar a alguien.

Ahora yo también corro.

Sigo a mamá mientras me arrastra lejos de la escena, lejos del cuerpo, de Fern, de Cecilia, de los conductores y peatones y de cualquiera que pudiera haber visto lo ocurrido. También me aleja de los sanitarios que están de camino y de los policías que vienen a detener a alguien por este incidente. Seguimos corriendo hasta que estamos a una distancia segura del lugar de los hechos, y solo nos detenemos cuando le digo a mamá que ya no puedo correr más. Pero no es el cansancio lo que me hace parar. Es la sensación de estar sobrepasada por todo lo que ha ocurrido. Necesito un respiro. Necesito un minuto. Por desgracia para mí, mamá sigue insistiendo en que tenemos que seguir.

—Debemos salir de París lo antes posible —dice, mientras oigo sirenas a lo lejos—. Tenemos que ir al aeropuerto y coger el primer vuelo que salga de aquí. O el Eurostar. Lo que sea más rápido. Pero tenemos que irnos, ¡y tenemos que hacerlo ya!

Mamá parece pensar que nuestro próximo paso es sencillo, pero ¿cómo puede serlo cuando aún hay tantas cosas sin resolver?

—¿Y Fern? —pregunto.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Se escapará otra vez!

—¡No me importa! ¡Tenemos que escapar o nos culparán de lo que acaba de ocurrir!

—¡Pero fue culpa suya! ¡Tuve que perseguirla! ¡Por papá!

Para mí tenía mucho sentido en aquel momento ir a por Fern, aunque fuera peligroso y una estupidez, porque ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Encogerme de hombros y decirle a Fern que todo

estaba perdonado? No soy como mamá. Puedo hacerlo mejor que eso. O al menos eso creía.

Las sirenas siguen llenando la noche e imagino que los sanitarios ya están en el lugar, intentando reanimar a la víctima. ¿Tendrán éxito? Necesito saberlo, pero a mamá no parece importarle.

—¿No lo entiendes? Esto es lo que intenté decirte cada vez que me echaste en cara que hubiera dejado escapar a Fern la última vez. ¡Esa mujer va dejando cadáveres por donde pasa! No sirve de nada intentar detenerla porque siempre hay alguien que acaba sufriendo, y nunca es ella. Ahora ese hombre podría estar muerto, y nos culparán a nosotras, y ella desaparecerá como siempre. Siempre se sale con la suya. ¡Pero no voy a dejar que te mande a la cárcel como hizo conmigo! ¡Tenemos que irnos ahora!

Mamá vuelve a tirar de mi mano, pero esta vez me agarra la que tiene el cuchillo, y lo suelto. Suena con fuerza al caer al suelo y atrae la atención de un peatón que camina por la acera de enfrente. Mamá lo recoge rápidamente y me dice que tenemos que deshacernos de él porque no nos conviene que la policía nos encuentre con algo así. Luego lo tira a una papelera antes de instarme a que me mueva de nuevo.

Ahora me doy cuenta de que tiene razón. Entiendo por qué dejó a Fern. Las desgracias persiguen a esa mujer, y esto es malo, muy malo. Las sirenas son la prueba de ello. Durante gran parte de mi vida, he querido vengar a mi padre, un hombre al que nunca conocí y que lleva años muerto. Pero ahora veo que debería haberme centrado más en mi madre, una mujer que ha dedicado gran parte de su vida a criarme. Tengo que asegurarme de que las dos estamos a salvo: somos las únicas que aún estamos vivas y a las que Fern podría hacer daño, algo que mamá lleva años intentado decirme.

—Vale —digo, aceptando el plan de mamá de que nos vayamos de París lo más rápido posible, antes de que las cosas empeoren. Pero entonces me doy cuenta de que hay un pequeño problema—. ¡Mi pasaporte! —exclamo—. ¡Está en el apartamento!

La cara de mamá se ensombrece cuando se da cuenta de que no tengo lo único que necesito para salir del país.

—Tendremos que ir a buscarlo —digo, y realmente no tenemos otra

opción.

—¡Rápido! —grita mamá—. ¿Por dónde es?

Señalo la dirección y echo a correr con mamá detrás mientras las sirenas suenan cada vez más cerca.

Solo tardamos cinco minutos en llegar al apartamento, y me alegro de tener aún la llave de Antoinette para entrar, de lo contrario, estaríamos en serios problemas. Una vez dentro, me apresuro a coger mi bolso y compruebo que el pasaporte está en su sitio. Lo encuentro guardado en el bolsillo interior y, cuando mamá lo ve, me dice que debemos irnos. Muchas de mis cosas están esparcidas por el apartamento, como mi ropa y mis artículos de aseo, así que empiezo a recogerlas también.

—¿Qué haces? ¡Vámonos!

Mamá me arrastra hacia la puerta y estamos a punto de salir cuando…

—¡Antoinette!

Casi se me cae el bolso de la sorpresa cuando veo a mi amiga fuera. No la he visto desde que la dejamos en el restaurante y, hace solo un segundo, nunca pensé que volvería a verla.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunta Antoinette, enfadada —. ¿Qué fue todo eso que dijisteis en el restaurante?

Por loco que sea, me doy cuenta de que Antoinette solo sabe la mitad de lo que ha ocurrido esta noche y no tiene ni idea del accidente de Pierre. Eso es bueno, pero sigue siendo malo que haya interrumpido nuestra huida, y no sé qué decirle.

—Es una larga historia, pero tenemos que irnos —dice mamá, respondiendo por mí, y tira de mi brazo para pasar junto a Antoinette.

—¿Una larga historia? ¿Qué está pasando? —Antoinette llora, pero parece que el plan es ignorarla y salir de aquí… Y parece que está funcionando.

Hasta que alguien más llega al apartamento.

31

CECILIA

No sabía a dónde ir cuando dejé a mamá en el hospital, así que volví directamente al apartamento, y menos mal que lo hice, porque si no, no me habría encontrado con Evelyn y Alice intentando escapar. Las dos parecen sorprendidas de verme, pero a mí no me sorprende verlas tratando de marcharse de aquí lo más rápido posible.

—¿A dónde vais? —les pregunto cuando se detienen al verme, con sus maletas listas y Antoinette justo detrás.

Ni Alice ni Evelyn dicen nada, así que vuelvo a preguntarles, intentando mantener la calma.

—¿A dónde vais?

—¿Está bien? —pregunta Evelyn, lo que al menos demuestra que le importa el lío que acaba de causar.

—¿Tú qué crees? —respondo con frialdad.

Evelyn capta el mensaje y se le llenan los ojos de lágrimas cuando empieza a asimilar la magnitud de lo sucedido. Pero, por si acaso aún cree que hay esperanza, se lo aclaro.

—Está muerto. He dejado a mamá en el hospital con él. Bueno, con él y con la policía.

—¿Pierre ha muerto? —pregunta Antoinette, horrorizada, y yo asiento con tristeza.

—¿La policía? —dice Alice, tan afectada como su hija.

—Sí. Tienen muchas preguntas sobre lo ocurrido.

—Oh, Dios —murmura Evelyn.

—Pero no tantas como las que tengo yo —añado antes de que Evelyn se angustie más.

—Sentimos mucho lo que ha ocurrido. No queríamos que Pierre resultara herido —asegura Alice—. Ha sido un accidente. Estábamos en shock. Jamás imaginamos que…

—Dime la verdad sobre mi madre —la interrumpo—. Es lo único que quiero. Si lo haces, tal vez os deje marchar antes de que la

policía os encuentre.

Puede que estar de pie en la calle, en la puerta del edificio, no sea el mejor lugar para mantener esta conversación, pero no creo que haya ningún sitio que haga esto más fácil, así que espero a que Alice o Evelyn me cuenten la verdad, por horrible que sea.

—Tu madre hizo cosas terribles —dice Alice—. Hizo daño a muchas personas, incluyéndome a mí. Pero yo soy de las afortunadas. Sigo viva. Muchos otros no.

—Como tu padre —le digo en voz baja a Evelyn, y ella asiente.

—Tuve una aventura con el marido de Fern —continúa Alice—. Fue culpa mía y asumo mi parte de responsabilidad por ello, pero nunca podría haber imaginado lo que haría Fern si se enteraba. Y se enteró. Jamás habría pensado que conspiraría con Rory, mi marido en ese momento, para matar a Drew. Y después mató a Rory. Me inculpó por la muerte de Drew y acabé en la cárcel, y parecía que estaría allí para siempre. La única razón por la que salí fue porque alguien me ayudó.

Alice deja de hablar, claramente a punto de decir algo aún más difícil que todo lo anterior.

—Fue tu padre —me dice por fin—. Él fue quien me sacó de la cárcel. Pero perdió la vida por ello. Fern lo mató. Lo hizo cuando se dio cuenta de que la había engañado para que confesara sus crímenes. Fue entonces cuando se dio a la fuga.

La gravedad y el horror de lo que ha sido capaz de hacer mi madre me golpean como una avalancha, y cualquier pensamiento que tuviera de que se trataba de algún tipo de error o reacción exagerada desaparece en un instante. Es terrible. El último recuerdo que tengo de mi madre como madre cariñosa se desvanece en una fracción de segundo, cuando me doy cuenta de la clase de persona que es en realidad.

—¿Cómo se ha salido con la suya durante tanto tiempo? —pregunto—. ¿Cómo es posible que la policía no la atrapara?

—Es muy inteligente —dice Alice, casi con respeto—. Y ha tenido suerte. Es una combinación de varias cosas, pero siempre ha logrado escapar.

—Podrían haberla detenido —interviene Evelyn, mirando a su

madre.

—Tuve la oportunidad de entregarla una vez —me confiesa Alice—, cuando tú eras solo un bebé. Pero la dejé escapar.

—¿Por qué? —pregunto, asombrada de que todo esto pudiera haber acabado cuando yo era demasiado pequeña para recordarlo.

—Salvó la vida de mi hija —dice Alice, mirando cariñosamente a Evelyn—. No podía castigarla después de aquello, así que le di una oportunidad. La dejé ir y desapareció. No la he visto desde entonces. Hasta esta noche.

Lo proceso todo en el escaso tiempo de que dispongo, antes de hacer la pregunta más obvia.

—¿Y todavía estás dispuesta a dejarla escapar? —le pregunto a Alice, y ella asiente.

—Sí. No puedo odiarla, a pesar de todo lo que ha hecho, porque sin ella Evelyn no estaría aquí.

Miro a Evelyn, porque sospecho que tiene una opinión diferente por cómo persiguió a mamá fuera del restaurante.

—¿Y tú qué piensas? —pregunto—. ¿Vas a dejar que se escape otra vez?

—Debe pagar por lo que hizo —responde Evelyn, que parece asustada, pero con una determinación evidente en su voz—. Puede que me salvara la vida, pero acabó con la de otros, y eso no está bien.

Parece que Evelyn tiene más que decir sobre este asunto, pero el sonido de una sirena a lo lejos la hace reaccionar.

—No quiero meterme en problemas —dice, temiendo la llegada de la policía—. Siento lo que ha pasado esta noche.

Tanto Alice como Evelyn tienen miedo de las consecuencias de la muerte de Pierre, y no puedo culparlas, porque debe ser aterrador estar en otro país y temer que te arresten. Nada de esto es culpa suya en realidad. Mucho de lo que ha ocurrido en sus vidas ha sido una reacción a algo que hizo mi madre. Puede que todo empezara con la aventura de Alice, de la que se arrepiente, pero ha terminado aquí, con varias personas inocentes pagando por los errores de mi madre.

No digo nada y me hago a un lado, despejando el camino para que

Alice y Evelyn salgan y se marchen, como estaban haciendo antes de que las interrumpiera. Supongo que su destino es el aeropuerto, o tal vez a la estación de tren, pero, sea donde sea, no quiero retrasarlas más, no ahora que me han contado la verdad.

Alice parece ansiosa por irse y da un paso adelante, pero Evelyn no quiere marcharse tan deprisa.

—¿Y la policía? —me pregunta, nerviosa.

—Yo me ocuparé de ellos —le digo, esperando que eso le dé algo de tranquilidad durante su viaje de vuelta a casa.

—¿Y tu madre? —me pregunta con inquietud.

—Déjamela a mí —respondo con frialdad, antes de atravesar la puerta para entrar, dejando atrás a Alice y a Evelyn para que puedan escapar.

Antoinette me sigue al apartamento y sé que tendrá un millón de preguntas. Y la primera que me hace es bastante dulce.

—¿Estás bien? —quiere saber.

Y, aunque podría haber contenido las lágrimas si me hubiera preguntado por mamá, por Pierre o por cualquiera de las cosas horribles que he descubierto esta noche, es justo esa pregunta la que derrumba mis defensas y, antes de darme cuenta, estoy llorando sobre el hombro de mi mejor amiga. Tardo un rato en calmarme, pero, cuando lo hago, Antoinette empieza de nuevo con las preguntas, aunque yo no estoy de humor para responderlas. Quizá la más importante sea qué planeo hacer a continuación, pero, aunque no se lo digo, ya tengo algo en mente. Por eso entro en mi habitación y, cuando mi amiga no está mirando, guardo mi pasaporte en una pequeña mochila junto con algo de ropa y mi cartera.

—Necesito dar un paseo y despejarme —digo cuando salgo de mi habitación. Antoinette se ofrece a acompañarme, pero me niego—. Ahora mismo necesito estar sola —respondo, antes de decirle que no tardaré en volver, porque la policía vendrá pronto a hacerme más preguntas.

—¿Qué le digo a tu madre si vuelve y pregunta dónde estás? —pregunta Antoinette mientras abro la puerta, y es una buena pregunta.

—Dile que aún no quiero verla —le digo, con la mochila al hombro —. Le avisaré cuando esté preparada.

Salgo y echo a andar calle abajo, con paso ligero y la mente concentrada, a pesar de lo caótica que ha sido esta noche. Habría pensado que, en una situación como esta, mis pensamientos serían erráticos y no tendría ni idea de qué hacer a continuación, pero no ha sido así. Sé bien lo que tengo que hacer, y aunque la idea me aterroriza, creo que es lo correcto. Eso no significa que sea lo mejor, pero aún está por verse cómo evoluciona todo.

Sigo andando hasta llegar a la estación, entro y miro las pantallas de salidas. A pesar de mi gran desgracia de esta noche, parece que la suerte está ahora de mi lado porque hay un tren que sale dentro de treinta minutos. No pierdo el tiempo: me dirijo a la taquilla y compro un billete de ida. Luego me pongo en la fila y, cuando llega el momento, enseño mi pasaporte al agente de fronteras, que me desea buen viaje. Pero no soy una turista, a pesar de la mochila que llevo al hombro y del hecho de que estoy subiendo a un tren que me llevará a otro país.

No voy a Inglaterra a ver los monumentos.

Me voy a Inglaterra para acabar con todo esto de una vez por todas.

Mamá me odiará por lo que estoy a punto de hacer.

Pero, ahora mismo, yo también la odio.

Así que supongo que estaremos en paz.

32

FERN

—Contesta al teléfono, tonta —digo en voz alta, enfurecida porque otra de mis llamadas va directa al buzón de voz de Cecilia.

No consigo que mi hija coja el teléfono y, mientras así sea, no tengo ni idea de dónde está ni de lo que está haciendo, lo cual es preocupante por muchas razones. Me preocupa su estado mental tras la muerte de Pierre, porque es un trauma que no es fácil procesar en poco tiempo. También me preocupa ella, porque esta noche ha descubierto algunas cosas impactantes sobre mí, y no sé cómo estará afrontándolo. Pero también soy egoísta y me preocupo por mí, porque ¿y si mi hija ha decidido ir a una comisaría y contarles todo lo que ha ocurrido esta noche? Seguro que sería un cruel giro del destino que, después de evitar a la policía británica durante tanto tiempo, así como a varias de las personas a las que he perjudicado con mis crímenes, acabe siendo mi propia sangre quien me entregue. Hasta que no sepa qué va a hacer Cecilia, es imposible dejar de imaginarme a un detective entrando en esta habitación de hospital para decirme que mi tiempo como fugitiva ha terminado.

Y entonces veo a una detective de verdad justo delante de mí.

—Soy la detective Mathieu. ¿Puedo hablar con usted? —me pregunta la mujer de pelo corto y negro.

Y entro en pánico al instante, temiendo que haya ocurrido lo peor y que mi hija me haya entregado a la policía. Pero aún no veo esposas por ninguna parte y, tras tomar asiento, la detective me invita a hacer lo mismo en la silla que hay frente a ella. Llevo un rato dando vueltas por esta habitación, desde que Cecilia se fue y una enfermera me dijo que podría ver el cuerpo de Pierre una vez terminasen de examinarlo. Podría haber huido de aquí, pero no lo he hecho por dos razones. Una es que quiero despedirme de Pierre y que mi último recuerdo de él no sea su imagen muriendo en la parte trasera de una ambulancia. Y la otra razón es que todavía tengo la

esperanza de que mi hija vuelva y, cuando lo haga, quiero oírla decir que entiende por qué hice todo aquello y que me perdona. Puede que esté siendo demasiado optimista con lo segundo, pero no quiero perder la esperanza, y mientras me siento frente a la detective, deseo que esta conversación salga lo mejor posible.

—Siento mucho su pérdida —dice la detective Mathieu mientras pienso en que parece demasiado joven para tener una conversación tan seria como esta. Debe tener unos treinta años, y seguro que hay un millón de trabajos mejores que este que no impliquen estar sentada en una habitación como esta hablando con la viuda de un médico. Tal vez le guste lo que hace, y tengo la sensación de que es así cuando veo un brillo en sus ojos al explicarme cómo van a proceder con la investigación sobre la muerte de mi marido.

—Estamos revisando las cámaras de seguridad de la calle donde se produjo el accidente, así como las de los alrededores, y confío en que pronto tendremos una idea más clara de lo que ocurrió —afirma —. Según le comentó a mi compañero, le pareció que hubo un momento de pánico y que empezó a correr, así que vamos a intentar determinar qué lo provocó y si alguien más salió corriendo.

—Pensé que solo había sido un accidente —digo en voz baja, mirando los zapatos de la detective.

—Tal vez, pero debemos investigar todos los detalles. Le informaremos en cuanto tengamos más información.

Se supone que eso debería reconfortarme en un momento como este, pero solo me hace sentir peor, porque no quiero que la policía revise esas cámaras. Si lo hacen, podrían ver a Alice y a Evelyn corriendo detrás de nosotros, y sabrían que ellas fueron la razón por la que Pierre se metió en medio del tráfico. Después, solo tendrían que encontrarlas y preguntarles qué ocurrió, y si dicen la verdad, estoy jodida.

La detective me da el pésame una vez más antes de marcharse, pero tengo la sensación de que yo tampoco debería quedarme aquí mucho tiempo, no si la policía ya está buscando a Alice y a Evelyn. ¿Dónde están ahora? Al igual que ocurre con Cecilia, no tengo ni idea, y es aterrador que mi destino esté tan fuera de mi control. Lo único que puedo controlar ahora es si me quedo aquí o si me voy.

Me levanto, pensando que irme tiene que ser mejor que quedarme a esperar a que me detengan. Pero, justo cuando salgo de la habitación, me encuentro con la enfermera, que me trae novedades sobre el cuerpo de mi marido.

—Si está preparada, puede verlo ahora —me dice, con una mirada compasiva, como si se le rompiera el corazón al verme ahí, de pie, sin fuerzas.

Debería irme, pero también debería ver a mi marido por última vez, y tendré que correr el riesgo de que me arresten para ser una buena esposa.

—De acuerdo —murmuro, antes de que la enfermera comience a guiarme a lo largo de varios pasillos. Se detiene solo una vez que estamos frente a una puerta, detrás de la cual yace el cuerpo de mi difunto marido.

—Tómese el tiempo que necesite —me dice la enfermera, tocándome suavemente el hombro un momento antes de dejarme sola. Me quedo mirando el pomo de la puerta durante varios segundos antes de respirar hondo y entrar.

La habitación es fría y metálica, despojada de toda identidad y vida, que es probablemente lo que la convierte en un buen lugar para almacenar a los muertos. Lo único que hay es el cuerpo de Pierre sobre una camilla de acero, aunque en este momento está cubierto por una sábana blanca, lo que me permite unos momentos más para recomponerme antes de quitarla y enfrentarme a lo que hay debajo.

Con mano temblorosa, levanto con cuidado la mitad superior de la sábana y, cuando lo hago, veo ante mí el rostro pálido e inmóvil de Pierre. Tiene los ojos cerrados y le han limpiado la sangre del pelo, lo que le da un aspecto pulcro y aseado. Siempre fue un hombre inteligente, y lo parece incluso muerto. Suelto la sábana cuando llego a su pecho; no necesito ver más partes de su cuerpo que la cabeza y los hombros, porque no quiero saber qué heridas tiene más abajo. Entonces, al mirar el rostro sin vida de mi pobre marido, digo lo único que puedo que decir.

—Lo siento mucho. Todo esto es culpa mía.

Una lágrima solitaria cae de mi cara a la sábana blanca que tengo

debajo, y me seco las mejillas para evitar que caigan más sobre él.

—Eras un hombre bueno. Gracias por amarme a mí y por querer a mi hija.

Tengo que secarme la cara otra vez.

—Te voy a echar mucho de menos. No sé qué va a pasar ahora, pero, acabe donde acabe, siempre estarás en mis pensamientos, te lo prometo.

Con delicadeza, destapo la mano de Pierre, la agarro y le doy un suave apretón, aunque sé que no podrá sentirlo. Permanezco así durante varios minutos, sin decir nada más, hasta que susurro:

—Te quiero.

Cuando salgo de la estancia, ya no me molesto en secarme las lágrimas porque caen demasiado deprisa, y paso junto a la enfermera, que me ofrece un pañuelo, aunque no lo cojo. Continúo caminando hasta que llego a la salida, donde solo me detengo para llamar de nuevo a Cecilia. Pero sigue sin contestar, así que solo puedo dejar un mensaje de voz.

—Lo siento mucho. De verdad que lo siento. Por favor, perdóname. No quiero huir de nuevo, y no lo haré si dices que todavía quieres verme. Solo necesito saberlo. Por favor, llámame.

Cuelgo y empiezo a caminar, pensando que encontraré un taxi en algún sitio. Mientras camino, rezo para que mi teléfono suene y sea mi hija diciéndome que sí quiere volver a verme. Hasta entonces, me pregunto dónde estarán Alice y Evelyn y si la policía las habrá encontrado ya, o si ellas habrán ido a una comisaría por su propia voluntad.

Espero que no.

Espero que tengan un poco de sentido común y salgan de París lo antes posible, evitando cualquier escrutinio de la policía sobre lo ocurrido con Pierre.

«Por favor, volved a Inglaterra y dejadme en paz —rezo en silencio mientras me subo a un taxi—. Por favor, dejadme vivir en paz lo que me queda de vida».

33

ALICE

Ha habido muchas ocasiones en las que Arberness me ha recordado momentos oscuros de mi vida, pero puedo decir sin temor a equivocarme que me alegro de estar aquí ahora. De hecho, me sentí aliviada cuando regresé hace treinta y seis horas, después de aterrizar en Manchester y hacer el resto del viaje de vuelta a casa. El tiempo que tardamos Evelyn y yo en embarcar en nuestro vuelo desde París fue angustioso, y no sabía si lograríamos salir del país hasta que el avión se alejó de la puerta de embarque y los motores se encendieron. Incluso entonces, temí que el piloto recibiera una llamada de la torre de control diciéndole que abortara el despegue porque había dos pasajeras a bordo con las que la policía quería hablar. Me imaginé que me sacaban esposada del avión junto a mi hija mientras el resto de los pasajeros observaban por las ventanillas cómo nos llevaban por la pista y nos metían en la parte trasera de un coche de policía. A partir de ahí, temía que nos mostrasen las imágenes de las cámaras de seguridad en las que ambas perseguíamos a Pierre hasta su muerte, y que luego nos arrestaran por homicidio involuntario o por el cargo que la fiscalía considerara más apropiado.

Nada de eso ocurrió. Logramos embarcar sin problemas y el avión despegó a la hora prevista. Una vez en el cielo, la tripulación se desplazó por el avión ofreciendo bebidas, y tanto Evelyn como yo nos tomamos una copa de vino para calmar los nervios mientras nos elevábamos a once mil metros de altura. Aterrizamos sin incidentes y volvimos a casa, a la tranquilidad de este pueblo donde a menudo parece que el resto del mundo ni siquiera sabe que existimos. Y eso es justo lo que necesitamos en este momento, mientras Evelyn y yo pasamos otro día preguntándonos qué está ocurriendo en Francia con Fern, Cecilia y la investigación policial sobre la muerte de Pierre.

—¡Hay un nuevo artículo en Internet! —exclama mi hija cuando

entra corriendo en mi habitación, pasadas las siete de la mañana, con su portátil en la mano.

—¿Qué dice? —pregunto, con el estómago revuelto al incorporarme en la cama, aunque no estaba durmiendo. Llevo horas despierta, dando vueltas tras otra noche de insomnio.

—Lo estoy traduciendo —me dice Evelyn, así que tengo que armarme de paciencia mientras ella utiliza Internet para pasar el artículo que ha encontrado de francés a inglés—. ¡Lo tengo! —exclama un instante después, y se sienta en la cama a mi lado para que ambas podamos leerlo juntas en la pantalla del portátil.

LA MUERTE DE UN HOMBRE EN PARÍS SIGUE RODEADA DE MISTERIO

Suena prometedor, pero tengo que leer más para estar segura. Por suerte, cuando lo hago, descubro que hasta ahora la policía sigue sin saber por qué Pierre salió corriendo hacia el tráfico. El artículo incluye una actualización de la detective Mathieu, un nombre que reconozco de otras noticias recientes, y ha hablado sobre los hallazgos de las cámaras de seguridad en la zona donde murió Pierre. Dice que, debido a la oscuridad y a lo abarrotadas que estaban las calles, las imágenes han sido difíciles de analizar. También menciona que solo había una cámara en la calle donde Pierre fue atropellado, pero no en las calles adyacentes, y que esa única cámara no estaba bien ubicada para mostrar toda la zona donde tuvo lugar el incidente. Por lo tanto, la policía no puede estar segura de si lo perseguían o si huía de una amenaza desconocida.

—Gracias a Dios —dice Evelyn cuando termina de leer el artículo, porque ha llegado a la misma conclusión que yo.

Son buenas noticias, no para la detective Mathieu, pero sí para nosotras, porque parece que nuestra implicación en la muerte de Pierre ha pasado desapercibida. Un artículo de ayer mencionaba a unos cuantos testigos, pero todos ellos hablaban de la confusión del momento y afirmaban que, aunque vieron a unas cuantas personas corriendo, no lograron identificar sus caras ni por qué huían. Eso es algo menos de lo que preocuparse, y parece que lo que más nos

inquietaba tampoco ha ocurrido. Cecilia no ha dado nuestros nombres a la policía, o ya se habrían puesto en contacto con nosotras. Ha permitido que nuestra presencia aquella noche en París pase desapercibida, y se lo agradecemos. Todo dependía de ella, porque sabíamos que Fern no hablaría de nosotras a la policía; estaría loca si lo hiciera, porque nosotras podríamos delatarla también. Parece que las cuatro nos hemos librado de lo ocurrido, aunque en realidad solo puedo hablar por mí y por mi hija. No tengo ni idea de lo que estarán haciendo ahora Fern y Cecilia . Podrían seguir en París o haber vuelto al pueblo donde viven. Es posible que Cecilia haya huido de su madre y que Fern haya huido también, pensando que eso es mejor que quedarse a ver qué sucede. No tengo ni idea y dudo que alguna vez lo sepa, a menos que ocurra algo que aparezca en las noticias francesas, que Evelyn consulta varias veces al día.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto a Evelyn cuando vuelve a coger el portátil y escribe en él.

—Busco más noticias —responde, lo cual es sensato, pero también me entristece: es una señal de lo preocupada que está. Ojalá pudiera decirle que todo va a ir bien y que no hay nada más de lo que preocuparse, pero no puedo, al menos de momento. Con un poco de suerte, con el tiempo estaremos seguras de que la policía de París no nos va a identificar ni a interrogar.

—¿Qué te apetece desayunar? —le pregunto mientras salgo de la cama y me pongo la bata. Ya me vestiré más tarde, sobre todo porque apenas me he cambiado de ropa desde que regresamos de París, pero por ahora solo quiero estar cómoda. Ninguna de los dos ha salido de casa desde que volvimos, y creo que hoy deberíamos salir a tomar el aire. Puede que incluso le proponga que vayamos a comer al pub del pueblo, pero lo primero es lo primero: una taza de té y una tostada.

Evelyn me dice que le apetece una tostada, así que bajo a hacérsela, contenta de no volver a desayunar sola, aunque consciente de que las circunstancias de que Evelyn haya regresado antes de tiempo de su viaje no son las mejores. Mi hija debería estar todavía en algún lugar de Europa, viendo mundo, pero en cambio ha

vuelto antes de lo previsto y en peor estado que antes de irse. Lo único que ha mejorado desde entonces es nuestra relación. La experiencia que compartimos en París nos ha unido más. Aunque desearía que no hubiera ocurrido y que no se hubiera perdido una vida, al menos mi hija entiende ahora mis razones para dejar marchar a Fern cuando lo hice.

Sabe lo que ocurre si alguien cree que puede ir contra ella.

Evelyn también vio lo mucho que la quiero y hasta dónde estoy dispuesta a llegar para mantenerla a salvo, algo que quedó claro con mi reacción tras el atropello de Pierre. Mientras mi hija estaba en shock, mantuve la calma el tiempo suficiente para asegurarme de que pudiera escapar de allí sin ser detenida. Si la policía hubiera hablado con ella en ese momento, lo más probable es que, en su estado, les hubiera dicho la verdad, y entonces no habrían tenido más opción que detenerla por causar la muerte de Pierre. Pero me aseguré de que no ocurriera, y Evelyn lo sabe. Eso ha hecho que se sienta más unida a mí, a pesar de las difíciles circunstancias.

No sé cuánto tiempo se quedará en casa , pero intentaré disfrutarlo mientras dure. Sin embargo, también me alegraré cuando llegue el día en que se marche, porque eso significará que está retomando su vida. Por ahora, pasaremos otro día tranquilo en Arberness, revisando las noticias y viendo si ocurre algo a muchos kilómetros de aquí que pueda afectarnos.

Mientras hierve la tetera y se hacen las tostadas, miro por la ventana de la cocina para comprobar el tiempo que hará más tarde. El cielo está gris y parece que va a llover.

Creo recordar haber leído que se acerca una tormenta.

Esperemos que solo sea meteorológica y no de otro tipo.

34

CECILIA

Grandes gotas de lluvia empiezan a golpear el parabrisas del coche en el que viajo, y el conductor no tarda en encender los limpiaparabrisas para deshacerse de ellas. Pero es imposible ver con total claridad, porque los cielos se han abierto realmente sobre nosotros y la lluvia ahora es torrencial.

—Bienvenida a Inglaterra —me dice el taxista con una risita, insinuando que aquí el tiempo casi siempre es así.

Es más o menos lo que me esperaba. Había oído que en esta parte del mundo no suele brillar mucho el sol. Pero no estoy aquí de vacaciones, así que no me importa que las nubes oculten el sol, lo cual es bueno, porque ahí fuera está empezando a desatarse una tormenta de verdad.

—¿Cuánto falta para llegar? —le pregunto al conductor mientras los limpiaparabrisas se mueven sin descanso.

—Unos diez minutos —responde—. A menos que la carretera principal esté inundada cuando lleguemos. Esperemos que no.

Vuelve a reírse solo, pero yo no me río. No quiero que nada me impida llegar a mi destino, no ahora que estoy tan cerca, y menos después de lo que he viajado para llegar hasta aquí.

Salí de París en el Eurostar y me bajé en Londres, mi primera vez en suelo inglés, y al llegar allí rompí la promesa que le había hecho a mi madre. Estaba donde ella siempre me había dicho que no debía ir, pero no iba a detenerme. Tuve que pasar una noche en la capital mientras esperaba a que empezaran los servicios ferroviarios del día siguiente, y luego me subí al primer tren que pude coger para ir al norte. Tomé un tren a Manchester y, una vez allí, estuve haciendo algunas cosas en la ciudad que eran importantes para mí. Tras pasar la noche, he salido a las ocho de la mañana y, después de llegar a Carlisle, he encontrado un taxi, que me ha traído hasta aquí en la última etapa de mi viaje.

Ha sido un trayecto largo y se ha hecho aún más largo cada vez que mamá ha intentado llamarme o dejarme mensajes de voz, pero ya casi he llegado. No tiene ni idea de dónde estoy porque no he respondido a ninguna de sus llamadas ni a ninguno de sus mensajes, así que supongo que ha captado que no quiero hablar con ella.

Todavía no.

—Ya casi hemos llegado —dice el conductor unos minutos después.

Por suerte, la lluvia parece haber amainado un poco antes de que tenga que bajarme del coche. Miro hacia delante para ver a dónde nos dirigimos, pero aún no distingo casi nada, lo cual es extraño porque el conductor ha dicho que ya estábamos cerca. Entonces empiezo a vislumbrar algunas casas en la colina, a lo lejos, y cuando doblamos una curva, aparecen más edificios agrupados junto a una gran masa de agua.

—En días despejados se puede ver el extremo sur de Escocia desde aquí —me dice el conductor, como si ahora actuara de guía turístico —. Pero hoy no, no con este tiempo.

El cielo está muy sombrío y la niebla se cierne sobre el agua, lo que da a este lugar un aire inquietante. Es casi como si el universo estuviera preparando el escenario para mi llegada, añadiendo una sensación de presagio a lo que está por venir, y tal vez sea cierto, porque las cosas van a oscurecerse aquí si todo va según lo previsto.

—¿Dónde quiere que la deje? —me pregunta el conductor.

—En la playa, por favor.

—¿En la playa? ¿Con este tiempo? ¿Está segura?

—Sí, gracias —digo, mientras meto la mano en el bolso y saco la tarjeta de crédito.

El conductor piensa que estoy loca, pero seguro que estará encantado de aceptar mi dinero y, por supuesto, lo está. Después de aparcar, me pasa el datáfono, y yo acerco la tarjeta para pagar antes de darle las gracias y bajarme.

—¡Que se divierta! —dice con sarcasmo justo cuando empieza a llover de nuevo, y mientras él se aleja con rapidez, yo me quedo aquí, lo cual no me importa en absoluto.

Camino por la arena empapada por la lluvia. Los granos se me

pegan a los zapatos, pero no me preocupa estropearlos. Solo quiero encontrar un lugar concreto en esta playa, y el artículo que tengo en el móvil me va a servir de guía.

Tardo unos cinco minutos en localizar aproximadamente el punto donde murió el doctor Drew Devlin. Me detengo y contemplo la escena en silencio mientras las gotas de lluvia golpean la arena a mi alrededor, intentando imaginar el momento en que mi madre estuvo aquí. Atrajo a Drew hasta aquí con engaños e hizo que su cómplice, el marido de Alice, lo matara. Ese fue el comienzo de todo, el comienzo de la vida criminal de mi madre, y no ha dejado de cometer asesinatos desde entonces.

Me da pena que el padre de Evelyn perdiera la vida aquí, en un lugar tan sombrío y de una forma tan horrible. Yo también sé lo que es perder a un padre en circunstancias horribles. Desde que llegué a Inglaterra, esta no ha sido la única escena de un crimen que he visitado. Ayer estuve en el Hotel PinkTree de Manchester, que es donde todos los artículos de prensa sitúan la muerte del hombre que supongo que era mi padre. Fern mató a Greg en la habitación 6E. Le pregunté al recepcionista del hotel si podía ver esa habitación. Puede parecer morboso por mi parte querer estar en el lugar donde mi padre murió apuñalado por mi madre, pero lo pedí de todos modos, aunque me dijeron que había alguien alojado en la habitación y que no sería posible.

Me pregunto si el huésped sabía lo que había ocurrido en el pasado en esa habitación.

Si era así, podría haber pedido otra.

Aunque me hubieran permitido entrar, era consciente de que no sería como estar cerca de mi difunto padre, así que por eso me aseguré de visitar también su tumba, su verdadero lugar de descanso. El cementerio empapado por la lluvia en el que encontré su lápida estaba en un tranquilo rincón de Manchester, y el ramo de flores que le dejé añadía un raro toque de color al sombrío entorno. Había pensado decir unas palabras cuando llegara, algo para romper el silencio aunque él ya no pudiera oírme, pero al final no lo hice. Era extraño saber que estaba sobre la tierra donde reposaban los huesos de mi padre. En lo que respecta al viaje de mi vida, su único papel

fue engendrarme y, literalmente, perdió la vida pocos minutos después. Pero no fue culpa suya; estoy segura de que habría sido un buen padre si le hubieran dado la oportunidad.

Se le negó esa posibilidad.

El viento es fuerte en esta parte de la playa y, junto con la lluvia y el oleaje a pocos metros de distancia, crea un ambiente desolador. Seguro que en un día de verano esto se ve muy diferente, pero sigue sin ser un buen lugar para morir, aunque esta playa fue lo último que vio Drew.

Mamá se aseguró de ello.

Tras diez minutos a solas con mis pensamientos, abandono la desolada playa y me dirijo al pueblo, pensando que no debe ser difícil orientarse aquí. Según todo lo que he leído sobre Arberness desde que descubrí el papel tan importante que desempeña en la historia de mi madre, este lugar es diminuto. Ya me hice una idea de su tamaño mientras venía en el taxi, pero, ahora que estoy caminando por sus calles, lo veo más claro. Apenas me cruzo con gente debido al mal tiempo, lo que significa que no tengo que entablar conversación con ningún «amable vecino» que pueda preguntarme quién soy y qué hago aquí. Si lo supieran, se irían corriendo a su casa. También significa que, de momento, no me voy a cruzar con Alice ni con Evelyn, y aunque me aseguraré de verlas pronto, también dejaré que disfruten de la paz un poco más.

Mi siguiente parada es el pub del pueblo y, cuando entro, los dos ancianos que están bebiendo en una mesa de la esquina levantan la vista de sus pintas para ver quién acaba de entrar. Cuando me ven, una chica de dieciocho años que no les resulta familiar, parecen sorprendidos, pero supongo que no todos los días una joven como yo entra en un sitio como este. Desde luego, este pub está anticuado, y el hombre que lo regenta también parece anticuado cuando me acerco a la barra y recibo un saludo cordial.

—Buenas tardes. ¿Qué te pongo? —me pregunta el propietario, acariciándose la barba canosa con una mano mientras con la otra se apoya en uno de los surtidores de cerveza. Parece demasiado mayor para estar todo el día de pie, pero tal vez le guste su trabajo. Me pregunto si era el dueño cuando mamá vivía en el pueblo. Si es así,

en algún momento ella tuvo que estar aquí, y me resulta extraño pensar que él haya podido servido a dos generaciones de nuestra familia.

—Un vodka con limonada, por favor —digo, tomando asiento en la barra.

—¿Puedo ver tu documento de identidad, por favor? —me pregunta a continuación, como era de esperar.

—Claro —respondo, sacando una tarjeta del bolso, y cuando el dueño la inspecciona, enarca las cejas.

—¿Eres de Francia?

—Así es.

El hombre me devuelve el carné antes de ponerse a preparar mi bebida, aunque supongo que no tardará en hacerme otra pregunta. Los dos hombres de la esquina han vuelto a lo suyo, pero tengo la sensación de que muy pronto se interesarán de nuevo por mí.

—Aquí tienes —me dice el propietario, con una sonrisa, mientras deja el vaso delante de mí—. ¿Qué te trae por Arberness? ¿Estás de viaje?

—No exactamente —le respondo, antes de preguntarle si tiene una pajita.

—Por supuesto. —Me da una y la uso para remover un poco la bebida antes de dar un largo y sediento sorbo. Cuando termino, vuelvo a dejar el vaso en la barra y me preparo para convertirme al instante en la comidilla del pueblo.

—Mi madre vivía aquí —digo, mientras el propietario coge un vaso vacío y comienza a secarlo con un paño de cocina.

—Ah, ¿sí? He vivido en este pueblo toda mi vida, así que seguro que la conozco. ¿Cómo se llama? —pregunta.

—Seguro que la conoces —respondo asintiendo—. Fern Devlin.

Al dueño se le cae el vaso que sostenía, y se hace añicos contra el suelo de baldosas de detrás de la barra. Pero no me inmuto. Me giro para mirar a los dos hombres de la esquina y, como era de esperar, me devuelven la mirada.

—¿Has dicho Fern Devlin? —me pregunta uno de ellos, nervioso, y asiento con la cabeza.

—¿Sabes dónde está ahora? —pregunta el otro, y asiento de

nuevo.

—Creo que debería llamar a la policía —dice el dueño, mientras se aparta de los cristales rotos que tiene a sus pies.

Justo antes de que pueda coger el teléfono, levanto la mano, haciendo que se detenga.

—Ten paciencia —le digo—. No tiene sentido que la policía intente encontrarla porque es demasiado buena escondiéndose. Tengo una idea mejor. Déjamela a mí.

35

FERN

He decidido quedarme en París y esperar a que el cuerpo de Pierre sea entregado oficialmente para su entierro en el pueblo, pero no me he quedado solo por eso, por muy importante que sea. Me he quedado porque, hasta ahora, la policía no ha mostrado más interés en mí, lo que me permite pensar que podré seguir con mi vida sin miedo a que me detengan. Mi verdadera identidad sigue siendo un secreto, al menos para las autoridades, así que no hay que alarmarse todavía. También me he quedado en París porque es donde vivía Cecilia y tengo que suponer que sigue aquí en alguna parte, escondida y posiblemente esperando a que yo me vaya primero. He ido varias veces a su apartamento para intentar pillarla al entrar o al salir, pero a la única persona que he visto es a Antoinette. La mejor amiga de mi hija no me ha recibido muy bien cada vez que me he acercado a preguntarle dónde está Cecilia; siempre parece aterrorizada al verme, dice que no puede ayudarme y me pide que me marche. Supongo que ya sabe quién soy y ha leído todo sobre mí en Internet, así que es comprensible que esté nerviosa cuando me tiene delante. Me preocupaba que pudiera ser una amenaza para mí, que fuera a la policía a contarles quién soy, pero no parece haberlo hecho. Podría ser por miedo o por lealtad a Cecilia, pero, sea lo que sea, Antoinette se ha mantenido callada hasta ahora, por suerte. Yo tampoco represento una amenaza para ella, no a menos que me haya estado mintiendo, pero no tengo motivos para pensar que lo haya hecho.

Dondequiera que esté mi hija, ni siquiera su mejor amiga lo sabe.

Fue horrible ver a Antoinette tan recelosa conmigo la última vez que nos encontramos. La conozco desde que era una niña, la veía en el patio del colegio cuando saludaba a su madre. Cecilia me contaba todo sobre su nueva mejor amiga. La he visto crecer junto a mi hija y, aunque no compartimos lazos de sangre, llegué a considerarla casi

como a otra hija por todo el tiempo que pasó en nuestra casa cuando era pequeña. Pero cualquier relación que tuviéramos está claramente rota ahora que Antoinette conoce mi pasado, y tengo que agradecérselo a las noticias que circulan por Internet. Apuesto a que las ha leído todas, y si es así, no me extraña que se pusiera nerviosa cuando me acerqué a ella. Tal vez incluso intentó predecir si iba a convertirla en mi próxima víctima, lo cual es absurdo, pero ese es el problema cuando te conviertes en una asesina en serie conocida.

La gente espera que vuelvas a matar, y esa es una reputación terrible que llevar a cuestas.

Sin embargo, esta vez las cosas son diferentes. Ya no sé si tendría el valor de quitar otra vida para proteger la mía. O tal vez solo quiero creer que la edad me ha dado una calma que me impedirá volver a matar, pero ¿quién puede saberlo hasta que llegue el momento de la verdad? Quizá no sea calma lo que siento en realidad, sino apatía o, peor aún, depresión. Tengo que superar el trauma de la muerte de Pierre, perder al hombre que amaba y el futuro que habíamos construido juntos. Pero aún peor que eso es pensar que nunca volveré a ver a mi hija. Solo esa idea basta para que me rinda y ya no quiera luchar por nada, pero ¿qué más puedo pensar cuando no me permite ponerme en contacto con ella?

Necesito un milagro.

Y entonces lo entiendo.

Estoy sentada en un banco junto al río Sena, con el sol reflejándose en el agua y numerosos peatones parisinos cruzando apresurados los puentes que lo atraviesan, cuando oigo sonar mi teléfono. Al sacarlo del bolso, espero que sea alguien del depósito de cadáveres que me llama para decirme que el cuerpo de Pierre está listo para ser trasladado. Pero no es así.

Es Cecilia.

—¡Hola! —digo alto y claro para que sepa que he contestado. Me levanto del banco y me acerco un poco más a la orilla del río. ¿Por qué la gente tiene la costumbre de levantarse y caminar de un lado a otro cada vez que atiende una llamada importante, como si la otra persona no pudiera oírla si permanece sentada? No lo sé, pero lo

cierto es que ahora mismo estoy haciéndolo.

—Hola, mamá —dice una voz tranquila al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas?

—Necesitaba algo de tiempo.

—Ojalá me hubieras dicho que estabas bien. He estado muy preocupada. No sabía qué pensar.

—¿Preocupada por mí o preocupada por ti?

Es una pregunta dura, pero, por desgracia, entiendo por qué la ha formulado.

—Preocupada por ti, por supuesto —intento asegurarle, aunque probablemente suene un poco forzado; sería inusual, por no decir extraño, que no me preocupara por cómo ha reaccionado Cecilia al descubrir mi secreto.

—Supongo que querrás saber si he hablado con la policía —dice Cecilia.

—No, solo quería asegurarme de que estabas a salvo.

—¿Así que no te importa si lo he hecho o no?

—No. Bueno, quiero decir, espero que no lo hayas hecho, pero solo porque quiero tener la oportunidad de explicarte bien todo antes de que pase lo que tenga que pasar.

No sé qué espera mi hija que le diga, así que intento hacerle saber que ella es mi prioridad.

—No he dicho ni una palabra —dice Cecilia, lo que supone un gran alivio, hasta que añade una palabra crucial—. Todavía.

—Por favor, ven a verme y deja que te lo explique todo cara a cara —le ruego—. Sé que lo que habrás oído o leído sobre mí te parecerá horrible, pero tuve mis motivos y necesito la oportunidad de explicártelos. Por favor, ¿me la darás?

—Sí —responde Cecilia tranquilamente, lo que es una buena señal.

—¡Genial! ¿Dónde estás? Puedo ir a verte ahora mismo. ¿Sigues en París?

—No, ya no.

—¿Has vuelto al pueblo?

—No.

—¿Dónde estás entonces?

Hay una pausa antes de que mi hija me responda.

—Estoy en Arberness.

No puedo haberla oído bien. Tiene que haber interferencias en la línea telefónica. No puede haber dicho lo que creo que ha dicho.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Estoy en Arberness, mamá. Lo conoces bien, ¿verdad?

Por supuesto que lo conozco, y Cecilia es muy consciente de ello, pero no me confunde dónde está. Lo que me confunde es por qué demonios mi hija ha decidido ir allí, de todos los lugares.

—¿Qué haces allí? —pregunto, sintiendo cómo la tensión que llevo acumulando en mi cuerpo desde hace días se intensifica aún más.

—He venido a ver a unas personas.

Puedo adivinar de quién habla, pero no quiero decir sus nombres.

—Todavía no he visto a Alice y Evelyn —dice Cecilia, mencionándolas por mí—, pero lo haré.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo?

—Estoy intentando conocer mejor a mi madre. Ya he hablado con algunos lugareños sobre ti. Todos tienen muchas historias que contar.

Apuesto a que sí.

—Cecilia, sea lo que sea lo que creas que tienes que hacer, no lo hagas. La única persona con la que tienes que hablar de todo esto soy yo, así que, por favor, vete de allí y vuelve a Francia, y hablemos como es debido.

—¿Y si vienes tú a verme? —me pregunta.

Tengo que pensar bien mi respuesta.

—Sabes que no puedo hacerlo —digo con sinceridad—. Me detendrán si alguien se entera de que he regresado a Inglaterra. Entonces nunca podremos hablar, al menos no fuera de la sala de visitas de una prisión.

—Eso no es culpa mía.

—Sé que no es culpa tuya. Solo es la realidad. Por favor, vuelve a Francia. Deja que te lo explique todo aquí.

—No, creo que me voy a quedar donde estoy —dice Cecilia, y oigo soplar el viento, pero no es en mi lado de la llamada, sino en el

suyo. Debe ser el famoso viento de Arberness que sopla desde Escocia. Me pregunto si mi hija estará cerca de la playa mientras habla conmigo. Si es así, está cerca del lugar donde vi morir al padre de Evelyn.

—Cecilia, por favor. No sé qué esperas que haga —admito.

—Quiero que vengas a verme aquí, a Arberness.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Quiero que vengas aquí. Si lo haces, seguiremos teniendo una relación, pase lo que pase después.

—¿Y si no voy?

—Entonces, no volverás a verme nunca.

—Cecilia, no puedo. Sabes que la policía me estará buscando.

—Si de verdad quieres venir, puedes hacerlo —dice con calma—. Solo depende de cuánto estés dispuesta a arriesgar. De cuánto te importe volver a verme. Si no vienes, sabré lo que sientes por mí.

—Cecilia…

—Adiós, mamá.

La llamada se corta y, a pesar de que intento volver a hablar con ella, no coge el teléfono. Supongo que ya ha dicho todo lo que tenía que decir. Me ha planteado la situación y ha puesto a prueba mi lealtad.

O miro por mí y no vuelvo a ver a mi hija.

O la elijo a ella y me enfrento a la ira de Arberness y de todos los policías que han intentado llevarme frente a la justicia.

Mientras contemplo el Sena, no tengo ni idea de lo que voy a hacer.

36

EVELYN

A nadie le gusta esperar a ver qué pasa. La gente prefiere hacer predicciones. Al menos así parece que tienen cierto control sobre el futuro, aunque acaben equivocándose. Por eso, hace poco hice una predicción con total seguridad, que se ha ido reafirmando a medida que pasaba el tiempo. Tengo la sensación de que las probabilidades de acertar no han hecho más que crecer.

Predije que la mujer que más odio en el mundo, Fern, no volvería a Arberness.

Y, hasta ahora, he tenido razón.

En este momento estoy en casa con mamá, las dos sentadas en el sofá con una bebida en la mano y la televisión encendida. Ella tiene una taza de té y yo, algo un poco más fuerte, pero ninguna de las dos está relajada ni presta atención a lo que se supone que estamos viendo. La televisión está encendida más como ruido de fondo que como otra cosa, y necesitamos desesperadamente algo que rompa el silencio. El ambiente es tenso e incómodo por varias razones, pero sobre todo porque no somos las únicas en la casa. Se nos ha unido una tercera persona que nos ha estado visitando durante los últimos tres días. Es una persona que me sorprendió mucho encontrarme en Arberness porque nunca pensé que volvería a verla. Me sorprendió aún más cuando me contó por qué estaba aquí y cuál era su plan.

Es Cecilia y, a pesar de que estamos en lados opuestos en esta historia con Fern, nos dejó una cosa muy clara cuando apareció en nuestra puerta el otro día.

Está de nuestra parte.

Fue impactante verla y más aún, imaginar lo que podría significar para mí y para mamá en el futuro, pero Cecilia nos tranquilizó enseguida y, desde que está aquí, hemos estrechado lazos por las experiencias y el dolor que compartimos. Aunque eso no significa que su estancia haya sido del todo agradable.

En este momento, Cecilia también finge ver la televisión con una bebida en la mano, pero sé que es cuestión de segundos que compruebe su teléfono y se acerque a la ventana para ver si hay alguien fuera. Lo sé porque es lo que hace cada cinco minutos, y ahí va otra vez.

Comprueba su teléfono, pero no hay mensajes ni llamadas perdidas.

Ahora se acerca a la ventana. Pero nadie se aproxima a la puerta.

—¿Podemos dejar esto y aceptar que no va a venir? —digo, cansada de que nuestras vidas sigan en pausa—. Es una cobarde y no va a regresar, pase lo que pase.

Sé que debe ser duro para Cecilia oír eso, pero, como de costumbre, no dice nada y se limita a volver a revisar el móvil. Miro a mamá, pero ella tampoco dice nada, probablemente porque ya hemos hablado de esto hasta la saciedad y decir algo más es repetirnos. Sé que insisto en lo mismo con lo que acabo de decir, pero alguien tiene que decirlo en voz alta. Una de nosotras debe evitar que sigamos aquí sentadas el resto de nuestras vidas, esperando a que alguien que, claramente, no tiene intención de venir para acabar con esto de una vez por todas.

—Tengo un plan para hacer que Fern regrese al pueblo.

Eso fue lo que Cecilia le dijo a mi madre después de que ella le abriera la puerta el otro día, y lo que me repitió a mí cuando bajé a ver qué había sorprendido tanto a mamá. Oí que mamá preguntaba a alguien qué hacía aquí, así que salí de mi habitación para investigar y, cuando lo hice, encontré a Cecilia en nuestra casa.

—Quiero ayudaros —dijo entonces—. No es justo lo que mi madre os ha hecho a vosotras ni a todos los de este pueblo. Quiero que se entregue para que todos podáis encontrar algo de paz, yo incluida, y creo que eso podría suceder pronto.

Durante todo este tiempo, pensé que si alguien iba a llevar a Fern Devlin ante la justicia, sería yo. Pero, después de lo que ocurrió en París, estaba dispuesta a dejarlo ir. Desde luego, no esperaba algo como lo que nos encontramos en nuestra puerta.

¿La hija de Fern quería ser la que se vengara?

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunté, sin atreverme a

creer que algo de lo que decía Cecilia fuera a hacerse realidad.

—He llamado a mi madre y le he dicho dónde estoy. Le he dicho que, si quiere volver a verme, tiene que venir aquí. Así que no le queda elección. O regresa a Arberness, o me pierde para siempre.

Miré a mamá y fruncí el ceño porque, para mí, eso sonaba a que Fern aún tenía una opción.

—¡Podría decidir no venir! —dije, sorprendida de ser la única que veía un fallo importante en ese plan—. ¿De verdad crees que renunciaría a su libertad por ti o por cualquier otra persona? Es egoísta, por eso ha hecho todo lo que ha hecho. Porque solo se preocupa por sí misma, por nadie más.

—Vendrá —insistió Cecilia, tratando de parecer segura, aunque detecté un atisbo de incertidumbre en su voz y en su expresión, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma tanto como a nosotras.

Fue en ese momento cuando sentí un poco de lástima por ella, porque estaba claro que, pese a todo lo que su madre había hecho, todavía creía que Fern no iba a arriesgar el amor de su hija para seguir huyendo. Por desgracia, ahí fue donde sentí que se equivocaba.

—Mi madre tenía razón cuando dejó marchar a Fern hace años —dije, mirando a Cecilia y a mamá, que estaba a su lado—. Sabía que era mejor hacer eso que arriesgarse a que alguien sufriera más daño. Nunca le hice caso y la odié por eso, pero ahora sé que tenía razón. Mira lo que ocurrió cuando intenté atrapar a Fern. Un hombre inocente murió y, si no hubiéramos tenido suerte, yo podría haber ido a la cárcel por eso. Tenemos que dejar a Fern en paz, antes de que alguien más salga herido.

Era consciente de que estaba hablando tanto a mi madre como a Cecilia, reconociendo que todos los años en los que la culpé por haber dejado escapar a Fern habían sido un error por mi parte. Sé que mamá agradeció ese reconocimiento, aunque no dijo nada en ese momento. Permaneció callada mientras Cecilia y yo discutíamos sobre cuál sería el siguiente movimiento de Fern, hasta el punto de que las dos estábamos desesperadas por escuchar lo que pensaba al respecto. Fue entonces cuando mamá por fin habló y nos dejó claro

lo que creía que haría Fern después de haberla acorralado de esa manera.

—Vendrá —dijo mamá, sorprendiéndome.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso? —le pregunté.

—Porque no querrá perder a su hija. Hará lo que sea para mantenerte en su vida, Cecilia, aunque eso signifique ir a la cárcel. Mientras sepa que la visitarás, estará bien. Como madre, eso será mejor que seguir huyendo y no tener ninguna hija. Creo que Cecilia es la única persona por la que Fern podría renunciar a su libertad.

Cecilia asintió, claramente en la misma sintonía que mamá, pero yo seguía sin estar convencida.

—¿Por qué hablas como si Fern fuera a tomar una decisión racional y anteponer el amor a sí misma? —pregunté—. ¿Por qué asumes que le importa alguien más que su propio bienestar? Ha matado a sangre fría. Ha contado miles de mentiras. No solo es capaz de cometer delitos graves, sino que también se le da muy bien evitar las consecuencias. Entonces, ¿por qué crees que va a tirar por la borda la vida que le queda y ponérselo fácil a la policía después de todo este tiempo? ¿Para que su hija vaya a visitarla una vez al mes a la cárcel? Por favor, eso no va a ocurrir.

—Ya veremos —fue lo único que dijo mamá antes de preguntarle a Cecilia dónde pensaba quedarse en Arberness mientras esperábamos a que llegara Fern.

Tuve que regresar a mi habitación porque no podía seguir compartiendo el mundo de fantasía en el que esas dos parecían vivir, pero, cuando salí unas horas más tarde, me enteré de que mamá había invitado a Cecilia a quedarse con nosotras y que Cecilia había aceptado.

—Sois unas ilusas —fue todo lo que pude decirles, y mi opinión sobre ambas no ha cambiado desde entonces. Eso es porque no ha pasado absolutamente nada que me demuestre lo contrario. No ha habido señales de Fern, y dudo que las haya. Por eso estoy a punto de levantarme del sofá, apagar la televisión, decirle a mamá que tenemos que seguir con nuestras vidas y pedirle educadamente a Cecilia que se vaya. Pero, justo antes de que pueda hacerlo, ocurre algo inesperado.

El teléfono que Cecilia ha estado comprobando durante los últimos tres días por fin suena.

—¡Es mamá! —dice ella mientras salta del sofá, con el teléfono sonando en la mano.

—¡Contesta! —grita mamá, levantándose también del sofá.

Yo sigo sentada, aunque tengo las mismas ganas de descubrir cuál es el motivo de la llamada. Pero, como soy la voz de la razón aquí, intento frenar el repentino entusiasmo que ha invadido la habitación.

—Seguro que va a decirte que no puede hacerlo —digo con un suspiro.

Pero Cecilia me ignora y contesta de todos modos.

—¿Hola? —dice, nerviosa.

Ni mamá ni yo oímos lo que dicen desde el otro lado de la línea, pero sí notamos que Cecilia enarca las cejas, antes de acercarse a la ventana y volver a mirar por ella.

—Lo entiendo —es todo lo que dice antes de colgar.

—¿Qué pasa? —pregunto, esperando que este sea el momento en que Cecilia nos diga que Fern no va a venir después de todo. Entonces lo único que me quedará por hacer es decir «Te lo dije», aunque no soy tan cruel como para hacer eso; su corazón ya estará lo bastante roto al ver que su madre la ha abandonado.

Pero eso no es lo que ocurre.

—Está aquí —dice Cecilia, apartándose de la ventana para mirarnos —. Ha vuelto a Arberness.

37

FERN

¿Por qué la vida suele cerrar el círculo? No importa lo que hagamos y lo que pretendamos hacer en el futuro, parece que siempre acabamos regresando al punto de partida. Eso es lo que me ha ocurrido. A pesar de los años, de las huidas y de las mentiras, he acabado volviendo al lugar donde todo empezó.

Aquí fue donde decidí que el doctor tenía que morir.

Y este es el lugar exacto de la playa donde sucedió.

El frío viento me resulta tan familiar como el paisaje que me rodea mientras permanezco de pie sobre la arena y trato de asumir dónde me encuentro. Nunca quise volver aquí, ni pensé que alguna vez me vería tentada a hacerlo. Solo un idiota regresaría a la escena de un crimen. Supongo que eso me convierte en una idiota.

Pero ¿lo soy de verdad? ¿O volver a Arberness me convierte en otra cosa, en algo mucho mejor? Me gusta pensar que sí. No he regresado aquí por un estúpido error o por alguna razón egoísta. Lo he hecho por lo único que de verdad importa en la vida para una madre.

Estoy aquí por mi hija.

Estoy arriesgando mi libertad por Cecilia, aunque todavía puede haber una manera de evitar la cárcel si consigo convencerla de que no es la mejor opción. No quiero estar entre rejas, pero más que eso, no quiero vivir sabiendo que mi hija me odia, así que en algo tengo que ceder.

Estoy arriesgando todo ahora mismo solo por tener la oportunidad de verla.

¿Dónde está?

Miro a mi alrededor, pero no veo rastro de mi hija en esta playa desierta, a pesar de haberla llamado hace diez minutos para decirle que estaba aquí. He cumplido su petición, la que me hizo cuando me llamó mientras yo estaba en París. He vuelto a este pueblo para que,

pase lo que pase, pueda seguir viéndola en el futuro, aunque en esos momentos lleve el uniforme de la cárcel y tenga que regresar a una pequeña celda. La sola idea de que un policía engreído me ponga las esposas me revuelve el estómago, tanto como el pensar en pasar el resto de mis días comiendo comida insípida, vestida con ropa aburrida y rodeada de personas miserables que, a diferencia de mí, no fueron lo bastante listas como para librarse de sus delitos y fueron atrapadas en lugar de entregarse voluntariamente.

Fue hace mucho tiempo cuando un paseador de perros hizo una angustiosa llamada para decir que había encontrado un cuerpo en esta playa, un descubrimiento que desencadenó una gran investigación y llenó el pueblo de periodistas llegados de todas partes. Imagínate que no hubiera hecho que mataran a Drew. ¿Qué habría ocurrido entonces? ¿Estaríamos los dos viviendo aquí, compartiendo la casa que compramos en primera línea de playa, la que puedo ver a lo lejos? ¿Seguiría Drew yendo a trabajar todos los días como médico del pueblo, fingiendo ser el hombre más inteligente y compasivo de Arberness cuando en realidad no lo era? ¿Seguiría su aventura con Alice o se habría aburrido de ella y se habría ido con otra? Quizá una recién llegada al pueblo, otra mujer que le llamara la atención, una rubia o una morena de melena sedosa que hubiera conocido en el pub. ¿Qué habría sido de mí, la mujer devota? ¿Seguiría en casa, intentando encontrar la manera de hacer feliz a mi mujeriego marido, pero sabiendo que, hiciera lo que hiciera, nunca podría volver a confiar en él y, lo que es peor, que nunca sería suficiente para él?

Podría haber elegido no convertirme en una asesina. Podría haber sido muchas otras cosas. ¿O solo me estoy mintiendo a mí misma? ¿Realmente solo tuve dos opciones?

¿Ser la mujer traicionada cuyo mejor destino era un divorcio amargo? ¿O recuperar el control y hacer que mi marido pagara por lo que me había hecho?

En su momento, sentí que solo había una opción real, así que tomé mi decisión.

Ahora tengo que atenerme a las consecuencias.

Veo movimiento en la playa a lo lejos y siento mariposas

revoloteando en mi estómago, pues espero que sea Cecilia. Pero, cuando observo mejor la figura que se acerca, me doy cuenta de que no es ella. Sus movimientos no coinciden con los de mi hija. Esta persona se mueve más despacio, un poco más rígida, lo que sugiere que es mayor que mi hija de dieciocho años y, en efecto, a medida que se acerca, veo que no es Cecilia. Pero sí es alguien a quien reconozco.

Es Audrey, mi antigua vecina de al lado.

Si alguna vez he pensado que me estaba haciendo vieja a medida que se acercan los sesenta, no quiero imaginar cómo se sentirá Audrey, porque ya debe tener más de noventa años. Me alegra ver que sigue activa y disfrutando de un paseo por la playa, aunque sea con la ayuda de un andador, pero no sé cuánto lo disfrutará cuando levante la vista de la arena y vea con quién la comparte esta mañana.

Mientras Audrey se acerca despacio, con la cabeza gacha y aparentemente ajena al hecho de que estoy aquí, recuerdo la primera vez que nos visitó a Drew y a mí cuando nos mudamos. Fue darnos la bienvenida al pueblo y nos llevó una lasaña casera, que agradecimos muchísimo porque la nevera estaba vacía y todos nuestros cacharros de cocina seguían en cajas. Recuerdo lo simpática que era y cómo se le iluminaron los ojos cuando vio por primera vez a Drew, mi guapo marido, que pasó a su lado y probablemente la hizo sentir treinta años más joven cuando le mostró su sonrisa diabólica. Pero, sobre todo, recuerdo lo que dijo cuando la invité a entrar en nuestra nueva casa y, por costumbre, cerré con llave la puerta principal tras ella.

—Oh, no necesitas preocuparte por cerrar las puertas aquí, querida. No hay crímenes en Arberness.

Oh, Audrey. Qué inocentes erais tú y todos los habitantes de este pueblo.

Apuesto a que ahora todos cierran sus puertas por la noche.

Audrey está casi a mi altura, pero aún no me ha visto, pues va con la cabeza baja y los hombros encorvados, así que decido hacerle notar mi presencia para que no se lleve el mayor susto de su vida dentro de unos segundos.

—Hola, Audrey —digo lo bastante alto como para que se oiga por encima del viento.

Audrey levanta la vista y su rostro se descompone en una expresión de puro horror. Pierda el agarre de su andador y, mientras la veo caer a la arena, me doy cuenta de que he fracasado en mi intento de no querer asustarla, porque está claramente estupefacta ante mi aparición aquí y parece como si acabara de ver al hombre del saco.

—Deja que te ayude —le digo mientras me agacho para recoger su andador, y se lo acerco.

Ella me mira con la boca abierta hasta que le digo que no he venido a causar problemas y que no quiero hacerle daño ni a ella ni a nadie de este pueblo.

Con desconfianza, Audrey vuelve a coger su andador y me mira con recelo antes de alejarse de mí, moviéndose mucho más deprisa que antes. Supongo que sigue siendo capaz de caminar con rapidez cuando es realmente necesario, y debe sentir que lo es en este momento porque se aleja a toda velocidad por la arena, intentando poner la mayor distancia posible entre nosotras. Pero no tengo tiempo de preocuparme por el miedo que le he provocado a esta mujer, antaño tan amable, porque detecto más movimiento en la playa y, esta vez, sí es mi hija la que viene hacia mí. Tiene compañía y, a medida que las tres figuras se acercan, veo que Alice y Evelyn están con ella. Pero era de esperar, porque cuando he llamado a Cecilia y le he dicho que estaba aquí, le he pedido que se reuniera conmigo en la playa y que las trajera con ella.

Camino hacia ellas para reunirnos a mitad de camino, alejándome respetuosamente del lugar donde Drew perdió la vida. Sería cruel por mi parte esperar que Evelyn permaneciera durante un rato en el lugar donde murió su padre. Más aún si pienso en lo que tengo que decirle cuando se reúnan conmigo.

—Gracias por venir —me dice mi hija cuando nos encontramos, aunque mantiene cierta distancia, como si no estuviera segura de si quiere un abrazo.

—No podía hacer otra cosa —respondo, mirando a mi preciosa hija a los ojos—. ¿Qué te parece Arberness?

—Es tranquilo —responde Cecilia.

—Sí —digo con una risa triste.

—Pero no por mucho tiempo —añade Cecilia siniestramente, y sospecho que lo dice porque la policía no tardará en llegar.

—¿Es esto lo que quieres de verdad? —le pregunto.

Pero ella se limita a sacudir la cabeza.

—Habla con ellas primero —dice mi hija—. ¿No crees que les debes una disculpa?

Miro a Alice y a Evelyn, que están unos pasos por detrás de Cecilia, y sé que mi hija tiene razón.

—Lo siento —les digo a las dos antes de dirigirme a cada una—. Evelyn, lo siento mucho por lo que te arrebaté. Nunca llegaste a conocer a tu padre por mi culpa, y lo lamento de verdad.

Evelyn no dice nada al oír mis disculpas; mira a lo lejos, por detrás de mí, posiblemente hacia el punto de la playa donde falleció Drew. Mientras lo hace, me giro hacia Alice.

—Siento lo que te hice pasar —le digo. Ya me disculpé con ella una vez, en Cornualles, aunque estoy segura de que le debía otra disculpa—. El hecho de que me perdonaras una vez demuestra que eres una persona mucho mejor y más fuerte de lo que yo jamás podría ser.

Alice parece ligeramente conmovida por mis palabras y, aunque permanece en silencio como su hija, al menos me hace un gesto con la cabeza para mostrarme que aprecia lo que acabo de decir. Solo me queda Cecilia.

—Sé que pedir perdón no basta para compensar todo lo que te he hecho —empiezo—: hacer daño a tu padre, mentirte durante toda tu vida, impedirte descubrir quién eras en realidad y de dónde venías. Nunca podré perdonarme muchas cosas, pero esas son las peores.

Cecilia mantiene el contacto visual conmigo mientras hablo, lo que espero que signifique que entiende que mis palabras son sinceras.

—Cuando me llamaste para decirme que tenía que volver aquí o no te volvería a ver, supe que no tenía elección. La verdad es que no. Eres lo único que me queda en la vida, y la única persona que puede demostrar que no soy el monstruo que los medios de comunicación dicen que soy. Espero que algún día, con el tiempo, puedas hacer

ver a los demás que, a pesar de lo que hice y de la gente a la que hice daño, tenía un lado bueno. Un lado cariñoso. Un lado divertido. Un lado normal.

A Cecilia se le llenan los ojos de lágrimas y a mí también mientras los últimos dieciocho años pasan por nuestras mentes: las noches en vela en las que mi bebé necesitaba que la cogiera en brazos para ayudarla a dormir, las mañanas en las que la preparaba para ir al colegio, los fines de semana llenos de actividades y las vacaciones de Navidad, que siempre intenté que fueran especiales. Las conversaciones, los abrazos, las risas, el amor. No todo ha sido malo, ¿verdad?

—No pasa nada, mamá —dice Cecilia, y da un paso adelante antes de abrazarme con fuerza.

La aprieto como si fuera la última vez que voy a poder sentirla, lo cual espero que no sea así, pero ¿quién sabe lo que ocurrirá después? Desde luego, no las tres personas con las que estoy en esta playa, porque no les he dicho cuál es la siguiente paso.

Cuando mi hija y yo nos separamos, le seco un par de lágrimas de las mejillas antes de volver a hablar.

—He hecho otra llamada después de hablar contigo —le digo a Cecilia—. He llamado a la policía de Carlisle y les he dicho dónde estaría y a qué hora.

Miro el reloj y veo que son casi las once, lo que significa que en cualquier momento tendremos más compañía.

Cecilia, Alice y Evelyn parecen sorprendidas de que haya sido yo quien ha llamado a la policía y no ellas, pero a estas alturas deberían conocerme mejor. Fui yo quien lo empezó todo, así que tenía que ser yo quien lo acabara. Cuando oigo sirenas a lo lejos, sé que todo terminará muy pronto. Oigo el zumbido de unas hélices y alzo la vista para ver un helicóptero que atraviesa el cielo gris. Sobrevuela la playa, proporcionando a los agentes en tierra una vista aérea de mi ubicación.

Varios coches de policía se alinean con rapidez en la carretera que da a la playa. Los agentes descienden y corren por la arena; luego me rodean y se aseguran de que no tenga escapatoria, a menos que decida meterme en el agua, cosa que no haré.

Mientras siento que la realidad me alcanza de golpe, sonrío a mi hija.

—¿Vendrás a visitarme? —pregunto, nerviosa, buscando la confirmación de que mi hija estará a mi lado ahora que he cumplido mi parte del trato y he vuelto para enfrentarme a las consecuencias.

—Sí —responde Cecilia, con más lágrimas corriendo por sus mejillas de las que podría secarle antes de que me detengan.

Hago lo que puedo, pero, segundos antes de que me alcancen los primeros policías, me aseguro de que quede claro que no voy a oponer resistencia. Lo demuestro poniéndome lentamente de rodillas y extendiendo los brazos para prepararme para las esposas, y cuando noto el frío y duro acero, es casi un alivio.

Me aseguro de sonreír a Cecilia antes de que me lleven, para que sepa que voy a estar bien, aunque eso está por verse.

¿De verdad lo estaré?

¿O, como aquella noche en esta playa con Drew, he cometido otro error fatal?

38

ALICE

La playa de Arberness. Han pasado tantas cosas allí que es imposible que no la tenga en mente hoy. Supongo que por eso estoy diseñando una nueva colección de tarjetas de felicitación con temática playera, inspiradas en esa playa cercana a mi casa en este pueblo, esa extensión de arena, esas aguas turbulentas y la gente que la visita. Ahora lo estoy dibujando todo, creando nuevas tarjetas que pueda vender y que me ayuden a hacer crecer mi negocio. Parece que las cosas van bien últimamente y me siento más positiva que nunca.

Supongo que la razón es obvia.

La mujer del médico ya no proyecta su sombra sobre mi vida.

Han pasado tres meses desde aquel día en la playa en el que Fern, tras su inesperado regreso a Arberness, permitió que la detuvieran por los crímenes de los que se había librado durante tanto tiempo. Son algo más de noventa días los que lleva ya sin libertad, aunque eso no es nada comparado con lo que le espera en el futuro. Al haber confesado todo, no hubo necesidad de juicio, y Fern Devlin fue condenada la semana pasada en una lluviosa mañana de viernes. La vista se celebró en el Tribunal de la Corona de Manchester después de que el de Carlisle se considerara demasiado pequeño para celebrar un proceso tan importante. Dado el enorme interés mediático en torno al caso de Fern, fue necesario un tribunal más grande para dar cabida a los periodistas de todo Reino Unido, que estaban ansiosos por presenciar la sentencia de la mujer sobre la que tanto habían escrito. También había reporteros de París; varios intrépidos periodistas franceses cruzaron el Canal de la Mancha porque también tenían interés en el caso, ya que las acciones de Fern habían llegado hasta su ciudad y mantenían a sus lectores enganchados a cada nuevo artículo que se escribía sobre ella.

Estuve presente en el tribunal, junto con mi hija. Nos vestimos de forma discreta para no llamar la atención, aunque fue inútil porque nos sacaron miles de fotos antes de que subiéramos los escalones de la puerta del tribunal. Fue duro estar de nuevo bajo los focos de los medios de comunicación, así como tener que volver a hablar con la policía, que necesitaba corroborar algunos detalles con nosotras en relación con la confesión de Fern. Pero había que hacerlo, teníamos que estar allí y, como fuimos, pudimos presenciar el momento en que la viuda del médico por fin recibió su castigo.

—¿Puede ponerse en pie la acusada para escuchar su sentencia? —pregunta el juez Clary, un hombre de sesenta años con el ceño permanentemente fruncido, que ha estado al frente del proceso.

El juicio ha consistido en un largo y brutal relato de todos los delitos de los que es culpable Fern Devlin, por lo que el juez no es el único en la sala que parece cansado. Pero nadie parece más cansado que la mujer que se pone en pie en este momento.

Cuando veo a Fern levantarse, no veo a una asesina fría y calculadora con talento para el asesinato, el fraude y para decir más mentiras de las que la mayoría de los seres humanos podrían siquiera soñar. Lo único que veo es a alguien que solo quiere que todo esto termine para poder enfrentarse a lo que le espera. Por suerte, el juez está a punto de decirle exactamente qué es.

—Fern Devlin, aunque los cargos que se le imputan son graves y aborrecibles, el tribunal debe agradecerle la forma en que se ha comportado durante este procedimiento. Ha sido abierta y cooperativa, lo que ha permitido al equipo jurídico que la rodea trabajar con eficacia y acelerar este proceso de manera significativa. Al hacerlo, también ha evitado a sus víctimas, algunas de las cuales se encuentran hoy en este tribunal, cualquier angustia añadida a la que ya les había causado, y sé que están agradecidas por ello. Yo mismo he hablado con ellas durante este proceso. Sin embargo, eso no significa que debamos olvidar que usted prolongó deliberada y estratégicamente el sufrimiento de todos los implicados al darse a la fuga y vivir con una identidad falsa para eludir su captura. Mucha gente se ha visto afectada por sus decisiones egoístas, y me aseguré

de obtener testimonios precisos sobre el alcance y la magnitud de los daños que causó.

El juez me miró entonces y recordé la breve conversación que habíamos mantenido, en la que me preguntó cuál había sido el mayor impacto de las acciones de Fern en mi vida. Yo le respondí con la misma sencillez, diciéndole que lo peor que me había pasado era haber perdido tantos años de la infancia de mi hija por innumerables preocupaciones: que un día creciera y se traumatizara con la noticia de lo que le había ocurrido a su padre. Obviamente, el juez Clary quiso considerar el impacto emocional en todos los afectados por las acciones de Fern para tenerlo en cuenta a la hora de dictar sentencia. Sé que también habló con Evelyn y le preguntó lo mismo, y aunque ella no me dijo cuál fue su respuesta, puedo adivinarla.

Por culpa de Fern, nunca sabrá lo que es tener un padre, y no creo que haya una persona en el mundo, y menos un juez, que no se haya conmovido ante un hecho así.

—Dicho todo esto, no se puede obviar la gravedad de sus crímenes —continúa el juez Clary—. Así que, incluso teniendo en cuenta su cooperación, debo imponerle un castigo con toda la severidad que la ley me permite.

Suena siniestro, pero Fern mantiene la compostura y permanece inmóvil, con las manos entrelazadas delante de ella, apoyadas sobre el uniforme gris de presidiaria que utiliza desde que se la llevaron esposada en aquella ventosa playa.

—Por haber planificado premeditadamente el asesinato de Drew Devlin junto con Rory Richardson, la condeno a veinte años de prisión.

La mención de Rory, mi difunto marido, despierta en mí sentimientos de arrepentimiento y vergüenza, como siempre, así que solo puedo imaginarme lo que estará sintiendo Fern al escuchar que ahora la esperan dos décadas entre rejas. Pero eso es solo el principio.

—Por el asesinato de Rory Richardson, su cómplice, al que luego traicionó, la condeno a quince años.

Fern sigue impasible mientras se le impone otra dura condena.

—Por obstrucción a la justicia al incriminar a Alice Richardson por el asesinato de Drew Devlin, y teniendo en cuenta el tiempo que la señora Richardson pasó injustamente en prisión por ello, la condeno a doce años.

Intento mantener la calma cuando menciona mi nombre, sin pensar en el tiempo que pasé en prisión por ese delito, y centrándome en que ahora soy libre y Fern no.

—Por el asesinato de Greg, un hombre al que antes conoció como Roger, y dado que este crimen en particular fue especialmente brutal y egoísta, la condeno a veinte años.

En la tribuna se escuchan sollozos de algunos familiares de Greg, el pobre hombre que murió apuñalado con una botella de cerveza rota en una habitación de hotel no muy lejos de este tribunal, poco antes de que Fern huyera. Ellos también han tenido que asimilar la noticia de que su ser querido, antes de su trágica muerte, tuvo una hija: Cecilia. Sin embargo, por ahora, su prioridad ha sido obtener justicia antes que establecer nuevas relaciones. Curiosamente, ese es el siguiente delito en la lista del juez.

—Por la obstrucción adicional a la justicia causada al engañar a los investigadores de la muerte de Greg, así como por haber optado por huir cuando salió a la luz la verdadera magnitud de su culpabilidad, corresponde hacer una pausa antes de dictar sentencia.

La sala guarda silencio mientras el juez medita sus próximas palabras.

—Fern Devlin, por todos los crímenes previamente mencionados, a través de diversos medios, logró evitar el castigo durante más de dieciocho años. Dieciocho años en los que no solo sufrieron las víctimas supervivientes, sino que también se dedicaron incontables horas de trabajo policial para intentar localizarla. Ese esfuerzo humano podría haberse empleado en otros casos, ¿y quién puede decir cuántos otros crímenes podrían haberse resuelto si no se hubieran destinado tantos recursos a encontrarla? Es justo afirmar que el verdadero alcance de sus acciones puede que nunca se conozca del todo, y por eso, porque decidió huir en lugar de acabar con esto mucho antes, la condeno a nueve años por evasión de la justicia.

Estoy empezando a perder la cuenta de todas las sentencias, y me pregunto si Fern también, pero lo que quiero saber en realidad es cuánto tiempo va a pasar entre rejas. Supongo que todas estas sentencias se cumplirán simultáneamente. Creo que la más larga que ha recibido es de veinte años, así que imagino que ese es el tiempo total que pasará en la cárcel, con la posibilidad de que le reduzcan algunos años por buena conducta. Pero entonces el juez vuelve a hablar.

—Los delitos de los que es culpable ocurrieron consecutivamente, delitos separados en fechas separadas durante un largo periodo de tiempo. Por eso he considerado la posibilidad de que cumpla estas condenas de la misma manera, es decir, consecutivamente. Eso sumaría un total de setenta y seis años, pero, dada su edad, he decidido simplificarlo y agrupar todos sus castigos en uno solo. Fern Devlin, por la presente, la sentencio a cadena perpetua.

Mientras esas palabras resuenan en la sala, observo la reacción de Fern al recibir la noticia, ahora que es oficial, de que nunca saldrá de la cárcel antes de morir. No puedo estar segura, pero tal vez una pequeña parte de ella esperaba que algún día, quizá dentro de veinte años, y si todavía estaba viva y en condiciones, fuera puesta en libertad para disfrutar de un poco de tiempo antes de fallecer. Pero el juez acaba de eliminar esa posibilidad y, cuando se lleven a Fern de aquí, será la última vez que respire aire que no esté rodeado por los muros de la prisión.

Mientras dos policías se llevan a Fern, un par de personas en la tribuna le gritan insultos, conscientes de que es la última oportunidad que tendrán de expresar sus sentimientos directamente a esta mujer. Pero la mayoría de los presentes permanecen en silencio, incluidas yo misma, Evelyn y Cecilia, a quien veo mirando fijamente a su madre mientras se la llevan. Veo a Fern decir a su hija «Te quiero» antes de desaparecer por las escaleras y de mi vista para siempre. Pero, justo antes de que eso suceda, Fern se detiene y mira hacia atrás. Me doy cuenta de que está mirándome a mí.

Nos miramos durante unos segundos antes de que Fern reciba un ligero empujón del agente que tiene a su derecha y, segundos después, desaparezca.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta Evelyn cuando salimos de la sala, refiriéndose a la mirada que me ha dirigido la condenada.

—No estoy segura —admito, aunque en el fondo quizá sí lo sepa—. Tal vez porque en el fondo sigue pensando que todo esto lo empecé yo.

Miro la tarjeta de felicitación que estaba diseñando y me doy cuenta de que, perdida en mis pensamientos, la he estropeado un poco. La arrugo y me dispongo a empezar de nuevo, diciéndome a mí misma que debo concentrarme, pero, antes de que pueda volver al trabajo, Evelyn entra en la habitación.

—Creo que deberías ver esto —dice, antes de entregarme su teléfono y añadir—: Lo siento.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras miro la pantalla y veo un artículo en ella, pero el titular me responde antes de que mi hija pueda hacerlo.

FALLECE EL DETECTIVE QUE FRACASÓ EN EL CASO DEL MÉDICO

Me doy cuenta de lo que ha sucedido y lamento enterarme de esta manera en lugar de recibir una llamada del hospital, pero sigo leyendo para saber más sobre el fallecimiento del pobre detective Tomlin. Me entristece perder a un hombre con el que una vez estuve muy unida, un hombre que tuvo un papel en los primeros meses de vida de Evelyn. Es una pena que el periodista que ha escrito este artículo haya optado por enfocarlo desde la perspectiva de que Tomlin falló en la investigación del asesinato del doctor Devlin, cuando lo que ocurrió en realidad fue que Fern lo engañó. Y no fue el único al que le ocurrió eso. Espero que algunos de los otros artículos que se escriban sobre él sean más positivos y, si no, me encargaré de que se sepa lo buen hombre que era. Supongo que puedo hacerlo asistiendo a su funeral, junto con mi hija, si ella desea acompañarme, y también hablando con sus seres queridos, que estarán allí para presentar sus respetos a Tomlin, aunque apenas llegué a conocer a su familia mientras estuvimos juntos.

—Al menos ahora está en paz —dice Evelyn mientras le devuelvo el teléfono—. Dijiste que sufría mucho la última vez que lo viste.

Asiento porque mi hija tiene razón. Tomlin estaba sufriendo la última vez que lo vi, justo un día después de que Fern fuera condenada a cadena perpetua. Fui al hospital a darle la noticia, aunque él ya la sabía. Las enfermeras me dijeron que había estado viendo la televisión en su habitación para seguir cada actualización del juicio. Pero yo quería darle la confirmación de alguien que había estado allí, en la misma sala que Fern, y después de contarle cómo reaccionó al escuchar su destino, solo tuvo una cosa que decir al respecto.

—Bien. —Y esbozó una breve sonrisa antes de que el dolor que consumía su frágil cuerpo lo venciera de nuevo y cerrara los ojos. Le sostuve la mano un momento antes de despedirme, y supongo que aquella sí fue nuestra despedida definitiva. Ahora, ya se ha ido.

Cuando Evelyn sale de la habitación y derramo una pequeña lágrima por Tomlin, no puedo evitar pensar en el momento de su muerte, que se ha producido tan poco después de la sentencia de Fern. Es casi como si se hubiera aferrado a la vida hasta asegurarse de que ella recibiría su castigo. Tal vez lo hizo, o tal vez solo haya sido una coincidencia. Pero, conociendo a ese testarudo detective como lo conocí, tengo una idea bastante buena de cuál de las dos opciones es la correcta.

Supongo que es otro personaje más de esta triste historia que se ha ido. Debería sentirme agradecida de que Evelyn y yo hayamos salido ilesas de todo esto.

Pero ¿qué ha sido de la protagonista?

¿Qué ha sido de la mujer del médico?

EPÍLOGO

FERN

He pasado gran parte de mi existencia evitando que me encerraran. Ahora estoy aquí, en la cárcel, atrapada con otras delincuentes y sin posibilidad de volver a experimentar el tipo de vida al que estaba acostumbrada.

¿Cómo es en realidad?

Supongo que debería decir que es terrible, sobre todo si alguien relacionado con el sistema judicial está escuchando, porque me gustaría que todos ellos pensaran lo mucho que estoy sufriendo para que un día, tal vez, tengan la amabilidad de concederme un indulto y me dejen salir cuando tenga noventa años. Si mi hija estuviera cerca, le diría que aquí se está mal, porque quiero asegurarme de que nunca sienta la tentación de delinquir ni acabe siguiendo los pasos de su madre hasta una celda.

Pero ¿cuál es la verdad?

Quienes me conocen y saben mi historia supondrían que es difícil que diga la verdad.

Pero aquí está.

La cárcel no es tan mala.

Claro que la primera noche fue horrible y tardé un poco en adaptarme a mi nuevo entorno, pero, una vez que me acostumbré, me aseguré de hacer lo que siempre hago cuando me encuentro en un sitio nuevo.

Lo aproveché al máximo.

Ya sea paseando por una ciudad vestida con ropa de diseño, huyendo como madre soltera sin dinero, llevando una vida tranquila en un pueblecito francés o viviendo como presa en un centro de alta seguridad, siempre me adapto a mis circunstancias. Puede que ya no tenga el saldo bancario que tenía antes como mujer de un médico ni la libertad de moverme en varios círculos sociales y organizar cenas en mi gran casa, pero sigo teniendo algo que atrae a la gente.

Tengo mi encanto.

Y eso me ha servido de mucho aquí dentro.

Tras aceptar que esta era mi nueva vida, me apresuré a sacar provecho de la situación, y eso significaba hacer amigos. Desde mis compañeras de celda hasta los guardias que nos vigilan, me esforcé por ganármelos a todos y cada uno de ellos, construyendo una nueva red de relaciones en lugar de quedarme en mi celda y esconderme como a algunas personas del exterior les gustaría pensar que estaba haciendo. No me dolió darme cuenta enseguida de que era la presa más famosa entre estos muros, y lo utilicé a mi favor, aprovechando el respeto, el miedo y el reconocimiento que me habían granjeado las noticias. A algunas reclusas nuevas las ponen a prueba al principio de su estancia, las amenazan y las obligan a demostrar su dureza, pero yo nunca tuve que hacerlo. Todas sabían que era dura porque los medios de comunicación ya se lo habían dicho, así que nadie se atrevía a enfrentarse a mí en una pelea. Además, en una prisión femenina, rodeada de muchas mujeres que acaban odiando a los hombres, el hecho de haber matado a tres miembros del sexo opuesto a lo largo de mi vida me ha servido para ganarme aún más simpatía.

—¡Eres la Viuda Negra! ¡Qué pasada conocerte!

—¡Bien hecho por matar a tu marido infiel! ¡Yo habría hecho lo mismo!

—Estás loca. ¡Pero me encanta!

Esas son solo algunas de las cosas que me han dicho otras presas desde que estoy aquí; enseguida me di cuenta de que podía aprovechar mi fama en la cárcel para obtener algunos privilegios. Básicamente, soy la que manda en esta ala de la prisión, desde elegir los mejores trabajos hasta conocer a las personas adecuadas para introducir ciertos «lujos» de contrabando. Esto último técnicamente va en contra de las normas, pero, teniendo en cuenta que ya me han dicho que estaré aquí hasta que muera, puedo permitirme correr algunos riesgos. Sin embargo, hay una cosa que no me tienta en absoluto: planear una fuga.

Por primera vez en mucho tiempo, no tengo que estar mirando todos los días por encima del hombro esperando a que me cojan.

Ese alivio significa que duermo mejor, incluso con una compañera de celda que ronca de vez en cuando, y si soy sincera, me gusta bastante la rutina que hay aquí. Cada parte de mi día está planeada, desde el amanecer hasta el atardecer, y es bastante liberador no tener que malgastar energía mental decidiendo qué hacer a cada hora. Es muy liberador poder ser yo en lugar de la versión cuidadosamente construida que pasé tanto tiempo proyectando. Tampoco tengo que pensar en el dinero, lo que habría sido un sueño cuando era una madre soltera y vivía con el miedo constante de morirme de hambre junto con mi bebé. Claro, no es exactamente un hotel, y no puedo disfrutar de esas reuniones con amigos como cuando estaba casada con Drew, pero no se está tan mal. Sin embargo, la razón principal por la que no me tienta intentar escapar de aquí, aunque pudiera, es que no sería justo para mi hija.

Cecilia puede seguir con su vida ahora que se ha sellado mi destino, y no quiero echarlo todo a perder volviendo a mi antigua vida como fugitiva. He tenido mi oportunidad de vivir, y aunque algunos dirían que la he desperdiciado, otros dirían que la he aprovechado al máximo. La cuestión es que ya no se trata de mí. Se trata de mi hija, que me ha hecho mejor persona de muchas maneras, pero quizá la más importante es que me ha hecho afrontar las consecuencias de mis actos, y qué gran lección es esa para ella mientras avanza en su propia vida. Mi hija aún es joven y puede hacer lo que quiera, y sé que me gustará mucho más oír hablar de su viaje que intentar prolongar el mío fuera de estas cuatro paredes. Y sé que la oiré hablarme sobre ello, porque ya es el momento de su próxima visita.

A pesar de ser la abeja reina de esta prisión, mi momento favorito siempre es cuando Cecilia viene a verme. Estoy emocionada cuando entro en la sala de visitas y veo a mi hija en una de las mesas. Está guapa, mucho más que su madre últimamente, pero lleva su propia ropa y tiene acceso a maquillaje. He renunciado a la idea de volver a arreglarme, porque los días de spa no son una opción aquí, ni siquiera para presas con tantos contactos como yo.

—Hola, cariño —digo mientras tomo asiento, y sonrío, no para fingir que estoy bien aquí, sino para demostrar que de verdad lo

estoy. Pero mi hija ya lo sabe, porque le he dejado claro que, aunque esto no es precisamente un paraíso, tampoco estoy en peligro. Podré cumplir mi condena sin grandes problemas, gracias al respeto que impongo entre las demás reclusas.

No estoy orgullosa de ser una asesina famosa, pero tiene una ventaja.

Nadie se mete conmigo aquí.

—Hola, mamá —dice Cecilia, mirando incómoda a su alrededor. Supongo que este no es el lugar habitual en el que una madre y su hija se reúnen para ponerse al día.

—¿Qué has estado haciendo desde tu última visita? —pregunto, tratando de mantener la conversación ligera.

—Acabo de regresar de pasar una semana en Londres. He hecho nuevos amigos allí, así que puede que acabe volviendo a la ciudad para buscar trabajo —responde, lo que suena a la vez emocionante y preocupante.

—¿Vendrás a visitarme aunque estés en Londres? —pregunto, nerviosa, consciente de que son al menos dos horas de tren desde Manchester y de que mi hija podría considerar que está demasiado lejos para venir a visitar a su madre delincuente con regularidad.

—Sí, seguiré viniendo, no te preocupes.

—Gracias —digo, relajándome ahora que me ha tranquilizado.

Cecilia me cuenta que ha estado viendo a un orientador profesional y que tiene algunas ideas para sus próximos pasos en el mundo laboral, que incluso podrían incluir solicitar plaza en alguna universidad. Después de enterarse de que toda su vida en Francia se había basado en una mentira, decidió replantearse las cosas, y eso incluía su trabajo en el mundo de la moda en París. Me entristeció oírlo, parecía muy feliz, pero me dijo que quizá lo retomase algún día, aunque antes quería tomarse un tiempo para intentar conectar con quien es en realidad. Eso significa pasar mucho tiempo en Inglaterra, su verdadera patria, donde ha estado viajando, haciendo amigos y explorando todas las opciones posibles sobre qué hacer a continuación. Algunos dirían que intenta huir del hecho de que es mi hija buscando reinventarse, pero yo creo que solo está haciendo lo que dice.

Necesita encontrar su propio camino, completamente separado del que siguió en Francia, porque ese se basaba en una mentira.

Supongo que debería estar agradecida de que la revelación de que es hija de una infame asesina en serie no haya destrozado su vida por completo y la haya llevado por un camino de miseria, vergüenza y arrepentimiento. En lugar de eso, muestra una gran fortaleza, centrándose en el futuro en lugar de en el pasado, consciente de que su salud mental depende de ello. Solo vuelve al pasado cuando viene aquí o cuando envía mensajes a Evelyn, con la que mantiene el contacto porque fueron amigas y siempre estarán unidas por mí.

—¿Has pensado en lo que podrías estudiar si vas a la universidad? —le pregunto, interesada en saber qué opciones está barajando.

—Aún no estoy segura. Quizá medicina. Estaba pensando en hacerme médico.

Mi rostro se desencaja y estoy a punto de preguntarle a Cecilia si cree que es una buena idea, dada nuestra historia familiar, cuando se ríe.

—Estoy bromeando, mamá. No te preocupes, no habrá más médicos en nuestras vidas —dice, y es un alivio que podamos gastarnos bromas a pesar de nuestro pasado complicado.

—Bueno, hagas lo que hagas, sé que lo harás genial —le digo con una sonrisa, pero también con dolor en el corazón. Si mi hija se gradúa algún día, no estaré allí para verlo. Tampoco estaré para verla construir su carrera, para asistir a su boda, para visitar su casa algún día ni para jugar con los nietos que pueda llegar a tener. Me lo perderé todo, resignada a escuchar historias sobre su vida mientras estoy sentada en esta sala, y esa es, sin duda, la peor parte de mi castigo. Puedo soportar las comidas horribles y la falta de luz solar durante la mayor parte del día, pero no ver a mi hija vivir su vida es duro, y será más duro cuanto más avance. Pero al menos puedo verla, aunque sea en estas condiciones tan inusuales y restringidas, y eso es porque regresé a Arberness cuando ella me lo pidió.

Cumplí la promesa que le hice a mi hija y, gracias a eso, todavía tengo algo por lo que vivir.

El resto de nuestra visita transcurre demasiado rápido para mi gusto, a pesar de que intento saborear cada segundo, como

siempre. Cuando me dicen que ha terminado, tengo que asumir que pasará un tiempo antes de que vuelva a ver a Cecilia.

—Diviértete ahí fuera —le digo. Estoy a punto de decirle que no haga nada que yo no haría, pero me muerdo la lengua al darme cuenta de que no es el consejo más sensato, dadas las circunstancias. Espero que haya el menor número posible de similitudes entre mi hija y yo, aunque una de ellas es innegable. Las dos somos supervivientes. Cecilia ha sobrevivido a todo lo que le he hecho pasar. Y, de un modo casi igual de sorprendente, yo también he sobrevivido a todo.

A pesar de las cosas que he hecho, cosas que fueron hace mucho tiempo pero que no han perdido su impacto con el paso del tiempo, sigo aquí. Sigo de pie. Sigo adelante. Así es como me gusta verme: como una superviviente más que como una víctima. La única vez que fui una víctima fue cuando me enteré de la aventura de Drew, una aventura que ninguna mujer felizmente casada espera. Por aquel entonces, durante un breve periodo de tiempo, no fui más que la pobre mujer del médico. Pero, debido a lo que me hizo y a todas las decisiones que tuve que tomar en defensa propia a raíz de mi venganza, me transformé en algo más poderoso. Lo que ocurrió al final significa que, me llamen como me llamen ahora, nadie podrá decir nunca que fui simplemente una víctima.

Es duro, pero quizá me guste así. Significa que siempre se me recordará por haber actuado en lugar de haber sido pasiva y por ser astuta en lugar de ingenua. ¿Echo de menos a mi antiguo yo? No, esa mujer hace tiempo que se fue. Lo que echo de menos ahora son cosas mucho menos egoístas. Como mi hija, por supuesto, porque no la veo lo suficiente. También echo de menos a Pierre, y lamento que nuestro amor terminara de una forma tan trágica y prematura. Echo de menos a mis padres, aunque fue un gran alivio saber que siguen vivos y gozan de buena salud. Espero poder reconciliarme con ellos algún día, pero entiendo que aún están procesando todo lo que su hija ha hecho en su vida. Y he hecho mucho. También echo de menos a mis viejos amigos, aunque sé que nunca volveré a tener noticias suyas. Pero conservo grandes recuerdos con ellos que atesoraré siempre. Quizá lo que más echo de menos es ser como los

demás: un miembro normal de la sociedad. Ya nunca volveré a serlo. Soy demasiado famosa y temida para eso.

Pero sobreviví a todo.

Supongo que eso es lo más importante.

Cuando mi hija sale de la cárcel, me llevan directamente al comedor, donde me reúno con las demás presas para la comida. Es uno de los mejores momentos del día, lo cual deja claro lo poco emocionante que es esta rutina, y mientras hago cola para comer, me pregunto qué habrá en el menú. Supongo que no es nada demasiado apetecible, y descubro que no me he equivocado cuando veo que las compañeras que me preceden se sirven la comida en sus platos. Por suerte, también hay un frutero, así que decido aprovisionarme allí en lugar de arriesgarme a una intoxicación por comer lo que sea que el cocinero de la prisión haya preparado hoy.

Al llegar al frutero, cojo un plátano y una naranja, pero son las jugosas manzanas verdes de la parte superior las que llaman mi atención, y el famoso refrán acude a mi cabeza, haciéndome sonreír con ironía.

Una manzana al día mantiene alejado al médico.

Dada mi historia, será mejor no tentar a la suerte.

Tomaré dos.

UNA CARTA DE DANIEL

Estimado lector:

Quiero darte las gracias de corazón por haber elegido leer La hija del médico. Espero que hayas disfrutado siguiendo las desventuras de Fern Devlin por cuarta vez. Si te ha gustado y quieres estar al día de mis próximos lanzamientos, suscríbete en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida, y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/daniel-hurst

Espero que te haya encantado este cuarto libro de la serie La mujer del médico y, si es así, te agradecería mucho que escribieras una reseña sincera. Me gustaría conocer tu opinión. Además, puedes leer gratis mi relato corto La esposa asesina si te suscribes a mi lista de correo de Bookouture.

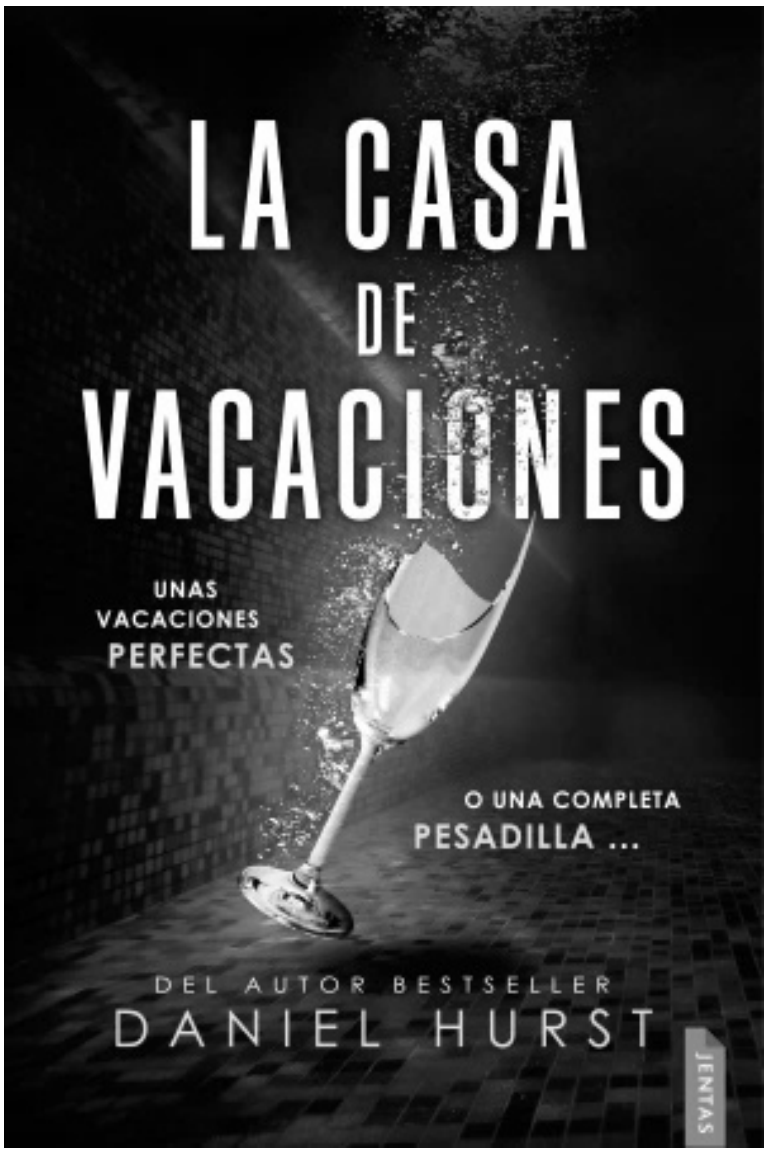
También puedes visitar mi página web, donde podrás descargar gratis un thriller psicológico titulado Just One Second y suscribirte a mi newsletter semanal personal, donde comparto novedades sobre mi escritura, así como anécdotas de mi vida con mi mujer, Harriet, y mi hija, Penny.

Gracias,
Daniel

MANTENTE EN CONTACTO CON DANIEL

Ponte en contacto conmigo directamente en mi dirección de correo electrónico daniel@danielhurstbooks.com. Respondo a todos los mensajes.

www.danielhurstbooks.com
facebook.com/danielhurstbooks
instagram.com/danielhurstbooks



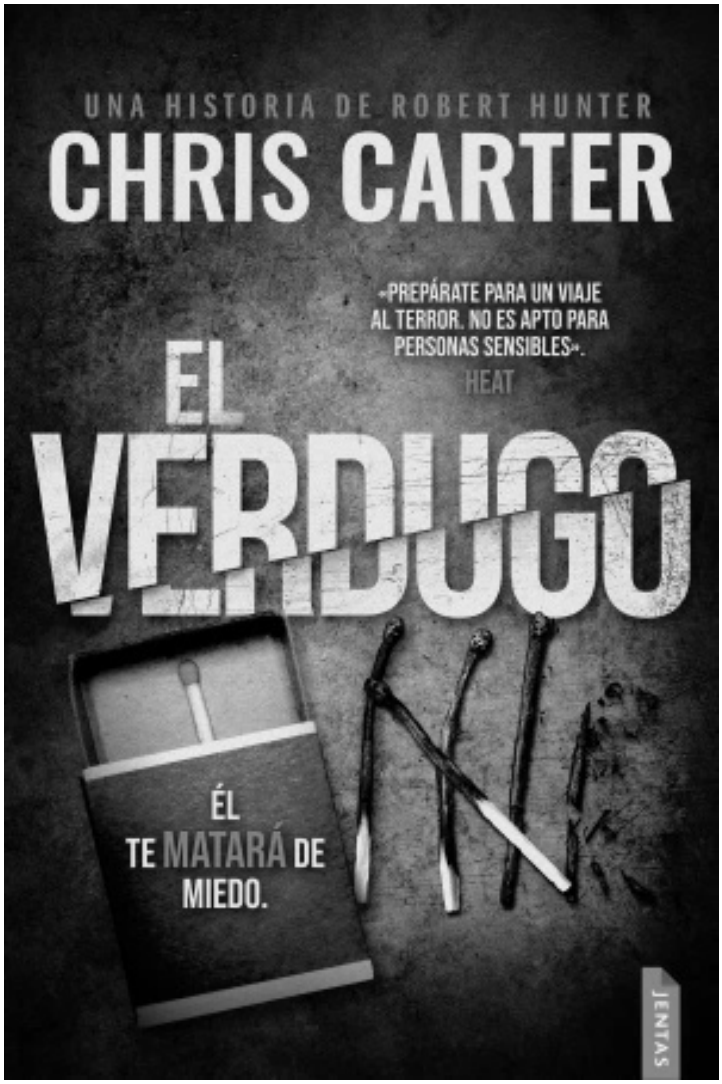
La casa de vacaciones

Hurst, Daniel
9788742812693
282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las vacaciones perfectas o una completa pesadilla… Me siento a beber champán en el agua tibia, con burbujas espumosas a mi alrededor mientras admiro la impresionante vista del hermoso cielo azul y las montañas. No puedo creer que esté aquí, en esta impresionante casa de vacaciones. Es para morirse… Mi mejor amiga y su marido nos han invitado a mí y a mi familia a su lujosa propiedad junto al lago para pasar el fin de semana. No envidio su riqueza, aunque sé que mi marido Ryan sí. Todo lo que quiero es escapar de nuestros problemas recientes y volver a encarrilar mi matrimonio. Entonces escucho a Ryan conversar entre susurros a última hora de la noche, y dice algo que me provoca escalofríos y que derrumba todo mi mundo de un golpe. Justo cuando pienso que las cosas no pueden empeorar, descubro un segundo secreto y la verdad es aún más impactante de lo que imagino. Ahora no sé en quién confiar. Se suponía que estas iban a ser las vacaciones perfectas, pero alguien no va a sobrevivir a ellas… No te pierdas este thriller psicológico lleno de giros del autor superventas Daniel Hurst. Te atrapará desde la primera página y mantendrá tu corazón latiendo con fuerza hasta la última.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El verdugo

Carter, Chris
9788742811733
300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¡¡¡NUEVA EDICIÓN REVISADA EN E-BOOK!!!

Disfruta de la serie superventas del detective Robert Hunter de la Sección Especial de Homicidio, escrita por el autor bestseller Chris Carter. Ahora en una nueva edición revisada en español.

Él te matará de miedo.

En una iglesia de Los Ángeles, sobre los escalones del altar, yace el cuerpo ensangrentado de un cura. En el pecho de la víctima, el equipo de la policía científica descubre el número 3 escrito con sangre.

En un principio, el detective Robert Hunter cree que se trata de un asesinato ritual. Pero, a medida que aparecen más cadáveres, se ve forzado a reconsiderar su hipótesis. Todas las víctimas murieron presas del terror. Sus peores pesadillas literalmente se hicieron realidad. Pero ¿cómo podía el asesino conocer lo que les aterrorizaba? ¿Y qué es lo que une a estas víctimas que aparentemente no tienen nada en común?

Hunter se ve envuelto en la búsqueda de un asesino sádico y huidizo, alguien que por lo que parece tiene la capacidad de leer la mente de sus víctimas. Alguien que puede percibir qué es lo que más las asusta. Alguien capaz de no permitir que nada se interponga entre él y su retorcido objetivo.

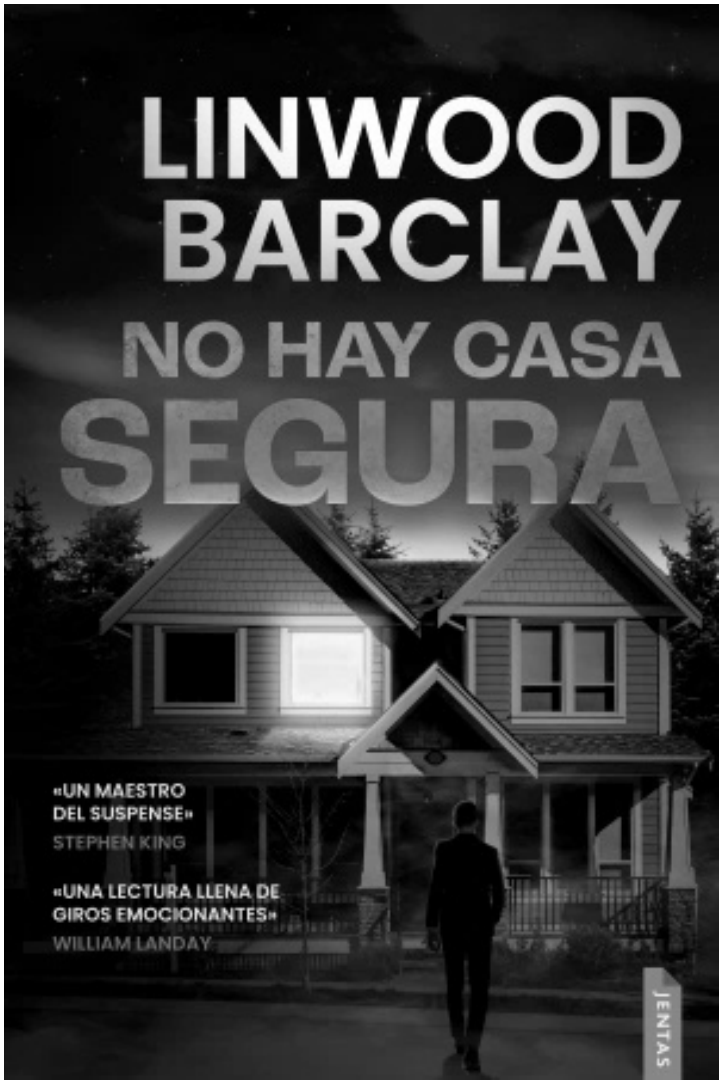
«Te **engancha**… **Prepárate** para un **viaje al terror. No es apto para personas sensibles**».
Heat ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Me encanta el estilo de Chris Carter** y cómo incorpora la **psicología criminal** en sus libros! **Son oscuros y retorcidos, y ME GUSTA**».
The StoryGraph ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**"El verdugo" no es apto para los de corazón débil**, pero para quienes disfrutan de **un thriller bien construido y profundamente perturbador**, es una **lectura obligatoria**».
Featz Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Este libro **te atrapa** desde la primera página y no te suelta hasta que lo terminas… **Me encantó la dinámica entre Robert Hunter y Carlos Garcia**; y creo que incluso podrían ser **mi dúo de detectives favorito**».
Reseña en Goodreads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No hay casa segura

Barclay, Linwood
9788742813904
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hace siete años, Terry Archer y su familia vivieron una experiencia aterradora que casi les costó la vida. Hoy, las secuelas de aquella fatídica noche aún les afectan y Terry lucha por seguir manteniendo unida a su familia.

Pero cuando su hija Grace, de forma imprudente, entra con su problemático novio en una casa desconocida, los Archer tendrán que hacer más que solo mantenerse unidos. Tendrán que sobrevivir. Porque ahora se han visto envueltos, contra su voluntad, en los asuntos más oscuros y turbios de su aparentemente idílica ciudad natal. Pronto aprenderán que hay cosas que las personas valoran mucho más que el dinero y que están dispuestas a hacer cualquier cosa para conseguirlas.

Atrapado en un laberinto entre la lealtad familiar y la traición, Terry debe encontrar la manera de sacar a su familia de una situación letal que no comprende del todo. Lo único que sabe es que, para seguir con vida, tendrá que hacer lo impensable…

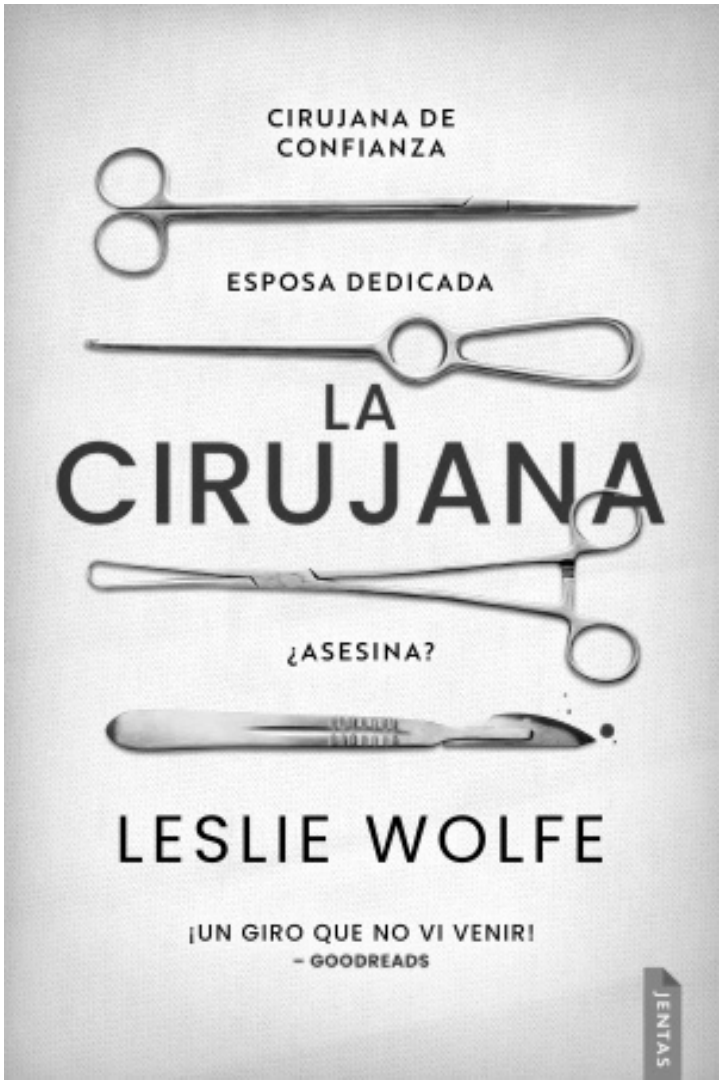
«**Un maestro del suspense**».
Stephen King ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«[Este libro] es **lo mejor de Barclay hasta ahora**… una lectura **llena de giros emocionantes**».
William Landay ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«El thriller de Barclay está **impulsado por diálogos** y es **cinematográfico** en su estructura, con una trama marcada por **giros vertiginosos**».
Minneapolis Star-Tribune ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Con un **humor oscuro** aunque **inquietante**… La acción **retorcida** y **hábilmente trazada** se acelera junto con el recuento de cadáveres, ofreciendo **mucho suspense** y un sorprendente número de risas, para los lectores dispuestos a tolerar cosas muy malas que les suceden a personas bastante buenas».
Publishers Weekly ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**... **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

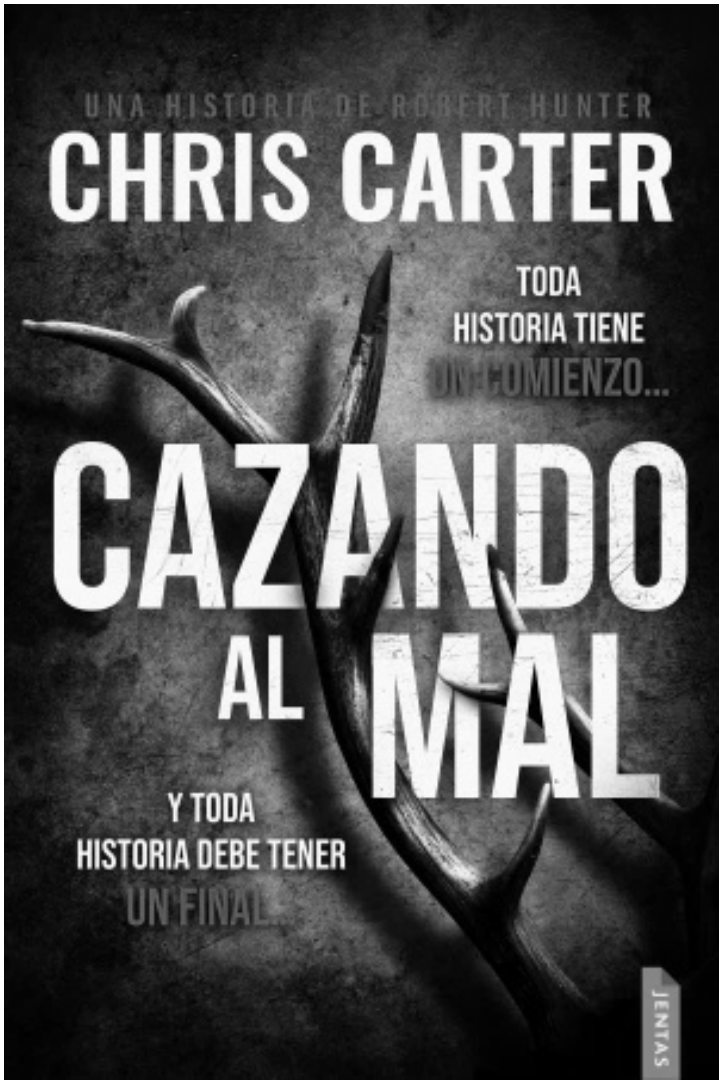
«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje

salvaje y retorcido… Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más… ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**… Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días… ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**… ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cazando al mal

Carter, Chris
9788742813881
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Toda historia tiene un comienzo…
Y toda historia debe tener un final…

Él es el asesino en serie más peligroso con el que se ha encontrado nunca el FBI.
Y acaba de escapar.

Junto con el FBI, Robert Hunter, en el caso más personal y devastador al que se había enfrentado, destapó los crímenes de Lucien Folter, su antiguo amigo y compañero de la universidad, y el asesino más meticuloso y peligroso de la historia de Estados Unidos.

Ahora, Lucien ha escapado y quiere hacer sufrir a la persona que lo llevó ante la justicia: su némesis, Robert Hunter.

Así comienza una caza contrarreloj en la que Robert deberá hacer uso de todo su ingenio para descifrar las pistas antes de que Lucien se cobre más víctimas en su intento de llegar a él.

«**Un autor de thrillers excepcional**».
Daily Mail ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Como excriminalista, Carter sabe crear **asesinos en serie que hielan la sangre**, así que prepárate para **un viaje aterrador**».
Heat ⭐⭐⭐⭐⭐

«Con su formación en psicología criminal, **Carter hace que los asesinos de sus novelas resulten aún más aterradores**».
Mail on Sunday ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Una serie criminal increíble**. Extraordinariamente **bien escrita, con calidad y dramatismo** de principio a fin».
Liz Loves Books ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller **intrigante y escalofriante**».
Better Reading ⭐⭐⭐⭐⭐

«Un thriller psicológico **absorbente**».
Breakaway ⭐⭐⭐⭐⭐

«**Contundente y trepidante**».
Sunday Mirror ⭐⭐⭐⭐⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)